



ESPECIAL PARA LA NACION

"SKYSWOMAN"

por Arancibia.

SURTIDO *Selecto* Bágley

Contiene catorce variedades de las más aristocráticas galletitas que usted puede desear; entre otras incluye: Petit Beurre, Matinée, María, Adelina, Mitre, Gotas de Oro y la nueva creación: Niza.

Son finas sin ostentación. Hay una galletita para deleite de cada paladar. Están exquisitamente presentadas y son ideales para una delicada atención.

Pruebe Surtido SELECTO



SIENDO DE *Bágley* ES BUENO

BUENOS AIRES, DOMINGO 4 DE AGOSTO DE 1929

BIBLIOTECAS VIVAS

POR

LEOPOLDO LUGONES



la sacramental pregunta de "cuántos volúmenes contiene la biblioteca de su dirección", suelo contestar, parodiando el famoso método:

—No sé; pero puedo decirle cuántos lectores concurren.

Pregunta y respuesta definen así dos conceptos y dos sistemas: el antiguo, que asignaba a las bibliotecas como función principal la conservación de libros — los directores solían llamarse "conservadores", precisamente — y el moderno, que las considera ante todo aulas de estudio libre. El concepto antiguo viene de la primera Edad Media, cuando la preservación de los libros escasos y costosos que sólo un puñado de cultos podía leer, fué, en efecto, lo principal. El nuestro, que corresponde a la civilización empezada con el Renacimiento, para la cual el primer valor social es el hombre y no el principio abstracto: — dogma, fórmula o ley — considera que el elemento principal de una biblioteca es el lector a cuyo servicio están libros y empleados. Será, así, mejor una biblioteca con muchos lectores y pocos libros, que no otra bien dotada y poco asistida. Por otra parte, el aumento de lectores acarrea el de libros, mediante la exigencia natural que la creciente variedad de necesidades determina a su vez. Ello corresponde a la libertad de estudios que presume la libertad de conciencia, o sea la más alta expresión del valor social del hombre. Si su desarrollo como entidad pensante y productora, es de su propia incumbencia, el deber social consiste en suministrarle, a dicho fin, la mayor suma de posibilidades. Su derecho a pedir lo que necesita, no puede tener entonces más límite que la conveniencia de la misma sociedad; pues de lo contrario, caeríamos en la paradoja antisocial de considerarla subordinada al individuo: o sea en el contrasentido de afirmar que la parte es mayor que el todo. Pero es también menester que esa limitación se reduzca al "minimum" indiscutible ante la sana razón: es decir, a la pornografía y a la propaganda — no a la crítica — contra el orden constitucional. Inútil añadir que entre varios pedidos, la dirección de la casa tiene facultad para discernir de acuerdo con los recursos.

En esta clase de biblioteca, el lector es el dueño de casa. Así se lo hacemos saber, aprovechando cualquier oportunidad. De ese modo, entra a ser colaborador activo del bien público al cual contribuye buscando el suyo propio; y por ello, todo pedido que no podemos satisfacer, lo consigna a nuestra solicitud en un libro abierto al efecto, y bajo el anónimo si así lo desea, para la adquisición en plaza o el encargo al exterior que efectuamos con la mayor prontitud posible. Esta colaboración del lector ha enriquecido considerablemente la biblioteca.

La dirección procede por su parte conforme a un método concéntrico, es decir, de dotación simultánea y proporcional de las diversas secciones, de acuerdo con las necesidades que va revelando la consulta mensual, y con los intereses primordiales del país. Damos, así, preferencia a su historia, su geografía, sus ciencias naturales, su estadística, su enseñanza y sus relaciones con los países limítrofes cuyas principales obras procuramos adquirir; y dentro de la dotación general, a aquellas que por su costo y volumen son de adquisición personal difícil. Aun cuando la dotación apenas pasa los 35.000 volúmenes, poseemos lo más importante de aquellos ramos, inclusive las publicaciones periódicas, en ejemplares no pocas veces rarísimos; de suerte que como instrumento de trabajo, nuestra biblioteca es buena. Por el número de sus lectores en relación al de sus volúmenes y a la concurrencia de todas las demás, es la primera de la República. El propósito orgánico de convertirla en una "biblioteca viva", está, pues, logrado.

El aspecto más interesante que dentro de él ofrece, es el predominio de los alumnos primarios, secundarios, normales y universitarios en los lectores de su asistencia. La Sección Infantil autónoma que fundé en 1916, es institución única en el país. Otras hay, por cierto; pero ninguna de su carácter ni de su importancia. Baste saber en cuanto a esto, que su asistencia durante los doce años corridos, ascendió de 3500 a 40.000 lectores sin ningún llamamiento ni propaganda; mientras la total de la biblioteca creció de 22.000 a 100.000 en el mismo lapso.

La libertad espiritual y material de los lectores de la Sección Infantil es mucho mayor que la de los adultos: experiencia que en cuanto al comportamiento y la aplicación, ha sido un éxito completo. Pertenecientes en su inmensa mayoría a familias obreras, esos chicos se portan como excelentes "dueños de casa": pues sa-

ben expresamente que lo son. Su cortesía y su bondad entre ellos, no menos que su dedicación al trabajo y a las lecturas recreativas de cultura general, son verdaderamente notables. Sabiendo, porque así se lo decimos, que pueden hacer lo que quieren, no hacen sino lo que deben. Son, sin metáfora cursi, la joya de la casa, y la mejor prueba de compatibilidad entre la libertad y la disciplina. Los empleados de la Sección no pueden prohibir a los chicos que se muevan y conversen; chistarlos para imponerles silencio; acariciarlos, tutearlos, ni hacerles ninguna indicación docente que ellos mismos no soliciten. El resultado se explica: el niño es muy sensible al respeto con que se lo trata, porque satisface su aspiración a ser adulto, proscribiendo a la vez el abuso de la fuerza tan fácil de cometer sobre él. Así se le desarrolla cuanto antes la autoridad que todo hombre normal lleva consigo, y que es su conciencia.

El lector dueño de casa en la biblioteca, ha permitido suprimir en sus dos secciones toda prohibición expresa y toda separación de sexos. Las observaciones, casi siempre por hablar en alta voz, son rarísimas. No pasan de diez en trece años las prohibiciones temporales de acceso, y no se ha aplicado una sola expul-

sión total. Las substracciones y truncaduras intencionales disminuyen también progresivamente. Las relaciones entre lectores y empleados, empezando por el director, son frecuentes y cordiales. Las más violentas crisis estudiantiles no han tenido repercusión en la Biblioteca, aunque es tan crecida su concurrencia de estudiantes.

Salvo con las obras raras de difícil o imposible reposición, poco nos interesa la "conservación" de nuestros libros. Su deterioro nos revela que trabajan; es decir, que sirven positivamente. Ello no excluye una cuidadosa economía, que se manifiesta en la frecuente reencuadernación y en el aprovechamiento parcial de los trancos y anticuados; pero siempre bajo la consideración de que el trabajador vale más que el instrumento de su trabajo.

Con este criterio, la formación del personal — casi todo veterano a la hora de éstas — y la ubicación de los libros, permiten mantener un término medio de tres minutos entre el pedido del lector y el suministro de la obra que solicita; aun cuando la concurrencia durante las horas hábiles de nuestro año de once meses, representa a su vez el término medio de un lector cada dos minutos. La clausura de enero obedece a la necesidad de efectuar una limpieza a fondo, corregir las ubicaciones alteradas durante el año, reencuadernar las obras deterioradas de mayor volumen y consulta, y dar descanso al personal. Pues nuestro horario, a excepción de los días festivos y de los sábados con su media jornada oficial, es de catorce horas continuas (8 a 22) y se halla desempeñado por tres turnos, excepto la Sección Infantil que trabaja continuamente diez horas (9 a 19) y requiere dos de aquéllos. No hay faltas ni retardos injustificados, aunque la disciplina está basada exclusivamente en la buena voluntad recíproca y la comprensión del servicio público que se presta. Más de una vez, autorizados por la superioridad feriado eventuales, o reconocida como impedimento atendible tal cual huelga interruptora del tráfico, el personal ha preferido permanecer en su puesto y acudir a él, para no mermar la buena estadística. No hay más corrección disciplinaria que la amonestación confidencial, por otra parte muy rara.

Esta abolición de la burocracia maquina en la cual el empleado es resorte o número, caracteriza también la biblioteca viva: es decir, el organismo inteligente requerido por el servicio espiritual a que está llamado. Nuestra tarea no es un desempeño mecánico, sino una colaboración afectuosa con el lector. Por esto mismo, no existe ninguna preferencia personal. El lector es un amigo que se llama "nadie". Así, está rigurosamente excluido cualquier trato con él que no se refiera al servicio. Y todo eso: horario, actividad, disciplina, benevolencia, permite atender una concurrencia tan vasta, con tan escasa dotación y sólo ciento cincuenta y dos asientos en ambas salas.

No me cabe duda de que si se construyera un edificio con capacidad para trescientos, el éxito sería igualmente firme; pues hay ya días en que no pocos lectores deben retirarse por falta de sitio, aunque no sobra un metro cuadrado en las salas; al paso que la estantería, amplificada y aprovechada hasta el último límite, quedará llena a fin de año.

Sépanse entretanto — lo que es afligente para nuestra cultura — que hasta hoy no existe en el país un solo edificio nacional construido expresamente para biblioteca pública, y ninguno tampoco dotado con las comodidades que contribuyen a facilitar la lectura: pupitre aislado; servicio automático; guardarropa individual; ficha única de acceso, asiento, pedido de obras, devolución y control; luz y calefacción adecuadas al estudio; gabinete de trabajos especiales; mapoteca; oficina de informes y cotización bibliográficos; cantina módica para lectores y empleados; departamento de aseo y desinfección para estos últimos...

No obstante su aparente complicación, el costo de un edificio así dotado, andaría parejo con el de un templo de igual magnitud: comparación procedente si las hay. El Consejo de Educación tiene a su lado una plazoleta baldía cuya ubicación es excelente por lo céntrica. Cien mil lectores anuales, que salen costando actualmente cincuenta y seis centavos por cabeza, bien merecen esa dotación, siquiera para pensarlos de la miseria presente. Miseria efectiva; pues no sólo falta todo lo antedicho, sino muchas cosas más.

Entretanto, la biblioteca vive. Ha dejado de ser una colección de libros, es decir, un depósito bibliográfico, para transformarse en un taller espiritual donde trabajan anualmente cien mil almas.

Variaciones sobre un tema de Valéry

*Mais toi, de bras plus purs que les bras animaux,
Toi qui dans l'or les plonges,
Toi qui formes au jour le fantôme des maux
Que le sommeil fait songes,*

("AU PLATANE", de Valéry)

I

Arbol puro, pulido por tu mismo recato,
cuyos brazos de abuelo
—con algo de aristócrata tierno en su celibato—,
mecen, soñando, el cielo.

II

En un cielo oleoso y espeso de tormenta
tus brazos sumergidos
tiemblan con el espanto que también amedrenta
a la noche en los nidos.

III

En tu mudez que al viento le desgaja un lamento,
con tizas amarillas
dibujas un dibujo desnivelado y lento
como en las pesadillas.

IV

En las noches de invierno, en el cenit austero
hincas tus manos, fuerte,
y como araña muerdes en su pulpa de acero
los ganglios de la muerte.

V

Angustia nuestros ojos tu sabia asimetría
y el tesón con que ludes
el cielo. Se dijera que vas, durmiendo, al día
a buscar inquietudes.

VI

Arbol de pesadilla, a plena luz nos muestras
con obcecado empeño
los nervios con que inérvanse las pesadillas nuestras
y el armazón del sueño.

VII

Nos angustia en secreto tu sabia asimetría
que raras formas plasma.
Has quitado a la noche, y los muestras de día,
los huesos de un fantasma.

VIII

Entre tus brazos rígidos, sensitivos e inermes,
laminas placas de oro,
y como si sonaran las láminas te duermes
solitario en tu coro.

IX

A veces, con los gestos bestiales del beodo
las nubes acuchillas
y quieres — y no puedes — despertarte del todo,
como en las pesadillas.

X

Cuando el pájaro salta de tus ramas al cielo,
tú, que pierdes un hijo,
llenas de azul las alas de tus ramas, en vuelo
como de flecha, fijo.

Ezequiel Martínez Estrada



L 8 de diciembre de 1829 asumió el cargo de gobernador de Buenos Aires el coronel D. Juan Manuel de Rosas. En ese día se inició, pues, de manera formal, su preponderancia en la política argentina. Desde entonces hasta su derrota en Caseros, con una breve solución de continuidad, los hombres y las cosas giraron en torno de su persona. El gobierno absoluto, irresponsable, y en realidad vitalicio, que ejerció, tuvo allí su origen. ¿Cuáles eran sus antecedentes personales y cuáles fueron las causas mediatas e inmediatas de su encumbramiento? ¿Fue éste un hecho previsto por él, lo preparó tenazmente con sagacidad o, por el contrario, fué un golpe de azar de largas e inesperadas consecuencias?

Desde luego, diez años llevaba Rosas de actuación política y aun militar cuando fué elegido gobernador. Hizo sus primeras armas cuando la invasión de Estanislao López y de Francisco Ramírez, provocó la caída del directorio y del Congreso, y luego la honda crisis política que ha hecho del año 1820 el año de la crisis por antonomasia. Hacendado en la provincia, negociante en gran escala en carne salada, hombre de campo en toda la extensión del término, Rosas tenía la irradiación que le daba la naturaleza de sus trabajos rurales, en medio de la extensión de la pampa semidespoblada. En su "estancia", entre los peones necesarios para las faenas rurales, figuraban no pocos indios "amigos". Socio de Terrero, acaudalado con relación a la época, sagaz y sufrido, Rosas era un "gaucho". Sabía mandar y, por tanto, hacerse obedecer. Sabía también ganarse la voluntad de las gentes sencillas merced a una afabilidad en la forma que es muchas veces característica de quienes ponen firmeza en la intención. No es difícil que desde su primera aparición en la escena tuviera veleidades políticas. No es posible afirmarlo como una verdad histórica, pero muchos hechos contribuyen a demostrar que las tuvo. Con peones e indios de sus estancias, para cuyo sostenimiento adelantó los fondos que luego le fueron reintegrados con creces por el Gobierno, formó la fuerza militar a cuyo frente actuó en los sucesos de la crisis del año 20. Elegido Dorrego gobernador interino, Rosas, con el grado de comandante, estuvo de su lado hasta la batalla de Pavón, en que fué derrotado Estanislao López. Dorrego le reclamó su colaboración como subordinado suyo, para continuar la campaña contra el gobernador de Santa Fe. Rosas no respondió a este requerimiento. Consideraba, según sus panegiristas, que ello era un error, pues libre la provincia de Buenos Aires de la invasión, sólo cabía hacer la paz. El hecho histórico es que Rosas y López tuvieron una conferencia en vísperas de la batalla, conferencia de la que resultó una sólida y prolongada amistad entre ambos. Qué se trató en ella, se ignora, pero puede inferirse sin esfuerzo. No sólo Rosas no quiso invadir a Santa Fe con las fuerzas de Dorrego, sino que, cuando poco tiempo después la paz se hizo entre las dos provincias, López, al exigir una garantía de que se le daría una indemnización por los gastos hechos y los perjuicios sufridos en la invasión, declaró que no necesitaba otra que la fianza personal "del señor Rosas". En 1820, pues, y cuando apenas asomaba la cabeza en los sucesos políticos, Rosas garantizaba así el cumplimiento de las obligaciones formales de la provincia. Por algo la aceptaba y reclamaba López. Pero hay más aun. Debía elegirse gobernador titular de Buenos Aires. Rosas puso toda su influencia para evitar la elección de Dorrego, que importaba su confirmación en el cargo. Todo indicaba el nombre del vencedor de Pavón. Rosas desbarató su candidatura y, a lo que parece, indicó el nombre del general Martín Rodríguez, que resultó triunfante, por ser grato al gobernador de Santa Fe. Recién elegido Rodríguez, se produjo en la ciudad un movimiento revolucionario que obtuvo la anulación de la elección y la designación de Dorrego. El general Rodríguez

movilizó sus fuerzas y ellas fueron engrosadas por el 5.º regimiento de "colorados" de Rosas. Cayó sobre los revolucionarios y los puso en derrota. Y como consecuencia de la acción, en que Rosas intervino, fué éste elevado al grado de coronel. Su actuación tuvo, pues, un significado político indudable. No hay asomo en ella de unitarismo ni de federalismo: López, Rosas, Dorrego, Rodríguez figuraron en los sucesos. Años después, las filas en que actuarían habrían de llamarse federales o unitarias, con propiedad discutible. Pero en los días de 1820 nadie podía llamarse una u otra cosa. Dorrego y Rosas combatiendo a López; Rosas y López sosteniendo a Rodríguez contra Dorrego, no servían esas tendencias políticas. Con todo, se deja ver el propósito claro del futuro dictador de anudar vinculaciones con los hombres que significaban el poder y la fuerza, y que aparentemente no habrían de hacerle sombra.

Pero el general Martín Rodríguez en el Gobierno resultó un hombre de Estado, y entonces la sombra fué Rosas. El gobernador llamó a colaborar con él como ministros, a un hombre de la talla de Rivadavia, a D. Manuel José García y al general Cruz, el salvador de los restos del ejército nacional en la desventurada pero venturosa sublevación de Arequito. Rosas no tenía papel en circunstancias tales, en que el orden y la ley substituirían al caos de la anarquía. Se acogió, pues, a sus "estancias" y a sus negocios. Su primera tentativa había fracasado. Supo comprenderlo y no tener impacencias, su mayor fuerza, como que es la mayor fuerza de todo hombre político. Ya le llegaría su hora o no le llegaría, pero no habría él de precipitarla sin provecho.



JUAN MANUEL DE ROSAS

El general Las Heras, sucesor del general Rodríguez en el Gobierno, se propuso continuar la obra emprendida por éste de desalojar de sus tolderías en la provincia de Buenos Aires a los indios, cuyas incursiones en las poblaciones eran de devastación y de muerte. Utilizó para ello Las Heras a dos hombres que habrían de verse pronto frente a frente: a los coroneles Juan Manuel de Rosas y Juan Lavalle. Este había llegado poco tiempo antes a Buenos Aires, por haber terminado la guerra de la independencia, en que había obtenido todos sus grados militares. El otro los había conquistado en las contiendas civiles y políticas, su favorito, su único campo de acción. La fijación de la frontera con los indios era para Rosas una actividad a que se avenía complacido. Lo llamaban a su juego, como se dice vulgarmente, pero por eso mismo con exactitud. Movilizó los indios de sus "estancias", juntó sus hombres, y se puso en marcha para someter a los indios "amigos" y combatir a los rebeldes. Pero la breve campaña fué interrumpida porque sobrevino la guerra con el Brasil. Marchó al campo de batalla su compañero de fatigas, y él volvió a sus negocios y a sus haciendas. El fugaz interinato de D. Vicente López en la presidencia de la República, a raíz de la renuncia de Rivadavia, halló oportunidad, sin embargo, para hacer dos designaciones de consecuencias incalculables: la de Rosas como comandante general de la campaña de Buenos Aires, y la de Lavalleja como general en jefe del ejército de operaciones con el Brasil, destituyendo al general Alvear, con lo que se convirtió prácticamente la guerra nacional contra el Imperio en una guerra de la Provincia Oriental.

En ese cargo de comandante general de la campaña, Rosas vió ensanchado su radio de acción. De allí a la gobernación de la Provincia, la distancia era pequeña. El "gaucho" y señor

de los "Cerrillos" pudo irradiar su influencia hacia toda la población de la campaña. Sin embargo, cuando llegó al Gobierno el coronel Dorrego, pocos días después, resignó la función porque estaba reducida a un "título" y carecía del apoyo necesario en las autoridades de la provincia. Rechazada su renuncia, insistió en ella, negándose a expresar cuál era la falta de apoyo de que se quejaba. Una nueva resolución gubernativa lo indujo a no insistir y vino a Buenos Aires a tener una entrevista con el gobernador, de quien había sido a ratos amigo, a ratos adversario más o menos encubierto.

EL ADVENIMIENTO DE ROSAS I POR MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Produceda la revolución contra Dorrego el 10. de diciembre de 1828, estuvo con las tropas de éste en el combate en que fué tomado prisionero el gobernador. Llevó a las raleadas filas a muchos de esos indios "amigos", que eran soporte de su prestigio y que opuso a las fuerzas del ejército nacional. Esa fué la causa primera del fusilamiento del gobernador, pues los revolucionarios de diciembre entendieron que era un ultraje combatir al ejército glorioso del Brasil con los salvajes de la pampa. Pero Lavalle había obrado con tal desinterés personal, que después de haber sofocado la resistencia sólo pensó en hacer la paz. Ofreció primero el Gobierno al general San Martín, que en esos días regresó de Europa.

Como el gran capitán de los Andes no aceptara el ofrecimiento, se dirigió Lavalle al Consejo de Estado proponiéndole resignar el cargo en el general Guido, ex ministro del gobernador deposedo. Mayor prueba de despreñamiento no podía dar el jefe de la revolución. Proponía expatriarse y erigir un gobierno encabezado por un hombre puro, sin que lo moviera ningún egoísmo personal ni el más mínimo espíritu de partido. La solución propuesta no fué aceptada por el Consejo de Estado. Lavalle resolvió entonces hacer una nueva tentativa de paz, y bajo la inspiración de amigos comunes pensó que Rosas, en quien había quedado el mando de las fuerzas de la provincia después de la prisión y muerte de Dorrego, podría proporcionarla con exclusión del gobernador López de Santa Fe. Ese fué el origen de la entrevista en la estancia de Miller, tan caprichosamente relatada por el panegirista de Rosas y de la convención de Cañuelas, que fué acompañada de un tratado secreto recientemente revelado en su texto auténtico. Por el convenio público bien conocido, se pactó la paz y la convocación de la Legislatura de la provincia para que hiciera, ante todo, la elección de gobernador titular de la provincia. Por el tratado secreto, se estableció que "ambos contratantes" emplearían todos los medios legales que les daba su posición e influencia para que la elección de los representantes recayera en una determinada lista de personas, y para que éstas eligieran a su vez gobernador a D. Félix Alzaga. Se le designaban también de antemano los ministros, que lo serían D. Vicente López y D. Manuel García en los ramos de gobierno y hacienda, respectivamente, dejando a su arbitrio el nombramiento del ministro de Guerra.

Ese pacto secreto demuestra, al par que el desinterés y la buena fe del general Lavalle, su candidez de hombre de bien y, sobre todo, la astucia de Rosas, que puso en juego toda su habilidad y su doblez. Ocurrió, desde luego, que Lavalle había prometido más de lo que podía dar. Exaltado al gobierno provisional de la provincia por su condición de jefe militar de la revolución, no era, sin embargo, la cabeza de un partido político, y carecía de influencia para imponer a los hombres públicos que tenían acción y eficacia una solución semejante. Las personas designa-

das en el pacto secreto eran adversarias al movimiento de diciembre. Los amigos políticos del gobernador se opusieron a que fueran siquiera candidatos y les opusieron una lista formada por hombres de su partido. Así se lo significó Lavalle a Rosas, "su querido amigo". En carta del 16 de julio le decía cómo lo convenido había trascendido, provocando abierta resistencia, y cuán patriótico sería llegar a una solución de concordia. Agregaba Lavalle que él no conocía los hombres y que había confiado en que la solución buscada no encontraría obstáculos. Rosas desoyó esa invocación del patriotismo y dijo: "Horroriza, mi amigo, el cuadro que presenta nuestra patria si la fe de los pactos se destruye y la confianza se pierde. Todo será desolación y muerte y se dejará escapar la mejor oportunidad de afianzar para siempre los destinos y la prosperidad de nuestro suelo. Espero confiadamente del celo de los amigos por el bien del país, que cooperarán poderosamente a fin de conducir este negocio al punto que a todos nos interesa y que afecta tanto "el honor" de los que intervinieron en la paz del 24 de junio."

Esta invocación al honor sabía bien Rosas a quién la dirigía. Lavalle no podía admitir ni en hipótesis el aparecer como dispuesto a faltar a la fe de su palabra. Las elecciones se realizaron, pues, en las condiciones apuntadas: por una parte se votó la lista del pacto secreto, y por otra la del llamado partido unitario. Lavalle fué derrotado por sus partidarios de la víspera. Tronó Rosas ante el resultado. Y Lavalle, fiel a sus compromisos, le respondió: "Yo, mi estimado amigo, estoy dispuesto a multiplicar por la paz y la felicidad de este infortunado país

los sacrificios personales que he hecho ya. Pero si una ciega fatalidad se hubiese obstinado en despedazar nuestra patria con un nuevo rompimiento de guerra, me someteré gustoso al juicio de nuestros contemporáneos, de la posteridad y del cielo mismo, en cuyo severo tribunal me presentaría sin un átomo de remordimiento. Yo diría en mi defensa que la desdicha de mi patria no había sido causada por mí. En fin, mi amigo, cualquiera sea la suerte que el destino nos prepara, usted debe estar seguro que conservaré siempre la simpatía que Vd. me inspiró en Cañuelas, y que desearé estrechar nuestra amistad con un vínculo muy fuerte, tanto por el país como por satisfacer mi inclinación particular."

Véase ahora cómo Rosas le hablaba a Lavalle en términos de igual cordialidad: "Siempre me encontrará usted pronto a todo lo que considere justo y que crea poder servir a poner término a nuestras desgracias. Nuestro común amigo Pacheco (el coronel D. Angel Pacheco, que había sido portador de la carta de Lavalle) le impondrá de mi modo de ver hoy el grande asunto que nos ocupa. Persuádase Vd. de mis ardientes deseos por la felicidad del país, de la buena fe con que he procedido y procederé siempre, y partiendo de este principio, no pierda los instantes de hacer a su patria un grande servicio. Desde que Vd. tuvo la bondad de honrarme incluyéndome en el número de sus amigos, yo soy de Vd., y si medita sobre lo que vale la amistad de un hombre de bien, y lo difícil que es encontrar un amigo de esta clase, verá sin duda que jamás ha de tener motivos por qué arrepentirse de haber dado lugar en su amistad a su apasionado compatriota.—Juan Manuel de Rosas."

Esta correspondencia pinta a los dos personajes de cuerpo entero. El hombre de bien que, según él mismo, era Rosas, y cuya amistad valía tanto porque era difícil encontrar un "amigo de esa clase", obtuvo de Lavalle todo lo que quiso, lo que no fué óbice para que tres meses después le llamara, aludiendo al fusilamiento de Dorrego, "el asesino Juan Lavalle". Ese era el hombre que merced a Lavalle, a su buena fe, a su candida credulidad, llegaría poco después al gobierno de la Provincia, con todos sus odios y toda su ambición, que supo disimular tan artera como eficazmente.



JUAN LAVALLE

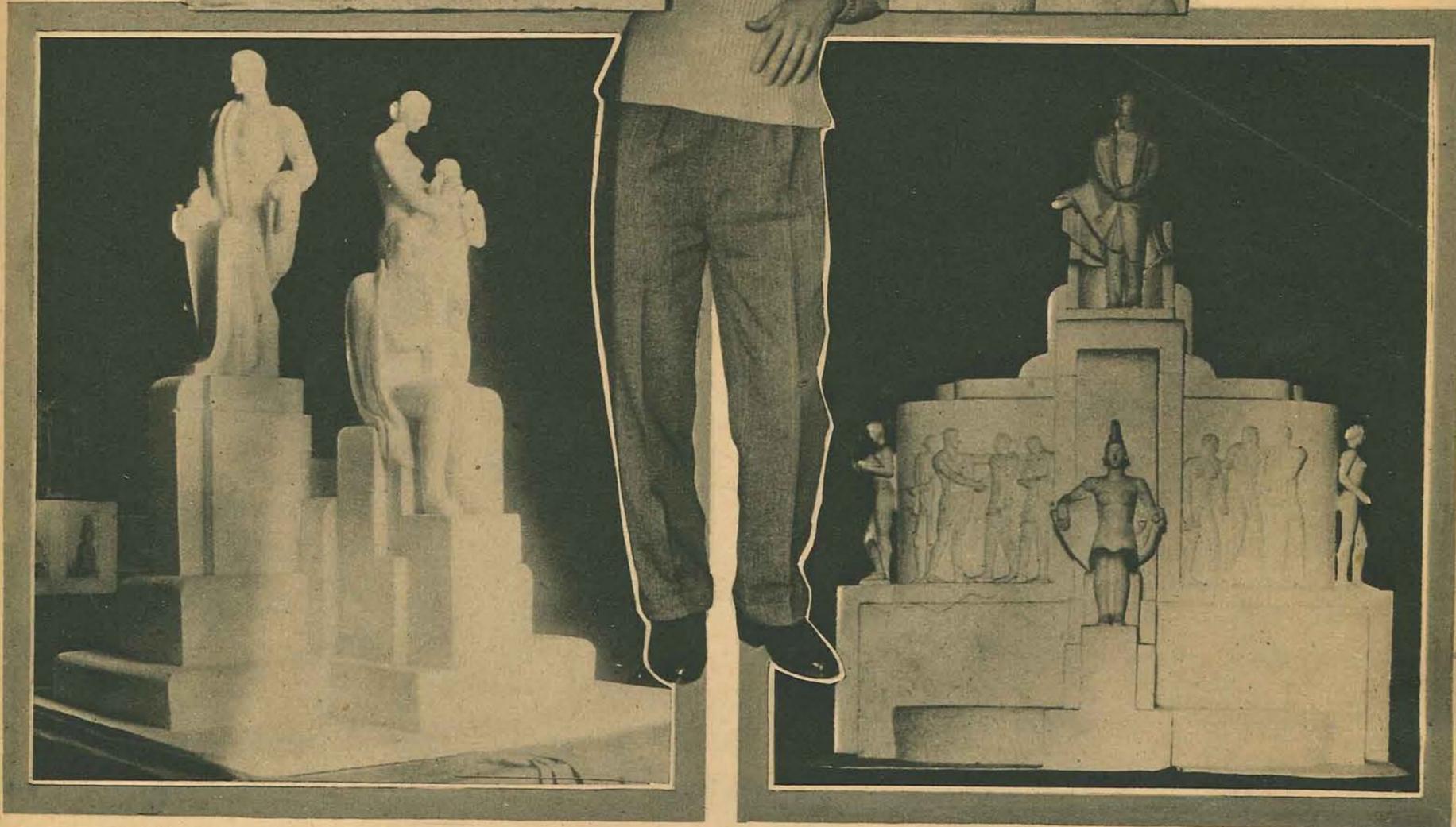


JOSE FIORAVANTI EL ESCULTOR DE LA QUIETUD ARMONIOSA

"Maquette" del monumento a Roque Sáenz Peña



"Maquette" del monumento a Avellaneda



Si como el silencio se halla poblado de voces, la quietud está llena de movimiento. ¡Pero, qué magia la del artista que acierta con tal elocuencia! Porque de la quietud a la inercia, no hay más que un paso. La expresión en el reposo debe ser, pues, sorprendida en su actitud propicia. Labio mudo que habla; ala inmóvil que, sin embargo, vuela...

¡Presas que sólo puede cobrarlas el gran cazador!

Es el juicio esencial que la obra de Fioravanti me sugiere. Porque este artista en plena evolución, obsediado ahora por un sueño de arte prefidiano, venía predisuesto para la plástica serenidad. Melancólico en su sentimiento, casto en su fecundidad armoniosa. Y fuerte, siempre, como el que más. Pero, sobre todos esos aspectos, un plasmador de quietudes persuasivas... Yo parto, para afirmarlo así, de su primera obra. La figura de la hermana. Que se halla en el Museo de Bellas Artes. Obra todavía influenciada por reglas clásicas de academia. Pero ya sugerente.

Y a través de diez años de labor y renovación, la comparo con sus últimas figuras de monumento. El alma es la misma. Sólo hay diferencia de forma. Pero idéntica sangre corre por esas venas. Y las manos que se levantan como para bendecir, son hermanas de las manos que, en reposo, parecían hilar el hilo espiritual de un sueño meditativo.

Pero, con la forma, la técnica ha variado. Y decir de un artista que ha variado su técnica, es hablar de nuevas orientaciones. El ha sorprendido esta verdad: "Toda perfección, en una época artística, va precedida por su infancia y su desarrollo. Si queremos renovar el arte, no sigamos a los grandes maestros, que sabían mucho, que lo dijeron todo. Estudiemos a los precursores. Ellos, en su ingenua indecisión, abren caminos insospechados a nuestra ansiedad imaginativa..." ¿Entonces?

Como el niño se vuelve a la madre, el alma del artista se vuelve a la cuna del arte. Pero, ¿fue únicamente Grecia, la suna del arte? No, indudablemente. Criatura robusta, destinada para todos los prodigios, creció Grecia bajo la enseñanza de una nodriza maravillosa.

¡El Egipto de las estatuas y bajos relieves! Y para un artista moderno, supone más, como excitante de concepción, un retrato de Seti I o de la reina Nofrit, que el Júpiter de Fidias o la Afrodita de Praxíteles. Y más todavía—por el cercano parentesco—esas estatuas de la Egina y de la Olimpia, precursoras, que guardaban aún el sello faraónico, algo gigante y desmedido de sus proporciones.

Y quien habla de Egipto, habla también de Asiria, con sus estelas cinceladas y sus planchas de bronce, fundidas en bajos relieves. Un arte tan antiguo, tan vigoroso, que parece ya sabio hasta en su arbitrarias ingenuidades... (Pensad en el toro alado de cinco patas y en el león que, en su salto de perfil, presenta de frente las dos zarpas abiertas).

En esta selva de encantamientos ha penetrado Fioravanti. Hace miles de años que, en esa selva, yacía la belleza. El, como otros artistas del actual mo-

vimiento, por tierras y por mares, han ido a rescatar el santo sepulcro. Y se encuentran con que, allí dentro, en vez de una momia desecada, sonríe, dormida, una doncella...

Y el arte de este escultor, que se inicia ya personal, en su primera obra, todavía de academia, que se desarrolla luego, con patética expresión y líneas tan serenas como vigorosas; el arte de este escultor adquiere una nueva simplicidad. Es ahora fresco, tierno, jugoso, como una cesta de manzanas.

¡Y qué unidad en toda su obra! En ella triunfa siempre la quietud armoniosa. ¡Pero, también, qué distancia entre lo de ayer y lo de hoy!... Y no reside esa distancia en que el artista haya aprendido a modelar mejor. Tal vez, de intento, hará gala de olvidar, a ratos, esa demasiada ciencia aprendida. Es el maestro de orquesta que, apartando los cien instrumentos, queda sosteniendo toda la emoción con un simple coro de flautas. De tal modo se

aquietan sus figuras en un éxtasis de belleza, que parecen adquirir a veces cierta gracia vegetal, como si fueran todas ellas el árbol encantado de la fábula, en donde el arte, como la palabra, está latente y expresivo...

Su arte del momento, es renovador de formas arcaicas. Y yo me siento delante de sus estelas y estatuas, como un ciudadano de Tebas, de Babilonia o de Olimpia, que después de milenios volviera a la vida, y emprendiera otra vez el ritmo interrumpido. Y esto me demuestra, una vez más, la unidad espiritual de nuestra civilización.

¡Debo pronunciar otra vez esta palabra mágica: Oriente? Si, debo pronunciarla. El mismo Fioravanti no la calla. Pero también habla de Bizancio. Significa mucho, en realidad, Bizancio, aun cuando se hayan escrito, anteriormente, nombres tan inmensos. Pero no sé si significa tanto para la escultura, como para otras artes hermanas. Núcleo de decadencia, en su seno agoniza la cultura greco-latina. Pero de allí mismo, como fertilizada por su propia descomposición, brota el gran cedro arábigo, y el mundo asiste al milagro del resurgimiento. Nace, en realidad, la música y su escritura; aparece un nuevo estilo arquitectónico. El milagroso Oriente, después de crear a Egipto, Grecia y Roma, impulsa otra vez hacia el Oeste el germen de la civilización. Y la nueva etapa se cumple en España y en Italia. Nace en aquella el único gran filósofo de la Edad Media: Ibn-Rochsd, llamado Averroes. Y a esta última le cabe la gloria de producir el poeta más grande de la cristiandad: un árabe, por su alma y por su nombre: Alí-ghie-ri...

Estas verdades son claras, para quienes quieren entenderlas. Pero hay los engañados por propia voluntad. Léia, no ha mucho, un tratado sobre escultura, tomando este arte desde la época neolítica. Su autor, llamaba "celt" a la edad de piedra, en Europa, derivándola del hacha (de sílice) que es en realidad lo que "celt" significa. Era la edad de la caverna. La edad del celta, en una palabra. Luego, sorprendido por la inmediata civilización que le sigue de golpe, donde descubre ya el uso de los metales y la arcilla, se lanza a buscar sus orígenes. No es posible



Detalle del monumento a Avellaneda



Bajorrelieve en "terracotta", por Fioravanti

hablar de evolución. ¿Invasión, entonces? Y los halla, claro está, en el Oriente... Pero, para conciliar sus deseos y la verdad, se echa a buscar vagos escritores latinos, que hablaban con más vaguedad aun, de una vaguísima raza de... celtas, venida de Oriente, para enseñar las artes. Y, como finalmente, tampoco le satisface esta teoría, inventa él por cuenta propia una emigración de celtas al Oriente, donde crean todo lo creable, para luego volver a enseñárselo a los hombres de las cavernas... Y el que esto escribe no es un celta. Es un hombre de raza oriental ¿Ate usted cabos!

Fioravanti no es de los que se engañan a sí mismos. La sinceridad de su arte lo demuestra. Su arte sano, robusto, sin gota de preciosismo—ni peligros de caer en él—por su masculina y sobria sensualidad. Fioravanti ha visitado el Museo Británico, y ha recibido lecciones de Khorsabad, de Luxor y de Olimpia. Y con su alma moderna, ha prolongado esta lejana emoción, la ha hecho renacer palpitante y nuestra. Se sentía hermano de aquellos artistas y continuador de su sensibilidad. Veía claro en el mundo exterior y adentro de sí mismo. Y entonces no podía realizar sino obras sinceras y bellas.

Estas obras se han venido sucediendo, en una labor incesante. Estatuas y bajos relieves. Trabajaba en éstos, sobre la piedra directamente. Así ha logrado realizar escenas deliciosas, como esa

Una de las figuras escultóricas del monumento a Enrique Carbó



Bajorrelieve de piedra destinado al "hall" de la Casa de Gobierno

destinada al gran "hall" de la Casa de Gobierno. No puede concebirse nada más armónico. La madre, que sostiene al hijo de pie, sobre sus muslos, siguiendo con maternal ternura el ademán del niño que suelta una paloma. Todo el arte de Fioravanti se encuentra allí: salud, gracia, armonía.

Y así ha podido realizar también su monumento a Beethoven, de sobria expresiva serenidad helénica. Y el monumento simbólico de la Rural, esa pareja de tan humana dulzura, de tan arcádica bondad. Y sus grandes figuras funerarias, entre las cuales me he paseado lleno de asombro, como si viera renacer, con una calma fuerte y profunda, un arte de gigantes desaparecidos.

No me extraña, pues, sorprender a Fioravanti en su taller, delgado de cuerpo y pálido de color. Es la transfusión de sangre y de espíritu que el artista realiza, en los seres de su imaginación. Y como es el escultor—entre todos los creadores de belleza—el que más ha conservado el sello de los griegos, qui-

siera poder saludarlo con algunas bellas palabras en dialecto jónico...

Pero, a falta de jónico, bueno es el criollo. Y tan bueno, que, sin habernos visto jamás, a los pocos segundos ya nos entendemos completamente. Y yendo y viniendo por las salas donde se agrupan sus obras, cambiamos impresiones. Fioravanti es un alma franca y recta, que va, como una flecha, a dar en el blanco de su verdad. Nada oculta. Allí están sus maestros. Allí, su cantera espiritual. Y de las venerables estelas, de las milenarias estatuas, cuyas reproducciones decoran las paredes, paso los ojos a sus propias obras. Veo el lazo de familia. Y la nueva expresión. Expresión de síntesis armónicas, donde se funden actitudes de muchas épocas y países. Y nada desentona. Porque el artista de Buenos Aires, fiel al abolengo de su estirpe, esculpe a orillas del Plata como lo hiciera su an-



"Mi hermana", escultura de José Fioravanti

yo iba pensando. Por lo demás, al escultor no valés a juzgarlo por sus palabras, sino por sus estatuas. Id a verlas, si no las conocéis. Empiezan a esparcirse por la ciudad. Ellas, junto con las de otros dos o tres artistas argentinos, empiezan a consolarnos de tanto frío mármol indiferente. Con ellas empezará recién nuestro pueblo a comprender y amar la belleza de la forma esculpida.

Celebro en el escultor su laboriosidad. Pero él se confiesa el hombre menos trabajador del mundo. Tiene allí dos grandes monumentos en modelo. Uno dedicado a Sáenz Peña y el otro a Avellaneda. Acaba de exhibir las figuras del monumento a Carbó... Lo que él lamenta—yo comprendo—es no poder trabajar todavía más. Y en sus ojos febriles, leo la inquietud del Ensueño que llama, que sacude las aldabas con nerviosa impaciencia... Llega en todo instante, desde muy lejos, para traerle un nuevo presente. Y parece temer que, como un perfume sutil y exquisito, se le desvanezca... Se agita y llama sin cesar... Hasta que el artista le abre las puertas. Y entonces el Ensueño, como esos fastuosos mercaderes de las fábulas, desatará los velos y descubrirá un nuevo prodigio...

tepasado a orillas del Eufrates, del Nilo y de los mil riachos ilustres de la Hélade. Y yo vuelvo a sentir cuán profundamente estamos unidos a esa cultura que, por mil caminos de dolor y esperanza, ha ido llevando la luz del espíritu a todo el resto de la humanidad. Cultura que sólo pudo extenderse cuando los hombres que la crearon, en migraciones sucesivas, se esparcieron entre las razas que, hasta ese instante, sólo habían dado señales de su fuerza primitiva...

El Oriente está vital en toda esa civilización. Así como en el Ib sen noruego se trasluce la herencia de algún otro Ibn-sem, filósofo o poeta. Simiente que peregrinara a través de centurias, desde Jerusalem o Damasco hasta Cristianía, para germinar por fin en una genial revelación de arte y humanidad.

A pesar de su verba elocuente, el escultor me habla también con los ojos y, sobre todo, con las manos. Manos, fuertes como de obrero, y elocuentes como de artista. Acostumbradas a plasmar la idea en la arcilla, modelan en el aire las palabras que su dueño modula. No quiero hacer diálogos. En estas cuartillas creo ya haber narrado algo de lo que me dijo y también de lo que

Detalle de un bajorrelieve destinado a la Casa de Gobierno



MUSICA DE GRIEG



Algunas veces hablamos ligeram e n t e de las cosas. Su más secreta dimensión no nos preocupa. Yo, sin embargo, las menciono con cierto receloso respeto. Hay zonas de mi vivir muy ligadas a ellas. A un disco de gramófono debo la recuperación definitiva de un amplio trozo de mi vida recordada, y, en él, un suceso triste.

Fué en un tiempo en que todo se había ido de mí. Usted sabe cómo suele ocurrir eso: se nos queda un espacio de la vida en blanco, y ya ni miramos hacia ese rincón en que la nada promete fantasmas... Pero compré un día el disco, y lo llevé a mi casa, tranquilamente, porque siempre el azar disfruta sus intenciones. Usted se imagina, una lámina negra: de un lado, "Peer Gynt - La Mañana - Grieg", y del otro, "Peer Gynt - Canción de Solvejg - Grieg".

Quien así hablaba era el hombre menos comunicativo de toda la colonia veraniega. Me acerqué a él impensadamente, porque necesitaba buscar distracción allí adentro, en el bar. Afuera estaba el mar, alto de ira, enmarañado de viento. En los cristales de las ventanas estrellaban su vuelo los rumores del agua agitada. Crujía el armazón de las cosas, y un atávico impulso nos reunió esa noche a todos en el bar, figuración antojadiza del cubil ancestral. Un poco desplazada de su centro ordinario, la gente conversaba en grupo. A mí me tocó de interlocutor este hombre que ahora hablaba ante mí de cosas suyas. Yo lo escuchaba un poco asombrado. Él se volvió a mi silencio:

—Discúlpeme si abuso de su benevolencia. Esta noche el mal tiempo impide su paseo por la playa, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto, asenti.

—Yo le hablo—continuó él—porque hoy he vuelto a escuchar, en el mar agitado, una de las voces de la tierra, y he recordado a Grieg. Usted sabe, Grieg canta con las voces de la tierra. Por eso su acento llega adonde ningún otro puede acercarse. Su canto pasa por las raíces mismas del hombre, ¡cómo desearlo! Los músicos lo ignoran quizá, pero los poetas saben mucho de él.

Hoy recordé a Grieg y al disco que entró a formar parte de los objetos de mi casa. Mi casa estaba lejos... ¡Bah!, lejos es un decir que nada dice. Estaba apartada, y yo también, pero más en el sentido y en la orientación de mi vida que en su ubicación. Tal vez no me explico bien; pero, ¿usted sabe lo que es una amputación, no? Bien, yo estaba amputado. Ahora creo que entonces vivía feliz; no lo sé; pero sí puedo asegurarle que desde entonces no lo he sido más. Verse de nuevo conviviendo con aquello que se nos amputó es horrible.

Cuando por primera vez me llegó, desde el gramófono, con "La Mañana", aquella voz de la tierra, yo ni lo sospeché siquiera. ¡Era tan agradable! Una nebulosa de recuerdo, donde se iban precisando puntos luminosos, ya familiares.

Pocos compases más, y todo volvió a ser para mí viviente y actual. Mi pueblo, allí, en un repecho de juventud, con toda la aureola de mis días más dispendiosos de futuro. Y yo, héroe de mi mundo y de mi vida, con una promesa en cada sueño, y todo sueño el vivir. ¡Ah, la soberbia de ser joven, de saber que se está al comienzo de cualquier munífica aventura!

Así, reconstruí en notas y acordes, me volvían mi vida y mi pueblo. Mi vida no tuvo otra belleza que la que yo soñé; mi pueblo no poseyó otro encanto que el de una primavera. Pero en aquella música que cantaba con voces de la tierra, sólo esa belleza y ese encanto llegaban, en olas impetuosas.

Volvía aquella primavera. La luz de un día, quizá de algunas

horas, suspendida como una sonrisa sobre mi pueblo; flores de la pampa, abiertas en los matorrales de los terrenos baldíos; olor de álamos tiernos, de alfalfa florecida. Y yo, descendiendo una loma, de cara al campo, en los labios una canción reiteradamente inconclusa y una sonrisa de vivir, y en los ojos un resplandor de mañana.

Todo eso, concreto y preciso, venía, resucitado por la música,

su boca ni flores en sus cabellos. Pero toda ella cantaba en silencio, toda ella era flores. Y, por encima de su floración invisible y de su callado cantar, la tristeza de sus ojos agitaba una señal para alguien que ya había transpuesto el último alcance. Siempre así. Silencio de callar gustoso, manos de estar-se perdidas en el regazo y cabellos flotantes, como en llamada, como en adiós.

y en ese rugir ahogado de los árboles al viento. Entonces me nacía, muy en lo hondo, su imagen como era en mí, y yo la sentía como dicha por la tierra, a través de mi ser.

Así me la devolvía ahora Solvejg en su canción. Hecha de viento y de cosas estremecidas, como fué antes.

Pero nada se estanca, y el follaje del tiempo es de hojas caducas.



ILUSTRACION DE ERNESTO ARANCIBIA

ca, como una brisa. No, brisa no; viento, viento de llanura, y nubes blancas, altas, extraviadas en el excesivo azul de un cielo incomprensible hasta para el mismo día.

En la otra faz del disco, cantaba Solvejg, y, por caminos ya nacidos en nostalgia, venía ella...

Después de años y distancias desgastadores del alma, uno piensa: cosas de pueblo, imaginaciones de la vida muchacha; pero usted sabe que no es así. Todos sabemos que no es así. Queremos engañarnos; pero la vida no se engaña, y cuando los recuerdos del comienzo se nos echan a vuelo en la memoria, ya es inútil querer superponer paisajes nuevos a las primitivas impresiones de la vida que construimos en nosotros, con materiales nuestros.

Por los caminos de la canción, bajaba ella, como siempre la vi descender de la lomita en que estaba su casa.

Jamás hubo una canción en

Entonces, usted se imagina, la primavera, en mi pueblo campero, la brevedad de mis años, su belleza, y esa apatencia de amor que nos fustiga cuando los vientos muelles se arrastran y las nubes con su paso no acaban de bruñir el cielo, y las canciones son todas temblorosas, y las más triviales palabras parecen confesiones...

"Querer", "amar", son expresiones vulgares. Pocas palabras hay que traicionen tan a fondo a quien las emplea. Yo la quería... No sé...; pero eso no interesa. Sin embargo... Sí, sí, la quería inmensamente, y cuando soplabla el viento, cuando había tormenta, y las voces de la tierra rodaban por la pampa, yo apretaba contra mi corazón su nombre, dejaba que el viento me abofeteara, que el granizo me incrustase en la cara su golpe helado... Así la sentía yo, a ella tan suave, tan de no ser de este mundo, en el aullido del viento, en la promesa de cataclismo de los truenos

Ella crecía en serenidad, y yo en arrebato. Nos acercábamos como impulsados por una atracción contradictoria. Acaso, cuando hablé, vibró con mis palabras la voz de esa tierra extendida en pampa a nuestro alrededor, hasta cerrarse allá lejos en un abrazo de horizonte. Acaso... no sé; pero yo toqué un día esta realidad: Ella era mía; así, simplemente, con toda la enorme hondura de esa palabra, que hoy se me aleja ianto. Fuimos, de asombro en deslumbramiento, dejándonos vivir por un tiempo ávido, que no sentíamos siquiera. Mi pueblo, la campaña fecunda de trigales, el viento pastor de nubes enloquecidas de sur, todo desapareció.

Usted ve, allí, por la ventana, el mar. No es, allá lejos, más que una cosa esfumada, que ni siquiera un horizonte preciso tiene; pero acaso sea el umbral de un mundo florecido más allá en una vida fastuosa. Yo creo que algo así era la vi-

da de entonces: vaguedad preñada de promesas.

Y bastó un detalle, una palabra, para que todo...

—¿Por qué no tendremos hijos?— Así, con la mirada vaga y el rostro coloreado, me preguntaba ella a veces. Suspiraba, y sus miradas navegaban el mar de la pampa.

Pero no sólo a mí me hizo esa pregunta. También a un médico. Y la respuesta, aunque sinuosa, fué terminante: —Su marido, señora, usted sabe... cosas de hombres... No... Nunca.

Por última vez la vi bajar la loma, como en otros tiempos. Blanca y ligera de cosas del aire, se alejaba a medida que marchaba. Y todo el paisaje pueblerino que la rodeaba se me fué grabando, como si supiera que ya no la vería más.

—Mamá—dijo—, tienes que comprarme una jaula y ponerme dentro, para que cante.

—¿Hija! ¿Por qué?

—Porque soy un pájaro.

Blanca y ligera de cosas del aire, se hacía encerrar y cantaba durante horas. Y mi pasión se rompía contra la serenidad de su mirada, y todos mis impulsos se entrellaban contra su quietud.

—Escucha, querido, escucha, yo soy un pajarillo que canta dentro de su jaula.

Y todo callaba para escucharla cantar: las voces de la tierra, el rumor de la vida y hasta el martilleo borrascoso de mi corazón. El viento se detenía en su ventana, olvidada la primavera, abandonada las nubes en el cielo levantado de octubre; y se venía luego hacia mí, marchaba tras de mis huellas, por caminos de noche, con su canción de pájaro. Y yo sabía que cada hora me repetiría la cantilena lancinante.

Entonces abrí por primera vez mis viajes, mis verdaderos viajes, ni siquiera sospechados, tan lejos me llevaban. Ante mí tenía aún el mundo, y una múltiple ansiedad me decía aventuras. Un viento de velas y adioses pareció soplar sobre mi vida de pueblo, y un persistente, doloroso intento de olvidar me rondaba el corazón.

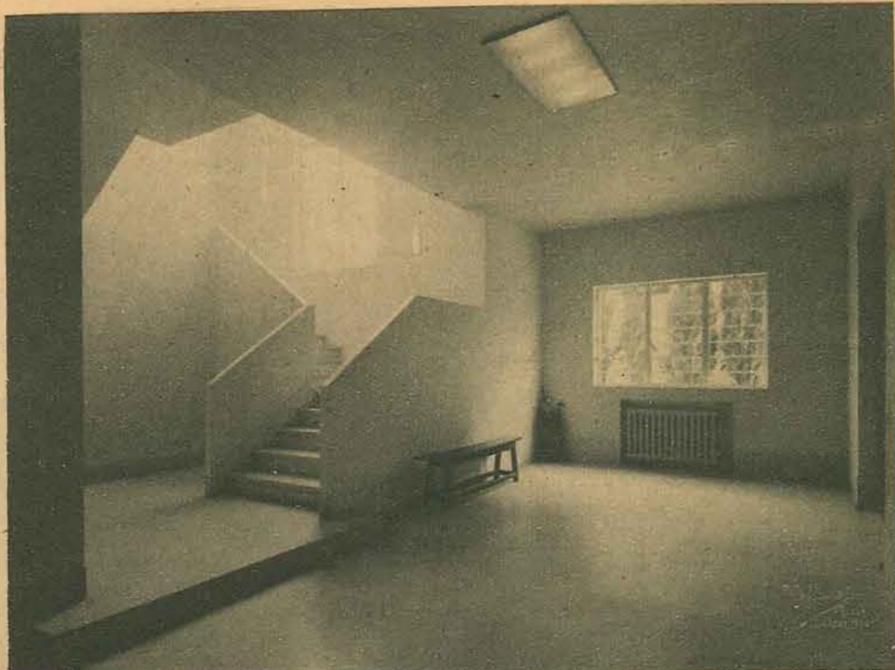
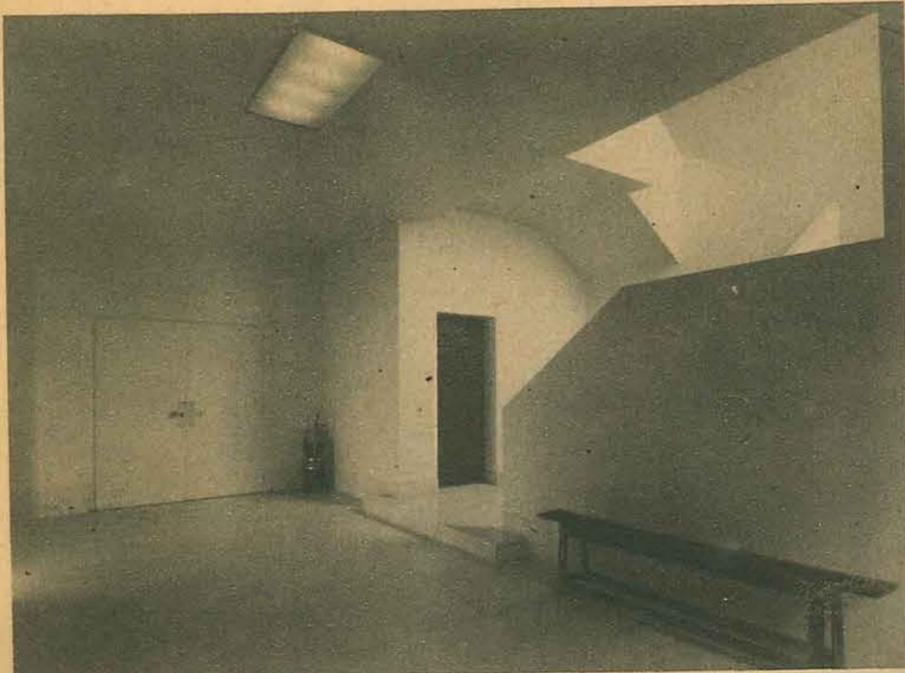
Brutalmente, me amputé la vida vivida. En refugios de huida comencé a reedificarme, ya no más con pasión ni con aliento de poderosas voces terrestres, más bien huyéndolas. Para salvar mi vida, disminuí su intensidad.

El hombre, usted sabe, es un gran destructor; y la vida también. Tanto anduve en terrenos de olvidar, que cuando, en horas demasiado densas de cosas mías, buscaba recuerdos, tierra adentro de mi vida, ya casi no alcanzaba a resucitar su imagen. De su canción de pájaro cautivo no me quedaba ni el recuerdo de un eco. En zonas apartadas de toda anterior experiencia, comenzaba a prometerse una aventura nueva, y nuevos paisajes me iban ganando para su desinteresada belleza.

Ninguna necesidad tenía yo, tras la resonancia de mi desventura, tan vasta como toda mi vida, de que un disco comprado al azar viniera a destruir aquel olvido tierno, que se fortalecía y me prometía otra vida. Pero así fué. Desde más allá de los mares, Grieg me trajo las voces de la tierra, y, con ellas, mi juventud, mi amor, mi desdicha, todo lo que ahora debo seguir sufriendo, sin posibilidad de volver a vivirlo.

Nadie puede vivir dos vidas simultáneamente, ni dar vitalidad a lo que de sí mismo ha muerto. Por eso yo siento ahora el peso de aquella vida muerta, que gravita sobre cualquier posible felicidad mía.

Venga, vayamos al mar. Quiero escuchar bien su voz de cosa, su rumor de eternidad. Es bueno, cuando algo duele, sentirse pequeño y desvalido ante alguna de las cosas o de las fuerzas que nos han precedido en la tierra, y que en ella nos sobrevivirán.



ACE dos años, Da. Victoria Ocampo mandó edificar en Mar del Plata una casa según las normas de la nueva arquitectura. Hecho inaudito, ocupó la crónica del balneario durante la temporada. La curiosidad pública dió su opinión con una espontaneidad juvenil, pero que no dejó siempre muy bien parada a nuestra cultura. Para la mayoría, la nueva casa fué como un desafío al buen sentido... que había que contestar con algunas faltas de urbanidad. La convicción de Victoria Ocampo no se contaminó. Fortalecida más bien por el ardor enemigo, resolvió levantar otra casa moderna en Buenos Aires. Esta vez la oposición comenzó en la autoridad municipal. La comisión de estética edilicia produjo un meditado informe en el que sostenía: primero, que lo propuesto a su consideración no era arquitectura, y segundo, que Buenos Aires era una ciudad estética, puesto que concluía pidiendo un no ha lugar en salvaguarda de la belleza urbana. Los cimientos estaban echados y la señora Victoria Ocampo siguió a su riesgo la edificación. Fué el momento en que la voz de algún vecino se agregó a la de la comisión, porque, según él, el nuevo edificio afearía el barrio.

Victoria Ocampo me ha ofrecido la ocasión de visitar su casa. Me he detenido ante la fachada, he recorrido las habitaciones, me he asomado a una de las terrazas, y he visto con gran sorpresa que no es la casa de Victoria Ocampo la que está mal — ya veremos lo bien que está — sino los edificios vecinos. Ante hecho tan inesperado no me extrañó que el vecino protestase porque le iban a afeár el barrio; me sorprendí de que hayamos vivido tanto tiempo, que sigamos viviendo en tácito acuerdo con una arquitectura a tal punto recargada de ornamentos inútiles y tan fuera del sentido actual de la vida. Un panorama de estructuras híbridas, una selva de mampostería sin objeto era lo que tenía ante la vista en contraste con las líneas puras, lógicas, necesarias de la casa que me hospedaba: ¡Que se detengan los espíritus suspicaces! Yo no iba preparado a esta impresión. El nuevo edificio era un ensayo cuyo resultado no podía prever. En cuanto a nuestra edificación urbana, ya sea hábito o encubrimiento del cariño, fácilmente nos olvidamos de su patética fealdad. Mi impresión ha sido espontánea, y de su sinceridad tengo la prueba en el hecho de que cuanto más pienso en ello, más veo en la nueva arquitectura una razón de ser que obliga a nuestro buen sentido. Como todo el arte actual, la nueva arquitectura corresponde a una necesidad de nuestro tiempo; necesidad que se traduce en expresión pura en las artes plásticas, necesidad estética y práctica en el arte de edificar. El hecho de que esta necesidad no sea lograda siempre, no niega su existencia. Existe desde que ha habido cambio, cambio tan radical que es imposible no rendirse a la evidencia. La rutina, la pereza o la impericia para resolver los problemas que nos plantean las circunstancias, es lo único que puede hacernos reverenciar todavía fórmulas que — tengámoslo por seguro — respondieron a una necesidad "actual", cuyo alcance desconocemos. La arquitectura ha sido siempre, en su origen y en su evolución, arte lógico. Es también arte viviente, cuyas formas nacen, se desarrollan y mueren; es decir, que tiene sus épocas de lozanía, de decrepitud y de degeneración. Así se explica que haya degenerado una y otra vez de necesidad universal en fantasía mor-

Perspectiva del "hall" y de la escalera.

UN EJEMPLO DE LA NUEVA ARQUITECTURA

"Hall" de entrada y escalera principal.

LA CASA DE VICTORIA OCAMPO



Otra vista exterior de la casa con el "garage" bajo el piso de la gran terraza

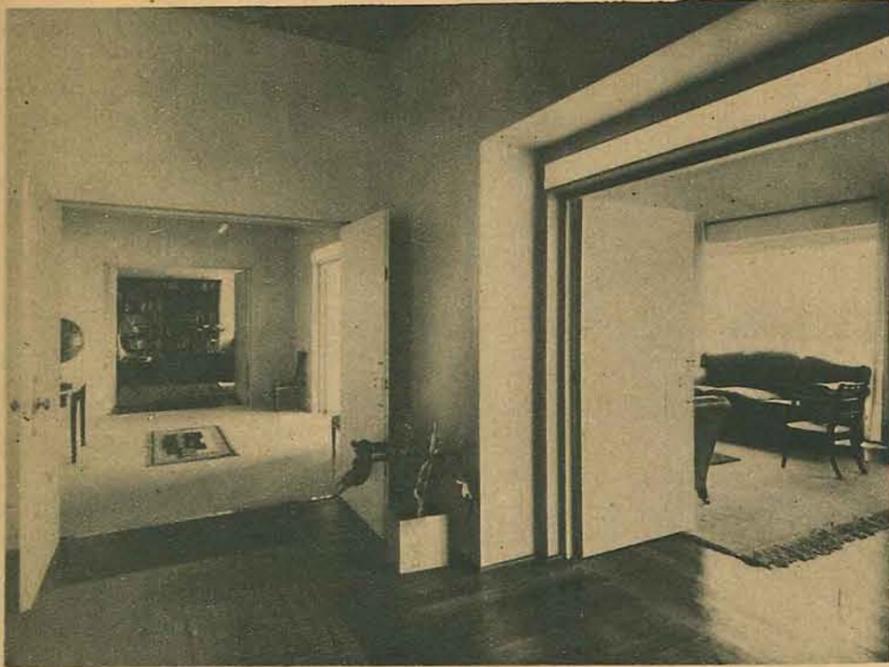


Vista exterior de la casa, donde puede apreciarse la sencillez de líneas que ofrece la fachada y el juego simétrico de las ventanas y balcones horizontales

vidual; que el capricho de toda una época haya olvidado el objeto natural de la casa para ejercitar su ingenio en el adorno. Como consecuencia de este falso concepto hemos visto desarrollarse el contrasentido de la casa hecha de afuera hacia adentro, de los frentes magníficamente inútiles, asombro del pasante y delicia del ornamentista. Y tras el frente orgulloso la distribución precaria, la falta de higiene, la ausencia de comodidad, la desintegración de la habitación y el paisaje.

Contra esta desviación reacciona el arquitecto moderno. Su primer principio puede formularse así: La casa debe construirse de adentro hacia afuera. El plano de distribución determina la estructura del edificio. De este principio se desprende una primera consecuencia que podría subscribir M. La Palisse: Todo lo que no es necesario es inútil y, además, — y esto ya desborda la capacidad de M. La Palisse — anti-estético. La aplicación de este principio y su consecuencia dió por resultado aquellas construcciones esqueléticas que provocaron, también en Europa, la alarma del vecindario, pero que se imponen día en día con la fuerza de la razón. Digamos, sin embargo, que esta alarma estaba mejor fundada que la que ha agitado a los vecinos de la señora Victoria Ocampo. Estas primeras construcciones tenían el rigor de una demostración y en muchos casos la impericia de los primeros ensayos. El arquitecto empezó por exponer el hecho en su desnudez. Hoy ha comprendido que "l'esprit de géométrie" no es incompatible con "l'esprit de finesse". Sin apartarse de su principio ni renunciar al rigor de la necesidad, resuelve su casa dentro de las posibilidades estéticas que le sugieren y permiten las circunstancias. Afina la construcción, la pone en punto y ya no podemos discutirle la belleza de muchos de sus resultados. El principio es bueno, los resultados son con frecuencia bellos. Esta es la realidad. La nueva arquitectura ha adquirido derecho de ciudadanía. Y será ligereza suponer que lo ha adquirido con maña. Esta arquitectura de necesidad, sin adornos, sin aditamentos superfluos, tolera mal el error. Todo en ella es seguridad de cálculo. La belleza, la gracia, la suntuosidad, todos los valores estéticos del edificio dependen, como sus valores prácticos, de la buena solución del principio de necesidad que rige la obra. Lo vemos en la casa de Victoria Ocampo. Blancos son los muros exteriores, blancas las paredes interiores, blancas y lisas, sin una cornisa, sin un rebajo. El éxito de esta arquitectura está confiado por entero a un juego de proporciones, a una relación de masas escuetas y rectilíneas. De ahí la impresión de nitidez y economía, de ahí la impresión de armonía que en este caso particular presentan tan vivo contraste con el sobrecargo, la ausencia de proporción, la confusión y la ampulosidad de las arquitecturas vecinas.

Victoria Ocampo nos ha ofrecido una demostración sin proponérselo. Por ella vemos, entre otras cosas, que la nueva arquitectura trata de reconquistar para el arte de construir el sentido clásico. Sentido clásico y no clasicismo. Clasicismo es la aplicación de una fórmula a cualquier necesidad; sentido clásico es la observancia de ciertos principios en la solución de cualquier posibilidad. El clasicismo no admite más que una solución predeterminada: Renacimiento, Luis XV, Luis XVI. El sentido clásico admite una solución para cada circunstancia o, más exacta-



Perspectiva del "hall" del primer piso, con el "living-room" a la derecha y la biblioteca al fondo. Muebles escuetos: precisión y plasticidad.

mente, admite la solución de la circunstancia. Entiéndese por tal la más lógica y necesaria. A esta solución fatal llega por los medios más directos, que son, por lo mismo, los más nobles. De ahí el sentido de economía en lo clásico. Todo lo que es superfluo repugna al sentido clásico. Lo clásico es por esto más una moral que un concepto, una ética más que una estética. Es la probidad como régimen de la emoción y la inteligencia.

La nueva arquitectura está movida por esta probidad esencial e imperativa. No es el reflejo de un gesto voluntarioso; se trata nada menos que de retomar la arquitectura sobre la noción de nuevas necesidades. A nosotros particularmente nos interesa saberlo, porque carecemos de arquitectura y porque el clima nos invita a soluciones propias. Y hasta me atrevería a decir que tenemos el sentimiento de esta necesidad. ¿Qué otra cosa significa la propagación del clasicismo en la aplicación de los más puros estilos franceses? Voluntad de depuración, necesidad de lógica y economía de las formas en oposición a los estilos bastardos. Nuestros arquitectos sienten la necesidad de dignificar el arte de construir, de traerlo hacia soluciones más nobles y necesarias, pero su conciencia se satisface con fórmulas hechas. Siguen aplicando soluciones en lugar de buscarlas. En esto se diferencian del arquitecto de nuevo cuño, para quien el problema no está resuelto mientras no ha sido apurado hasta sus últimas consecuencias. Frente a él el clasicista es un hombre que se ha quedado a mitad del camino. El clasicismo ha dotado a nuestra ciudad de algunos edificios dignos, construcciones de noble prestancia, elegantes, prolijos. Es mejor que lo otro, es un adelanto; no es, sin embargo, todo lo que nos está permitido esperar, lo que debemos esperar

Perspectiva del "living-room", habitación que baña una luz clarísima, filtrada por los grandes ventanales



frente a las nuevas necesidades. Por mi parte, debo confesar que esa prolijidad, esa sobriedad, esa dignidad y nobleza me parece que están, con respecto a la probidad esencial de que hablamos, a la misma distancia que la buena educación está de la buena conducta.

El capricho de las circunstancias ha querido que el señor Alejandro Bustillo, arquitecto de prestigio bien ganado y clasicista convencido, fuera quien proyectara, sobre proposiciones de su dueña, la casa de la señora Victoria Ocampo. Lo ha hecho contra sus convicciones, según lo ha declarado en estas mismas columnas; pero sin buscarlo, nos ha planteado un problema que debe ser más agudo para él, profesional, que para nosotros. Cuando pasa por delante de este hijo espurio y compara esta obra de sentido clásico con otra vecina, también obra suya, pero esta vez de estilo clásico, más de una duda debe asomarse al espíritu. Cabe suponerlo, por lo mismo que su probidad profesional es lo que ha hecho su prestigio.

La nueva arquitectura no ha dado con la fórmula de las fórmulas, ni es mi propósito sostenerlo. Me basta con saber que ha vuelto a hallar la buena doctrina; la arquitectura ha entrado en razón. Pero a fin de ponernos de acuerdo quiero definirla por el momento como un riesgo necesario. Ya no podíamos vivir de prestado. No sólo han cambiado nuestras necesidades inmediatas; ha cambiado nuestro sentido de la vida, lo que equivale a decir que han variado nuestras posibilidades. Esta circunstancia, al devolvernos nuestra entera libertad de acción, nos impone una total revisión de valores y un prolijo examen de conciencia. Es en lo que estamos, por lo demás, pese a la resistencia de nuestros viejos afectos. (Esto en cuanto a nosotros; la nueva generación, y por razones obvias, no conoce semejante resistencia). Si hasta ahora el estilo forzaba a la necesidad, hoy la necesidad fuerza al estilo. Esto que es verdad para la vida en general, lo es con mayor propiedad para la arquitectura. La casa está hecha a imagen y semejanza de nuestros deseos vitales. El



Un ángulo del "living-room" con la biblioteca al fondo. La decoración sobria y exacta armoniza a maravilla con el conjunto arquitectónico.

ser habitación la define como expresión de nuestros hábitos, es decir, de un modo de vida. Por eso no es aventurado decir que un secreto instinto de expansión vital nos mueve a incorporar la casa a la vida universal, a reintegrarla al paisaje. Necesidad de espacio, de cielo abierto, cuya consecuencia inmediata es un todo luminoso, jovial e higiénico.

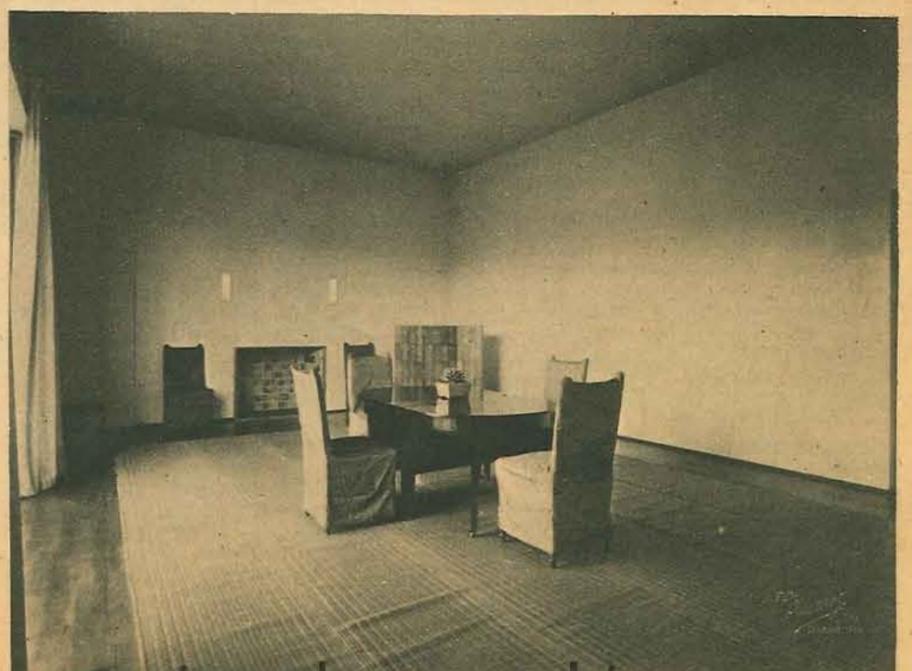
—Siéntese aquí y mire. Con esta invitación Victoria Ocampo me somete a una demostración categórica. Desde mi cómodo asiento sorbo toda la luz del cielo y la buena vista de los árboles. La casa continúa en el paisaje y mientras se incorpora a él, el color del paisaje inunda las habitaciones. Para que ocurra, ha sido menester que los muros se abran en grandes vanos y formen un marco somero; ha sido menester que toda la arquitectura se simplifique hasta reducir a lo mínimo el punto de interrupción entre el mundo externo y el mundo doméstico. La simplificación de las formas arquitectónicas obedece también a una noción de espacio. La casa moderna ha sido intencionalmente despojada de lo que no es indispensable; noción de austeridad y libertad a la vez. Diríase un deseo de evitar que pese sobre nosotros y estorbe el libre juego de la vida. Muebles escuetos, decoración sumaria; precisión y practicidad. Lo simple, lo preciso y lo necesario dentro y fuera. Norma peligrosa y sujeta más que nunca a una fiscalización estética. Esta parquedad tiene que ser manejada con pulso muy firme para que no caiga en lo disonante o en lo trivial. El riesgo es idéntico para la decoración que para la arquitectura. Yo me he preguntado, no sin inquietud, en qué puede parar la decoración y el alhajamiento de una casa así cuando no se tiene el gusto certero de Victoria Ocampo. No trato de inscribir un elogio, por lo demás innecesario, sino de recordar un problema que tienen en muy buena cuenta los arquitectos europeos. La transformación de la arquitectura ha traído consigo la transformación del mueble, de los sistemas de iluminación, un nuevo ajuste de mate-

riales; la creación, en una palabra, de una nueva armonía rigurosa, implacable. Toda la atrevedad del viejo escenario doméstico, todo un vocabulario ha sido aventado por la plena luz de los muros abiertos. (Victoria Ocampo ha debido sacrificar objetos preciosos porque no los toleraba la "composición" de su casa). No es extremado decir que la nueva arquitectura exige una reeducación del gusto, con el recargo de que esta segunda educación supone un afinamiento previo de la sensibilidad. Los que se expiden sobre ella con una alusión desdeñosa para su sencillez, incurren en una imperdonable ligereza. La casa moderna es un refinamiento más de una civilización refinada. Refinamiento que va a lo esencial y que gusta de lo simple porque ha reconocido que es el camino más directo hacia lo bello.

Habitación práctica, habitación higiénica, habitación estética, tal es la regla de la nueva arquitectura. Podemos comprobarlo en nuestra misma ciudad en tres construcciones muy modestas de proporciones y costo que los arquitectos Prebisch y Vautier han levantado a manera de ensayo simultáneamente a la casa de Victoria Ocampo. Con los mismos principios se han obtenido, en distinta proporción, resultados análogos. En el barrio suburbano las tres pequeñas casas están demostrando cómo por las normas de la nueva arquitectura se puede llegar a dignificar la habitación más modesta, haciéndola también más práctica, más higiénica y más bella.

Gracias a Victoria Ocampo la nueva arquitectura ha adquirido derecho de ciudadanía en Buenos Aires. Sabemos que el goce de su casa le compensa con creces de la inevitable torpeza del juicio ajeno. Pero es de esperar que también le sirvan de compensación los posibles beneficios sociales de su iniciativa.

Vista del comedor, donde se acusa la sobriedad, limpieza y transparencia que presiden la arquitectura y decoración.





ICE Chateaubriand que la primera impresión de Tierra Santa es una tristeza extraordinaria, que lejos de abatir el espíritu, exalta el alma ante la visión de esa inmensa soledad; y explica este fenómeno por la revelación de la tragedia del Gólgota ante el espectáculo de cada pedazo de tierra, de cada gruta o cada árbol que fueron testigos del drama sagrado. Es que la presencia real de los grandes hombres en los lugares donde han vivido más intensamente su vida es una sensación evidente y eterna. La evocación de Jesús en Jerusalén tiene que llegar en un espíritu sensible, a la visión de su imagen real, así como la evocación de Joaquín González en Samay Huasi produce la sensación de su personalidad en una forma perfecta.

La Rioja tiene un sugestionante parecido con la Palestina, semejanza que ya hace resaltar Sarmiento en su "Facundo". El color de la tierra, el sol ardiente y las mismas plantas y árboles bíblicos con los cuales Cristo construía sus parábolas, aparecen en el desierto riojano. Las calles tortuosas de Chilecito recorridas por personajes de cara oriental, montados en sus mulas, en nada difieren a las que se evocan en las narraciones descriptivas de Bethlem.

Presumo que al entrar en Jerusalén se ha de sentir la misma emoción, el mismo sentimiento grandioso y místico que sentí un amanecer glorioso en que mis ojos absortos vieron por vez primera la montaña, mientras el tren a Chilecito, corriendo paralelo a la cadena de los Colorados, hacía desfilar las mil fantásticas figuras de esta montaña roja que como un dragón milenarío extiende su inmenso cuerpo ondulado y lleno de contorsiones en el suelo de La Rioja.

Acaso fuera el resultado de largas meditaciones sobre la ansiada peregrinación a Chilecito, tal vez la influencia irresistible de las páginas de "Mis Montañas", pero la revelación de un estado de alma nuevo, la aproximación del espíritu a la religión panteísta y la unión entre el alma propia y el alma de la naturaleza, se produjo en un solo instante, como una llamarada de luz resplandeciendo en las tinieblas.

Era el principio de una serie de sensaciones inolvidables, producto de una devoción sin límites por el que oficiara por vez primera el culto de la nueva religión de esta tierra, por el místico sacerdote que duerme en el silencio del Valle de Chilecito, impregnando de exaltada poesía la tierra que lo abriga. Por eso, entrar a La Rioja es ponerse en contacto con Joaquín González.

Al correr de las horas va cambiando la montaña su color del alba; ya no son los Colorados que circundan el horizonte con su mole; ahora la montaña gris, la montaña de la piedra y el cardón, la que divide Chilecito de la capital, trae a la imaginación el misterio de las cumbres donde anida el cóndor y de las atalayas donde el pájaro de los Andes hace sus festines.

En La Rioja todo esta impregnado de la música nativa, y hasta el nombre de cada uno de sus pueblitos montañoses llega al oído como el murmullo de los pájaros en la hora de la siesta: Malligasta, ciudad de Malli, su cacique fundador, donde aun se conserva en su primitiva ceremonia el culto de Navidad y Año Nuevo; Vichigasta, Nonogasta, Chilecito; pequeñas poblaciones con sus ranchos, sus cabras, sus mulas y sus pobladores de caras obscuras y mirada triste, tal vez de tanto dormirse fuera de los ranchos con los ojos clavados en la luna.

Ya pasando Vichigasta se descubrió ante mí la mole gigante del Famatina, con su cumbre nevada, el "Negro Overo", en el lenguaje nativo; el "Ritisuyu", o sea la "Patria Blanca", en el lenguaje de González. Con ningún otro nombre más exacto, de más armonía y más grande, pudo llamarse a esta cima resplandeciente de las nieves eternas, que a siete mil metros de altura vive purificada del contacto de los hombres, tan cerca del cielo como ninguno, y contemplando la maravillosa visión de dos océanos.

En el valle de Nonogasta, flanqueado por el Velazco y el Famatina, he saboreado el encanto de las horas perdidas durante el bochorno de la siesta, adormecido al murmullo del agua que corre por los canales después de haber bajado por las laderas de la montaña, al derretirse la nieve de las cumbres.

El profundo aroma de las flores, penetradas de la armonía que reina en todas las cosas de esta tierra, puri-



ENTRADA DE SAMAY HUASI

LA PEREGRINACION A SAMAY HUASI

fica el alma de todo sentimiento mediocre, y el espíritu engrandecido no encuentra límites cuando se extiende en el valle el silencioso crepúsculo, y en el cielo inician su luminosa música las estrellas de la profunda y perfumada noche de La Rioja.

En un fresco amanecer de diciembre, antes aun del primer canto del gallo, clavada la vista en la sombra negra de la montaña, cuyos perfiles van delineándose lentamente con la luz del día, he meditado en la paz de los conventos, y alzando la vista hacia el lado de Chilecito, en la vejez sublime del apostólico jardinero de Samay Huasi, perfumada con el aroma de sus rosas.

Costeando una hilera de cerros abruptos llegué una mañana a las puertas del cementerio de Chilecito, aislado en la soledad del campo, al pie de la montaña, y rodeado de un blanco paredón descascarado. Sólo la presencia de los montículos de tierra marcando la forma de los cuerpos, las toscas cruces de madera, las coronas secas como restos de un dolor dormido y un amor olvidado, la grandiosidad de la montaña vecina y el contraste entre el sol calcinante, lleno de amor y de vida, y la muerte evidenciada con las tumbas, pueden dar una idea de la inmensa tristeza y del inmenso descanso que sugiere el cementerio de Chilecito, donde bajo una lápida con la inscripción de su nombre reposa Joaquín González.

Para los que pueden emocionarse ante la grandeza de los símbolos hay un pensamiento solo que estalla e inunda el alma con la emoción de la verdad encontrada: el amor, que es algo infinito y eterno, puede encerrarse bajo una lápida perdida al pie de la montaña, y a pesar de la soledad inenarrable de la tumba, vivir siempre encendido por encima de la muerte, como una antorcha sólo visible a la meditación.

A menudo había pensado en el misterioso fenómeno de la meditación; ansiaba llegar a ese estado místico religioso que presentía, y en el que estaba seguro de encontrar la revelación de un mundo nuevo.

Ahora que he visitado La Rioja, que he vagado por la montaña, que he visto desfilar las horas del día en el valle encantado de Nonogasta y sentido la honda emoción de Samay Huasi, puedo afirmar que sólo con la meditación es comprensible la sublime doctrina de los grandes iniciados, y visible la antorcha eternamente encendida del amor.

Por ello pude sentir frente a la tumba

de González la verdad de toda su doctrina, y mi alma pudo percibir con toda la claridad de una visión física la antorcha luminosa de un amor eterno. No era, sin embargo, allí donde debía encontrar el sublime arrobamiento, sino en el valle de Samay Huasi, la casa del reposo de González.

Será siempre un momento inolvidable aquel en que traspuse el marco de piedra que da entrada a Samay Huasi. No bien alcancé a divisar los siete monolitos que simbolizan los sabios de Grecia, la tribuna de Demóstenes y el Cerro con su escala de piedra, tuve la sensación de que entraba a un santuario edificado al pie de la montaña.

Era la hora sublime del atardecer, esa hora de la luz y del sonido esfumado, no del silencio profundo de la noche, sino de la calma suave que en perfecta armonía con la luz aguja la sensibilidad hasta hacer perceptibles los más tenues sonidos del valle y la montaña.

¿Qué misterioso fenómeno daba al valle ese color indefinible? Era la luz, la luz que cambia sus tonos como un arpegio de escalas infinitas, la luz que ilumina la tierra y las almas y es por ello uno de los elementos, el más grande, que adora el panteísta. Al observar la así, tenue y melancólica, impregnada de poesía y de grandeza, evoque la canción del "Gibanjali", de Tagore: "Luz, mi luz, luz que llena el mundo, luz beso de los ojos, dulzura del corazón, luz! Ah! la luz que danza en el centro de mi vida!" Esa mi luz había de mostrarme, un rato después, su nota más pura, al transformarse en el tono plateado de la luna.

¿Cuántas horas de mística beatitud! De qué armonía en el corazón y luz de inspiración en el cerebro debía poblarse el alma de González cuando en anocheceres como éste, mientras iba esfumándose el claro perfil de la montaña y callando el murmullo de los pájaros, el místico, el panteísta, abría bien

grandes los dormidos ojos orientales para abarcar de una sola mirada el cuadro de belleza, y acercando su rostro de blanca barba de profeta aspiraba el perfume de sus flores.

Siguiendo la Avenida de las Rosas se llega al pie del cerro, al tabernáculo de Samay Huasi, donde en un valle de forma circular, completamente encerrado por el paredón de la montaña y una hilera de armoniosos álamos, flota perennemente el alma de González.

Hay una cierta hora en que la luz de la luna cae perpendicular al valle, y ¿qué espíritu sensible puede resistir el sublime éxtasis de esta belleza per-

fecta? En este retiro maravilloso escribió González el prólogo a la traducción de los Poemas de Kabir, el más hermoso testamento de amor y conciliación, sólo comprensible para los que han podido despojarse del amargo sedimento de odio que a través de los años trae la lucha enconada de los hombres.

Aprovechaba los tranquilos atardeceres y las largas puestas de sol de Samay Huasi para traducir los versículos del profeta hindú; y a cada ocaso del valle, concluía dos o tres poemas, que recitaba después para sí, en la tranquilidad de la noche, con la embriaguez artística del que ha construido una escala de armonía, y al interpretarla percibe el eco de la más pura nota de su música anterior.



Se ha extendido la noche en Samay Huasi; hay difundidas en la atmósfera una porción inmensa de partículas de vida, y comprendo que estoy en uno de los momentos críticos en que parecen a punto de aclararse todos los misterios y las incógnitas de la existencia.

Sentado en el banco de piedra donde González se extasió en sus grandiosas meditaciones, siento que la noche vive, que se anima la plateada alameda, que cada pedazo de piedra que me rodea tiene su propia existencia, y hasta la montaña, hace un momento silenciosa, se ha convertido, al contacto milagroso de la luz de la luna, en un ser sensible, que murmura sus secretos milenarios.

Así empezó para mí ese largo momento de claridad espiritual, que me hizo comprender con un glorioso espanto, que de captarlo para toda la vida, habría encontrado la razón de ser de la propia existencia y solucionado todos los problemas del espíritu.

Acaso fueran éstos los éxtasis y las visiones de los santos, las apariciones de Santa Teresa y las voces de Santa Juana, con la diferencia de que a grandes espíritus como ellos correspondían claridades espirituales capaces de engendrar doctrinas maravillosas; y en algunos profetas como Jesús, Buhda y Mahoma alcanzar a la concepción de doctrinas tan sobrenaturales como para despojarlas de toda materia y convertir las sensaciones en espíritu puro.

Las doctrinas esotéricas de los grandes iniciados cuyo contenido más hondo pasa imperceptible para las multitudes, nacieron de instantes más o menos prolongados, en que por sensaciones maravillosas producidas por la visión de la naturaleza o por hechos humanos, consiguieron llegar a un máximo de capacidad intelectual y emotiva, hasta el punto de sentirse divinidad.

Yo había contemplado la naturaleza en todo su apogeo; la luz y el sonido habían llegado a mis sentidos con toda la armonía que les prestaba la tierra de Samay Huasi. Todas las ideas más grandes que brotan como breves llamaradas en la vida, todos los sentimientos más nobles resucitaban en aquel instante como por obra de encantamiento misterioso. Sin embargo, nada más lógico que esa sensación, cuando en un santuario como aquél, donde todo evocaba la figura de González, se reveló ante mí en todo su grandioso significado la vida de este profeta de la montaña riojana.

Samay Huasi ejerció siempre sobre González una atracción irresistible, al punto de ser para él una obsesión la idea de concluir allí los últimos años de su vida. Nada más lógico que ese amor inmenso por su casa de La Rioja, puesto que fué allí donde concibió sus ideas más puras y donde sintió aclararse el alma con el ritmo universal del amor.

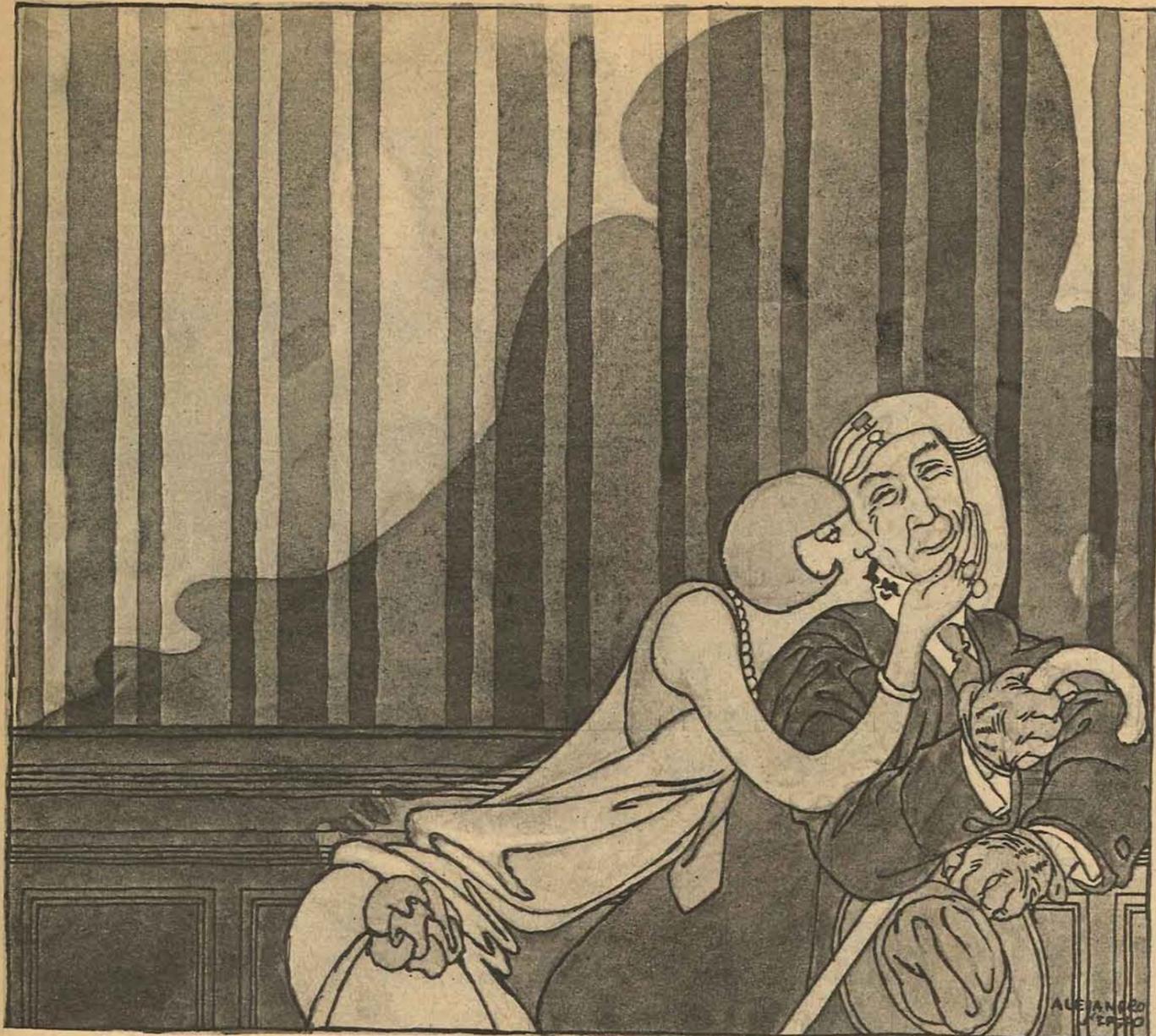
¿Era acaso posible sentir la verdad de todas las religiones en la espantosa lucha social de los hombres? ¿Acaso González con la única materia que le dió su vida pública hubiera podido escribir el prólogo maravilloso a los Poemas de Kabir? Es fácil comprender que sólo en Samay Huasi pudo concebir tanta grandeza.

En ese momento vivido en Samay Huasi comprendí, de una manera perfecta, el significado del amor. Las contradicciones de los dogmas religiosos desaparecieron ante la visión de esa única verdad. Fueron tal vez pocos segundos, pero los suficientes para comprender, con la vista clavada en el cielo, que el amor, cuyas letras estaban grabadas en la altura, era el único objeto de la vida.

Lo decía el alma de Joaquín González cobijada en la noche de Samay Huasi, como en un divino tabernáculo, y lo afirmaba la luz plena de armonía y la montaña que con un gesto de profeta señalaba el cielo.



JOAQUIN V. GONZALEZ



LA ESTAMPILLA



El hombre más optimista del mundo es probablemente quien se cree con fuerza para vencer por astucia a la mujer. El menor ardid así, conduce al mayor de los ridículos: el ridículo ante sí mismo.

Cuando en vísperas de fiesta Pancho Olariaga quiso tener una noche de libertad, fué al departamento de la calle Lavalle y habló con Mari-Rosa Frascatti, alias Ivette Beauneais:

—Escucha, Bizcocho, esta noche te voy a faltar.

Ella dejó sobre el tocador el lápiz de "rouge".

—¿Y eso?

—Mucho que hacer.

La Bizcocho evolucionó en la estancia, con aire pesado como un muerto. Reinaba una ficción de invernadero con las cintas arqueadas estrangulando botellas y "kewpies"; un acento de cambalache por mor de las baratijas dispersas y los fonógrafos rotos. Sobre la plititud espectante de la cama, almohadones con la lepra multicolor de los bordados.

—¿Amigos? — inquirió burlona.

—Eso es. Me esperan para una comida íntima.

—¿Sin mujeres?

—Absolutamente abstemios en ese sentido.

—¿Vaya la diversión!

—Mejor de lo que te parece. Yo sólo me divierto estando contigo, pero si por la misma naturaleza de la fiesta no puedo aparecer a tu lado, prefiero estar solo con mis amigos, antes que con damas que pretendan ocupar tu lugar.

Ella se inclinó para dejar tensa una media.

—Para ser de un hombre, la confesión es toda una novedad.

—Ello se debe a que las mujeres conocen mal a los hombres.

—Hazme el favor, ¿quieres? Con mentiras, no. — Había protestado, incidiendo los pulgares en sus "bretelles".

—Y yo te juro que sí... Muchas veces las mujeres interpretan mal a los hombres. Toman por desdén o por infidelidad lo que, en suma, constituye un acto de suprema delicadeza. En el fondo de todo hombre hay un bárbaro

plegado, a quien debe dársele, de vez en cuando, la oportunidad de un despezo: comer bien, beber mejor y zamborrear alegremente. Y eso, tú comprenderás, no puede hacerse delante de mujeres. Su misma naturaleza delicada las haría pasar un mal rato con semejante desborde. Aparte de que también pueden llegar a adquirir muy mala opinión de su compañero de raza...

La Bizcocho entrecerró los párpados y hubo en sus ojos una como absorción de los pensamientos del hombre. La misma función de cualquier "vacuum-clean machine", sin el metal de la "machine". Y dijo:

—¿Petro! — con voz de cariño.

El hombre, envanecido, alivianó el borde de las solapas: "¡Ya está", pensó, y en voz alta:

—Desde luego, esto no se hará si tú lo tomas a mal.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Acaso no es una fiesta de hombres solos?

—En cuanto a eso puedes estar segura. Verás las cosas que vamos a contar... Te seleccionaré algunas... las especiales para damas...

—Que serán las más aburridas...

Ambos rieron de buena gana. Olariaga empezó a sentir la influencia de aquella mujer que le convertía la sangre en metal fundente.

—Pero de verdad ¿no te enojarás? Ella lo advirtió cargoso:

—Mira, ya estás perdiendo el tiempo aquí.

—¿Quiere decir que me echas?

—Yo-o-o? ¿Echarte? ¿Pero no era que querías irte?

—Entonces me darás un beso de despedida.

La mujer le mostró suavemente el cuadrante húmedo de la dentadura.

—Con tal de que te vayas... mil.

Y lo aturdió con la ametralladora de la boca, efímeros roces del principio, besos puntuales, esquivos, picados, por toda la cara y el cuello como una lluvia; y luego un aguacero de besos anchos, espaciados, monótonos.

El hombre se sintió tan satisfecho de sí mismo, que se puso el sobretodo maquinadamente.

Y al partir quiso recalcar el espectáculo de su propia viveza.

—Entendido que con hombres nada más, ¿verdad?

—Sí, hombre... sí. ¡Ojalá te dure mucho la costumbre de descansar de mí, "exclusivamente" con tus amigos! Con tal de que no se te pierda, yo soy la primera en dejarte libre. Anda, vete. Diles que te envío cuanto antes, no sea que te arrepientas... "Urgente recomen-

dado", conio dicen en el Correo. ¡Y pongo la estampilla y todo!

Pancho Olariaga sintió ternura:

—¿Qué inteligente eres, Ivette! Comprometes la gratitud de cualquier hombre. Mira... ¿te acuerdas de aquel tapado que te gustaba tanto? Aquí está, ¿ves? Guarda el cheque hasta mañana.

La mujer lo acompañó hasta la puerta. Varias sombras de cabezas eran grandes cochinillas en los vidrios de un automóvil.

—¿Esos son tus amigos?

—Algunos de ellos, ¡mujer!

—Bueno, ya me lo agradecerán luego. Por ahora no abuses mucho...

La mujer permaneció en la puerta hasta que el auto arrancó. Luego subió a su departamento y pensaba en el hombre.

—¡Vas bien arreglado, te lo aseguro!

Y sonrió con ironía.

● ● ●

En el automóvil, Pancho Olariaga bajó suavemente el pie sobre el arranque.

Un ruido de enganche que salta y:

—¿Sabes por quien he mentado a esta mujer? ¡Por mi legítima!

El amigo replegó entre las rodillas las puntas del sobretodo.

—Es original...

—Ivette es celosísima. Siempre intercalaba palabras en maniobras de salida —, siempre le he tenido miedo. ¿Crees que no? Lo que se dice. Capaz de todo. Mi mujer acaba de llegar de afuera y si se lo dijese, quizá no se contuviera ante el escándalo. Además, ¿qué diablos! Hasta la vinculación con la legítima debe tener un matiz de aventura. Si no, ¿de qué valdría esta vida?

El auto corría por la calle negra y silenciosa con un ruido de fritura. Sobre el asfalto solitario, los arcos voltaicos goteaban charcos de aceite fosforescentes.

Todos estaban callados.

Pancho Olariaga se despidió en la puerta:

—Adiós, muchachos, compañeros de mi vida...

Silbó un poco el tango y entró con un bulicio de llaves inquietas.

● ● ●

—Entre Mangacha y yo lo tejimos para ti.

Pancho probó el tejido con los dedos, como un billete m/n.

—¿Vicuña!

Y se quedó mirando el poncho con un ligero desconcierto. Mentalmente extendía la prenda contra la cara civil y burlesca de la ciudad. ¡Lindo papel el que haría con eso, en un teatro del centro! Pero la intención de la Negra—ya que no la usabilidad del poncho—convivialo. Por allí, fibras imperceptibles soldadas en un ahogo sepia, habían pasado los dedos de su mujer, prolijos de trabajo como una hormiga.

La veía fresca, solícita y materna; encrespada de fruición con sólo pensar en las condiciones de abrigo del tejido destinado a los hombres maritales, en tanto que él... bueno... en tanto que él preparábase a ella la amenaza del primer disgusto serio que conocería su destino. Sonrió levemente para sí: "Indudablemente soy un miserable". Pero a pesar de esto, le asaltó un vago arrepentimiento, un llamado disgusto de sí mismo, como quien advierte un punto de traición para con su mejor amigo. Había abusado de la confianza de su mujer y todo por pura cobardía ante el acoso violento de su vanidad. Pero aun estaba a tiempo para reaccionar. La nube aun no había cuajado en lo que habitualmente cuajan los nubarrones de esta laya: llanto y goterones de hiel. Rompería de cualquier modo con la otra y... ¡a vivir como Dios manda! Buena cosa había sido el darse cuenta a tiempo. Sí; aun había tiempo...

Y, sin embargo, ya era tarde.

Afanosa de orden, la mujer había evolucionado a su vera y de pronto:

—¡Ah!

La cara y la expresión se le enfrió de golpe.

Pancho Olariaga creyó en un dolor físico:

—¿Qué pasa?

No hubo contestación, pero era indudable que su mujer había palidecido y que seguía haciéndolo. Con labios secos murmuró:

—¿Estabas en negocios?

—Sí; hasta ahora. Discutimos mucho una cuestión de dividendos.

La mujer, convulsa, rompió a reír.

—¡Jui, ¡qué estúpida! Panchito, ¿no te has mirado nunca al espejo?

—Que yo sepa, sí...

Saltó rápidamente a la luna del ropero. Miró detenidamente su cabello, su traje. ¡Todo en orden!

—¿Y esto?

Y entonces vió sobre la banda blanca del cuello la señal aguda de un beso con "rouge", una huella nítida, indiscutible, rayada con finas estrias de labios contraídos...

La mujer se desmayó y Pancho Olariaga perdió la cabeza. La veía exangüe, lacia y mortecina—exclusiva culpa suya—, y el arrepentimiento subía... subía... hasta hacerle estallar el corazón. Se cansó en golpearle agitadamente las manos y miróse repetidas veces al espejo, buscando desesperadamente el pretexto para decirle que había visto mal. Pero la marca estaba ahí, indestructible para siempre, roja como una llaga, indespachable como una estampilla; ¡la feroz estampilla que la otra le pusiera cuando se despidió de él!

Y en tanto que la Negra se recobraba, barbotando veneno de reproche, el hombre, con la cabeza gacha, sufría, a más de la perspectiva de su matrimonio ensombrecido, el ridículo intenso de haber compensado con un cheque una puñalada de lleno a la yugular.



GUILLERMO ESTRELLA

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO



Plaza principal de Ayacucho



La iglesia más antigua de Sud América

EN el capítulo anterior ya he dejado entrever lo penoso que fué la marcha por la segunda cadena de la Cordillera de los Andes. A veces viajábamos por valles profundos y pocas horas después nos hallábamos en frías regiones. Aquí trazaba sus círculos majestuosamente el cóndor, allá bandadas de loros bullangueros animaban el paisaje lujurioso, de salvaje grandeza, y el picaflores de brillantes colores se posaba acá y acullá en busca del fragancioso néctar que generosamente brindan hermosas flores. Estupenda grandeza que más se realiza por efectos de contraste, pues si sublime es la hononada llena de vida, inolvidable resulta una puesta de sol en la soledad serrana. Allí, en ese aire enrarecido, la visibilidad es grande, la vida parece no existir, el silencio es absoluto, casi trágico. El sol al entrar en el ocaso va bañando en oro, rojo y púrpura todos esos picachos de fiero semblante, dándoles un aspecto irreal, fantástico. Y cuando la noche viene subiendo, no se sabe de dónde, si de la nada, de quebradas, cañadones o valles exuberantes, y monta de riesgo en riesgo, envuelve primero en la penumbra las cumbres más modestas, para tapar con

su manto negro, por fin, a los reyes de esta pétreo creación, el hombre se va quedando muy quieto, piensa y se confiesa que él no es nada al lado de Dios y de su obra.

Lástima grande que sólo en contadas ocasiones le es dado a uno gozar enteramente, de corazón, del panorama andino, pero por lo mismo, cuando ello sucede, el placer es mayor.

Las huellas son angostas y maltrechas. Por lo general hay que marchar en fila indiana. A veces el sendero está tallado en las rocas y el menor traspie, el mínimo descuido de hombre y animales significan una caída horrible de cientos de metros. No necesitaré decir de las angustias que pasé con los caballos en cada trance difícil, y cómo más de una vez creí que el viaje había llegado a su fin, pues si entre burros y mulas, criados en las sierras y hechos al ambiente, los accidentes fatales son cosa de todos los días, ¡cuánto mayores son los riesgos que corre un equino! No hay que olvidar tampoco que la mayor alzada y el tranco más largo del caballo le son enteramente desfavorables. Es común entre ignorantes citar en desmérito del caballo criollo su poca alzada, sin darse cuenta que esto es precisamente una de sus características más valiosas. Así, quedó demostrado en la práctica que

Mancha, con todas sus sobresalientes cualidades, mejor aun hubiera respondido caso de haber tenido una alzada algo menor.

Muchas cosas necesarias y útiles aprendí de los arrieros. ¡Guay del que, ufano de su pretendida superioridad, desprecia el consejo y el ejemplo de estos pobres indígenas! Lo menos que puede sucederle es quedarse de a pie. Es notable, por ejemplo, cómo los arrieros salvan los trechos peligrosos y malos del camino. Nunca marchan con sus animales por tales lugares sin haberse adelantado primero para cerciorarse si del lado contrario viene otra tropa. Quien olvida tomar estas precauciones corre riesgo de tener que volver sobre sus pasos a mitad de camino, y aun de perecer irremisiblemente, pues hay puntos donde no solamente es imposible que dos animales se crucen en el camino, sino que tampoco podría darse vuelta en caso necesario.

CAMINOS DE HERRADURA

Antes de proseguir el relato me parece bueno hacer una aclaración general, concerniente a los caminos que nos tocó en suerte recorrer desde Jujuy hasta Quito. Salvo uno que otro trecho corto cerca de ciudades importantes, todo son "caminos de herradura", como se los llama en los países del Pacífico, o sea caminos para uso de peatones y animales de carga, con exclusión absoluta de cualquier clase de rodados. Del tiempo de los incas, que fueron probablemente sus constructores, se prestaba la mayor atención a su cuidado, tanto por razones estratégicas como por consecuencias puramente económicas. Miles y miles de hombres y llamas eran dedicados a llevar los productos naturales y manufacturados de un confin al otro de aquel vasto imperio. Cuéntase que los incas, en el Cuzco, solían tener en su mesa pescados frescos traídos de la costa marítima por chasquis veloces que se relevaban de posta en posta. Ahí nunca faltaban las provisiones y forraje. Cada cachito de tierra fértil se cultivaba, etc.

Indios

en la feria
de Ayacucho

NOTAS DE UN RAID POR LAS DOS AMERICAS CAPITULO VI

sa que aun hoy la comprueban muchos viejos "andenes", es decir, muros de retención artificiales de la sierra, que protegían de la destrucción por el agua a pequeños sembradíos muy arriba en las laderas de las sierras. De todo esto no quedan más que vestigios.

Más tarde, con la llegada de los conquistadores y la consiguiente despoblación, los caminos dejaron paulatinamente de ser cuidados como era menester. Luego vinieron las guerras de la independencia, el caos, la anarquía con gobiernos despóticos y toda su secuela de males. Ya no había dinero ni interés por la vialidad, las postas se derrumbaron, los puentes fueron cayéndose, y de los otrora famosos caminos, apenas si quedó algún triste recuerdo. En honor a la verdad diré que últimamente en todas partes los gobiernos tratan de reanudar en la medida de su capacidad contra este estado de cosas, pero salta a la vista que no es obra de una generación reconstruir lo que siglos de barbarie han echado al abandono.

Con esta breve reseña histórica creo haber explicado suficientemente porqué no es posible parangonar un viaje hecho en la actualidad por Bolivia, Perú y el Ecuador, con una expedición cualquiera realizada hace uno o varios siglos. Y no diré nada de las marchas guerreras en tiempos pasados, cuando cada hombre llevaba toda una teoría de indios a su servicio, que le hacían todo el trabajo, y poco importaba que pereciese la mitad o más de estos esclavos, y que cuando las mulas y llamas caían rendidas de cansancio y se desplomaban en los precipicios, no había más que robar nuevos animales a la pobre india. Cambiaron los tiempos, felizmente, pero así, también tuve que trabajarla y cuidar de mi pellejo, así como los de mis pobres pingos, que al fin y al cabo, y pese a todo, llegamos a recorrer una distancia como en





Plaza principal de Ayacucho

HACIA AYACUCHO

POR AIME F. TSCHIFFELY

su imaginación la conoció ningún conquistador, ni inca siquiera.

DE LA RESISTENCIA DE UN INDIO

Faltando unas veinticinco leguas para llegar a Ayacucho, pernoctamos en una "hacienda" grande y muy bien organizada. De sobremesa hubo una animada conversación, en cuyo transcurso alguien se refirió a las cualidades de resistencia y frugalidad de la población autóctona. Entonces el dueño de casa, médico de excelente cultura, contó cómo no hace mucho se produjo en la estancia un accidente muy grave y que necesitando cloroformo para poder operar a la víctima, mandó en su busca a Ayacucho a un indio ya entrado en años. El viaje de ida y vuelta importa alrededor de 50 leguas, siendo pésimo el camino por varias sierras y quebradas, con cuevas larguísimas y pedregales muy feos. Pues bien, diez y siete horas después de haber partido, el indio estuvo de vuelta con el cloroformo, comió un poco y se fué a trabajar con los demás peones hasta la entrada del sol.

Es verdad que un indio yendo a pie puede "cortar" caminos, aquí y allá, economizando así algunas leguas en el recorrido total, pero por otra parte no hay que olvidar tampoco que tales "cortadas" generalmente lo llevan por lugares donde un hombre blanco ni pie podría tomar siquiera.

Me parece dudoso que exista en el mundo, fuera de esta gente, hombre o animal alguno capaz de igualar tan extraordinaria hazaña, ¡doscientos cincuenta kilómetros en 17 horas!, y si tal ser existe, juro que él jamás hará siquiera la mitad de un recorrido en igualdad de condiciones topográficas.

AYACUCHO

Ayacucho es una pequeña ciudad con mucha historia.

Tendrá tal vez 30.000 habitantes y cuenta 37 iglesias y capillas, entre ellas, la primera que se construyó en la América del Sur.

El pueblo original de este nombre estuvo situado unas tres leguas más al Oeste, pero siempre en el mismo valle ancho, lleno de lomas, pequeñas sierras y quebradas. Cuenta la leyenda que en tiempos remotos, dos incas libraron allí una gran batalla. Al atardecer, el inca victorioso miró desde una eminencia de terreno por todo el vasto campo sembrado de muertos y heridos, y dirigiendo la mirada hacia el lugar donde los estragos habían sido mayores, exclamó, levantando la diestra: "Aya cucha", lo que significa "Rincón de los Muertos".

Ayacucho, en tiempo de los incas, se llamaba Huamanca. También este nombre está ligado a una leyenda, a estar a la cual, cierta vez un inca poderoso, hallándose de caza, tendió sus reales por ahí. Conversaba con su regia consorte cuando vio a un halcón que levantaba vuelo, lo que le hizo exclamar: "Hua manca" (Ahí va el halcón). Acto continuo se fundó en el paraje el pueblo del mismo nombre. Más tarde, cuando los españoles conquistaron el país, Huamanca constituyó la frontera entre territorio libre y sometido, y los hispanos bautizaron la población con el nombre de San Juan de la Frontera, cuya designación volvió a ser suplantada después de la batalla que allí libraron en 1822 Sucre y La Serna, por el antiguo nombre de Ayacucho.

El pueblo, otrora importante escala del tráfico entre la costa y el altiplano, ofrece hoy en su letargo el aspecto típico de los viejos núcleos coloniales. Plaza principal espaciosa, rodeada de casas bajas con arcadas; iglesia matriz bastante bien conservada; prefectura, policía; algunas escuelas. Techos rojos de teja española. Recuerdos históricos y arqueológicos no existen. El sitio donde se libró la batalla que dió nombre inmortal al pueblo dista de él más de seis leguas.

Hay allí un monumento conmemorativo de Ayacucho

tivo, olvidado, abandonado y medio derruido, que da lástima. Y raro es el visitante que va tan lejos, pues queda muy a trasmano, y feas son las huellas que conducen hasta el lugar.

Como ambos caballos habían sufrido muchas mordeduras de murciélagos vampiros, tuve que demorar la prosecución del viaje por quince días; de lo contrario, con el roce del recado y maletas, era muy fácil que se produjese una infección, cosa peligrosísima en regiones cálidas y de mucha humedad. A esta altura del viaje ya había comprobado terminantemente que, salvo accidente, robo, enfermedad o negligencia de mi parte, tanto a Mancha como a Gato les sobraba "dinamita" para llegar a la meta ansiada. De consiguiente, aumentó mi responsabilidad moral con ellos, y cualquier sacrificio personal me fué pareciendo poco, con tal de que no sucumbiesen por una estúpida falta mía. Nadie tiene consideración por los fracasos, y en tal caso nadie se hubiera molestado en averiguar las causas del abandono; sencillamente, se habría dicho: "¿Han visto?, ¿no lo decíamos?, fué una locura, los caballos criollos no valen nada." ¡Valdrán algo los otros cuando me muestren un ejemplar que vaya del Plata al Rimac"!

Lo más notable de Ayacucho

es su feria, que se realiza diariamente, excepto los días domingo, de 6 a 12 en la plaza principal, y acuden a ella infinidad de indios comarcanos. Abundan los puestos de carne, pimentón, anilinas, remedios caseros, calabazas y frutas subtropicales, entre las cuales se distinguen por su abundancia las chirimoyas y guayabas. La chicha corre que es un contento. Los sirios, en su casi totalidad, constituyen el gremio de tenderos.

Se regatea a porfía, más entre blancos y mestizos, pues el indio es hombre generalmente desinteresado. Eso sí, no acepta nunca papel moneda. Le tiene desconfianza. Hay que pagarle en plata cantante y sonante, o no hay negocio.

Los días sábado pasa una cosa rara: es el "día del pueblo" y pululan por las calles centenares de mendigos rotos, miserables y hambrientos, que destacan aún más, si cabe, el cuadro de suciedad general. Higiene, salubridad y limpieza pública, hay que buscarlas con candil.

Y se comprenderá mi alegría cuando pude ensillar nuevamente para seguir adelante hacia Huancayo, el Ticio y Lima. De estas etapas, las últimas por la puna, me ocuparé en el próximo capítulo. Ahí la suerte fué nuestro buen aliado, como se verá.



Puente moderno sobre el río Apurímac



Indios

en la feria

EL CID RENOVADO



L Cid, como tema de arte, no ha cesado de vivir para la tradición hispánica, y ocupa asimismo un lugar de elección dentro de la literatura internacional. De ahí que el último libro de Menéndez Pidal, "La España del Cid", no ostente carácter remoto. Contribuye mucho al logro de ese efecto la hábil estructuración que por primera vez recibe uno de los siglos más confusos, que ahora surge reconstruido y articulado. Contemplamos el conjunto con la misma sorpresa que causaría ver surgir del informe amontonamiento de unas ruinas, el edificio en que armónicamente se hallaban integradas.

Nos hallamos ante un magno personaje, y podemos adentrarnos en su atmósfera. Las biografías suelen concebirse tomando como eje la figura cuya vida se va a trazar, y prolongando más o menos los hechos narrados, hasta hacerlos externamente comprensibles. En el caso de ciertos artistas, ese método puede dar estimables resultados, puesto que en último término lo individual e irreductible posee aquí significación primaria. Mas tratándose de seres políticos, cuya actividad es un aflorar del gran suceso público y colectivo, el sujeto de la historia tiene que ser su siglo, no como fondo de tapiz sobre el que destaca la máxima figura, sino como haz de fuerzas vitales y valoradas que culminan en el héroe histórico. Es forzoso ampliar el volumen del hecho pretérito hasta obtener el perfil de su más fino y penetrante sentido; hay que descubrir las hondas y regulares corrientes que provocan aquel arremolinarse de los navíos humanos, en apariencia sometidos a un ciego y arbitrario vaivén. Para los positivistas y los escépticos que conceden importancia trascendental al hecho bruto y empírico, este libro será buena lección. Se hablaba del Cid, se poseían muchas noticias acerca de su vida, y no conocíamos, sin embargo, ni la orientación de su conducta, ni el alcance de sus actos. Las ideas que sobre ese punto nos brindan los libros, oscilan entre dos extremos: un Rodrigo legendario, audaz y galante, según fué poetizado en el Romancero o en "Las Mocedades" de Guillén de Castro, y luego en "Le Cid" de Corneille:

"Tout Paris pour Rodrigue a les yeux de Ximène".

Cabalgando sobre la fantasía de esas formaciones legendarias, se llegó a negar la existencia efectiva del gran castellano (Masdeu y otros). En contraste con semejante brusquedad aparece el Cid del holandés Dozy (1849), un erudito muy versado en la historia árabe, y al parecer de carácter un tanto agrio y resentido. El Cid se convierte entonces en el aventurero que conocemos: afortunado, audaz, cruel y sin escrúpulos. De esa idea se alimentan todos los libros modernos. Tomemos al azar cualquiera de ellos, por ejemplo, el manual del reputado historiador Rafael Altamira. La colosal figura se disuelve en estas líneas: "Su gobierno en Valencia fué duro para los vencidos, y no siempre correcto y noble en los procedimientos. En esto el Cid no era una excepción de su época, sino que conformaba con el carácter general de los nobles guerrilleros, ambiciosos, de poco escrúpulo en las relaciones sociales, deseosos de riquezas y de poder, y que lo mismo guerreaban contra musulmanes que contra cristianos".

No es, pues frase vacía decir que aun no está hecha la historia de España. Para esa descomunal tarea hace falta la labor microscópica y agobiante del estudio documental (ante la que retrocede la pereza del hispánico); y hace falta sobre todo, un gran talento perspectivo, a fin de concebir cómo la fuentecilla que musita humilde en aquel rincón de la quebrada, puede tornarse majestuosa fluencia que separe pueblos y sea epónima de naciones.

En el siglo XI se produce un giro capital para la historia ibérica. Hasta el año 1000 domina el prestigio musulmán. Y no se trata sólo de que hasta esa fecha el califato cordobés haya seguido un rumbo ascendente. Desde entonces es cierto que los estados cristianos del Norte comienzan a manifestar enérgica iniciativa; pero obsérvese que ese cambio no es como la alternativa que en sus hegemonías respectivas pudieran mostrar hoy París o Berlín. En el siglo XI, Hispania comienza a definir el tipo de su cultura medieval, y deja de gravitar hacia Oriente, en busca de un enlace decisivo con las formas de civilización latino-germánicas imperantes en el centro de Europa. Arte, literatura, derecho y religión serán (aspirarán a ser) cada vez más europeos (el rito romano contra el mozárabe, la escritura gótico-francesa contra la letra visigoda, literatura épica y no mera narración ilusoria, derecho romano codificado y no espontaneidad consuetudinaria, etc.). No quiere decir esto que no sigan siendo muy influyentes la ciencia, el arte y sobre todo la vida y los usos musulmanes (arquitectura mudéjar, el saber en torno a Alfonso X). La civilización musulmana era tan esplendorosa como indefinida; sobre todo se comportaba como vieja, "antes de haber tenido juventud" (Spengler). La cultura árabe no supo tender puentes que salvaran las distancias entre su magia religiosa y las

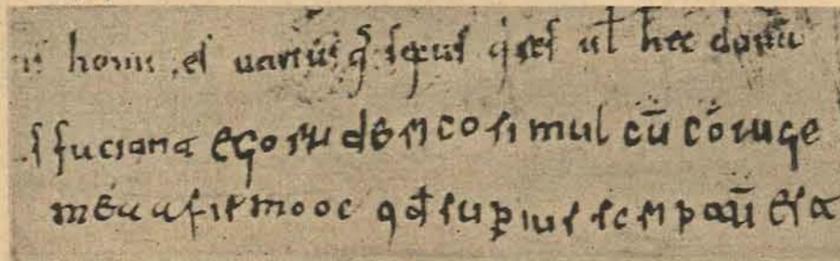


Una corte leonesa en el siglo XI: abajo, los alféreces con los escudos

realidades vitales. Su concepto inflexible del Estado, de la mujer y de la interdependencia social son otros tantos callejones sin salida. El cristianismo, en cambio, supo renovar su cargazón semítica, y combinó sus magias (divina universalidad de la soberanía pontificia) con fuerzas y conceptos muy eficientes, elaborando un régimen trascendente de derecho. El orden célico-terrestre fraguado por los latino-germánicos ostent-

nerales el deseo de aprovechar la luz que ha encendido Menéndez Pidal en esos hondos y retorcidos vericuetos, y para precaver un poco contra los excesos de nuestro brillante orientalismo y también de aquellos extranjeros que tanto subrayan el africanismo en la tradición española (Keyserling y otros).

El Cid influye mucho en ese virar de nuestra historia: conexión española y repulsión de la morisma son las gran-



Firma autógrafa del Cid en un documento de 1098: "Ego Rodericus simul cum conjugue mea affirmo oc quod superius scriptum est" (Yo, Rodrigo, juntamente con mi esposa, confirmo lo arriba escrito).

taba una grave solidez, ante la cual debían fracasar las sueltas maravillas de los islamitas. Fruto de alusiones espirituales, el Islam se expande sobre la civilización occidental en formas parciales e irregulares: no ha quedado en Europa ni una lengua, ni una secta religiosa, ni una institución jurídica, ni un género literario, ni más tipo de arte para el futuro que la arquitectura mudéjar en el reino de Toledo.

Pues bien, estos decisivos problemas son los que se plantean en la Iberia del siglo XI, que opta por el Norte y no por el Sur. Y no pretendamos explicar tal vuelta por la decadencia bélica de las huestes andaluzas. Grecia inerme continuó siendo imitada y adorada; Roma caída es modeladora de los pueblos bárbaros que la subyugan; al Islam, una vez pasada su amenaza, le vuelven la espalda, y sigue actuando en la medida que perduran las reservas que allá y acá constituyó. No es fermento ni semillero. Me lleva a estas observaciones ge-

des vías de su magnífica actividad. Sin él, la barbarie almoravide habría ahogado a la Península. Con menos alto espíritu, el Cid se habría lanzado contra su señor Alfonso VI, injusto y veleidoso, y ese civil desorden habría hecho aún más precaria la situación de la España cristiana en los días funestos de Zalaca y Uclés. Al poetizarlo y magnificarlo sus contemporáneos, en poemas y crónicas, señalan con vivo color toda esa zona a la que Rodrigo presta grandeza y eficacia.

El Cid naciera allá por el 1043. Su niñez transcurrió en Vivar (Burgos). Cerca del lugar discurre el río Ubierna, cuyas aguas impulsaban un molino familiar, molino inmortalizado por el "Poema" del siglo XII, que nos ha conservado las burlas de los condes de Carrión, aristócratas elegantes que juzgaban desdoro ocuparse en las menudencias de la molienda:

¡Váyase a río de Ubierna los molinos a picar,
y a cobrar maquilas como las suele cobrar!
¿Quién le daría sus hijas con los de Carrión casar?

El joven Rodrigo se educa en la corte de Fernando I, junto a los infantes; con Sancho, el primogénito, entabla perdurable amistad. Lo que era esta educación regia está dicho someramente en una crónica del tiempo: "El rey Fernando dispuso educar a sus hijos e hijas de suerte que se instruyesen primero en liberales disciplinas, a las que él mismo había prestado estudio; después, cuando la edad lo consentía, hizo a los hijos correr caballos al modo de los españoles, y ejercitarse en armas y cacerías". El Cid escribía con soltura, y sabía de leyes como un experto letrado. Una de las buenas observaciones de Menéndez Pidal es haber relacionado el oficio de abanderado o alférez que ostenta el Cid durante el reinado de Sancho, con la exigencia de que aquel funcionario tuviera que actuar como abogado del Rey. De ahí que Rodrigo interviniera en combates singulares y zanje litigios de carácter territorial.

La muerte del rey Sancho durante el asedio de Zamora influye esencialmente en el destino histórico del Cid. Vacante el trono de Castilla, viene a ocuparlo Alfonso VI (1072), que había sido despojado por su hermano del trono de León, y se hallaba refugiado en la corte del rey Mamún de Toledo. Uno de los múltiples atractivos de este libro es la nueva y sugestiva visión que nos ofrece de los hijos de Fernando I. La predilección regia favoreció a Alfonso, segundogénito, con el reino de León, guardador de la tradición gótica y de alto empaque clerical. Sus reyes (lo sabemos ahora por primera vez) se titulaban emperadores de España, y ese título era respetado por los demás soberanos, por Aragón y por Cataluña. La idea de "Hispania Una" tuvo largos siglos de gestación antes de llegar a los Reyes Católicos, y justamente en la época en que parecía más inconsciente de esa unidad.

Sancho, el alevosamente asesinado, fué tal vez el más valioso de los hermanos; hermoso de cuerpo y ardiente en la lucha, supo discernir en la corte de su padre al más extraordinario hombre de su tiempo. Alfonso, flor de mimo y lisonja, tuvo menos acierto en sus selecciones amistosas. No conoció límite en la sensualidad. Lo casaron con doña Constanza, una francesa viuda. La Reina tuvo la infeliz idea de hacerse acompañar de cierta allegada, joven y muy linda; Alfonso contrajo nupcias con Constanza, pero amó a la doncella, con escándalo de la Corte y hasta del Papa. Más tarde, el rey Motamid de Sevilla le hace presente de su hija Zaida, "grande e muy fermosa e enseñada e de muy buen continente", según refiere la crónica del rey Sabio. Alfonso no fué, sin embargo, un Rey despojado de altas cualidades. Sin la envidia rencorosa que profesaba al superior valer del Cid, su reinado habría sido decisivo para el avance de la reconquista.

La infanta Urraca se nos aparece como el espíritu siniestro en aquella real familia. Cruel, artera y sensual, influye en el asesinato de Sancho, hallándose ella dentro de Zamora, "la bien cercada". Su amor por Alfonso era tan extremado, que se llegó a pensar en algo más que en puros afectos fraternos. Aun se conserva en la Biblioteca Real el libro de rezo y confesión que usó doña Urraca. Retirada en alguno de los conventos, cuyas rentas le legó Fernando I, la infanta meditaría en su vida, tan cruzada por la sombra y la tormenta: "Confíesome de cuanto pequé, yo misera y pecadora Urraca, por soberbia, en pensamiento, en deleite, en fornicio, en incesto, en homicidio, en perjurio..." Testimonio de su piedad tardía es el cáliz de ónice y oro, con aljófar y pedrería, que hubo de donar a San Isidoro de León.

Este primer volumen de "La España del Cid" nos deja suspensos, con novelesco interés, en el momento en que el caballero de Vivar va a emprender sus magnos hechos en Valencia y contra los almoravides. Alfonso no puede resistir el embate de aquellas fuertes tribus del desierto, llegadas a España para corregir la relajación religiosa de los musulmanes españoles. Enemistado con el Campeador, por dar oídos a la murmuración de algunos cortesanos resentidos, lo destierra una y otra vez, no obstante la devoción increíble de su vasallo, que soporta la calumnia y la arbitrariedad, con un estoicismo bastante inesperado. La dolidá exclamación del juglar épico: "¡Oh, Dios, qué buen vasallo, si hubiese buen señor!" adquiere ahora pleno y definitivo sentido.

Por lo demás, es inútil que pretendamos dar una idea medio cabal de lo que encierra este libro espléndido. Los hechos han servido para tejer una brillante tapicería de la España del siglo XI. Contemplamos los grandes conjuntos, representados en la vida política de los diferentes estados peninsulares; penetramos en el detalle humano, al serenos dable examinar el juego delicado del afán y de la pasión en cada uno de los personajes que juegan papel en este drama histórico. Técnica, idea y también arte. Todo ello se encuentra en este libro, buena piedra para servir de cimiento a lo que en adelante se construya acerca de la historia peninsular.



A fisonomía, eternamente juvenil, de Gilda Dalla Rizza tiene un reverso soñador y hondo. Es en las temporadas de Colón, desde el día que debutó hace quince años hasta hoy en que sigue interpretando las mismas heroínas, la intérprete joven, en sus personajes puccinianos, en su arte sencillo y fácil, en el entusiasmo del público, hecho más de cálida simpatía que de grave admiración, en el óvalo redondo y un poco infantil del semblante, en la cabeza ondeada de adolescente. Plumina su expresión una sonrisa velada, un poco triste; pero con una leve tristeza, más de muchacha que sueña que de mujer que ha sufrido. Por eso, cuando fui a verla —aunque ha venido tantas veces, recién la conocí personalmente en esta temporada—, llevaba la impresión de que hablaríamos de cosas superficiales, sin ahondar en los temas ni en el tono. Su arte de gran público, formado en un repertorio más grato que exigente, su rostro de facciones finas y pulidas, que más que vida interior acusa pureza decorativa de líneas, no me inducían a imaginaria como una mujer honda y meditativa. Y, sin embargo, lo es. Lo es y lo trasunta en los temas que toca, en las palabras que elige, en el tono en que habla, en la expresión siempre evocadora y siempre distante, perdida en el pasado juvenil y en la Italia de sus primeros éxitos y de sus primeros sueños. No es —por suerte— una mujer solemne, ni siquiera trascendente. Es una mujer extremadamente sensible: ve el mundo con una fina sensibilidad artística y encara el arte, el arte lírico sobre todo, como un espectáculo regido por los dos únicos resortes del sentimiento y la emoción. La emoción comunicativa, fácil, contagiosa, como tiene que sentir la su intérprete predilecto, de cualquiera de las óperas de Puccini, que desde las grandes ciudades a los más pequeños pueblitos de Italia, en sus noches diáfanas de Mediodía, se oyen en sus calles apartadas y sorprenden de pronto al caminante saliendo de la única ventana iluminada, nostálgicas, inconsistentes y suaves como una romanza.

LA MUCHACHA QUE

NACIO CANTANDO

Cuando le pregunto a Gilda Dalla Rizza cómo empezó a cantar, a qué edad comenzó a darse cuenta de que tenía voz, desde cuándo sintió inclinación por la carrera lírica que iba a emprender con tanto brillo y tanta vocación después, a nada de esto puede contestarme con exactitud, porque todo punto de arranque se pierde en los lejanos y ya olvidados recuerdos de la infancia. Sólo dice que canta desde que ella se acuerda, desde los seis o los cinco o a los cuatro años, desde que tiene memoria; que lo hacía sin ningún esfuerzo, como un esparcimiento, como una necesidad, como un desahogo; agrega, complaciéndose, hasta emocionándose al decirlo:

—Sólo recuerdo, un poco como en un sueño, que la gente de mi pueblo decía al verme pasar: "La bambina della bella voce".

Y ante "la bambina della bella voce", quedamos un poco silenciosos, evocando calladamente el pasado tan lejano en la cita melodiosa, que parece impregnar por un momento a la artista y hasta envolver la atmósfera del pequeño saloncito donde se realiza la entrevista. Y cuando le digo:

—Una frase que podría ser de D'Annunzio—, ella, halagada, contesta rápida:

—Sí; exactamente. Una Sirenetta, Y surge instantánea la imagen de la criatura "impregnada de sal marina", y junto a ella la de la artista adolescente, caminando y cantando entre las calles pintorescas del pueblo, al viento la ondeada cabellera rubia, desbordando inconsciente alegría de vivir, dejando en el aire diáfano el eco cristalino de su voz, saltando, infantil y ligera, sobre los pies "pálidos como las raíces de las plantas acuáticas".

NUEVA YORK Y BUENOS AIRES

Habla la artista del éxito enorme obtenido con "Traviata", a su vuelta a la Scala de Milán, en 1923. Explica en qué radicó, sobre todo, y precisa cuál fue su exacto significado. Se sostenía allí que la ópera de Verdi debía ser para una soprano ligera, cuando Toscanini, afirmando lo contrario, la buscó para confiársela como soprano lírica, en el convencimiento de que había de darle más grandeza y más vigor. A eso sobre todo, a la ópera elegida, atribuye las proporciones de su éxito de esa noche, que perdurará siempre en su recuerdo

como un regreso triunfal. Después encara los contratos en los Estados Unidos como una cosa un poco casual, y, sin agravio para ninguno de los que los han conseguido, entiende que son cuestión de oportunidad, de llegar en el momento preciso que la curiosidad del público exige renovar el cartel con una nueva y gran figura lírica. Porque no le ha llegado ese momento, ella aun no ha ido nunca. Y realmente extraña un poco que Gilda Dalla Rizza, con su nombre en Italia y su larga carrera en los grandes escenarios del mundo, nunca haya hecho ninguna de las temporadas oficiales de Nueva York, ni de Chicago, no obstante, hecho que pare-

artista queda rechazada o impuesta para todo el resto de sus días.

Con otras palabras: la conservación sajona y la volubilidad latina.

EL ALMA DE PUCCINI

A poco rato de empezar la conversación, la artista comienza a hablar de Puccini y ya no lo deja sino en breves paréntesis, que casi todos de él derivan. Renueva cosas que se saben y cuenta otras menos conocidas; habla de su trabajo y de su vida y, sobre todo, da una compenetrada impresión de su espíritu. Para ella todo Puccini era, como sus óperas, sentimiento o, más exactamente, sentimentalismo.

LA INTERPRETE DE PUCCINI



GILDA DALLA RIZZA

cería contribuir a llevarla, ser Puccini el músico que más se solicita y más derechos ha cobrado en las dos fabulosas ciudades del Norte. Traza un paralelo entre el público nuestro, al que conoce tan íntimamente, y el norteamericano, cuya relación le es mucho más lejana, pero que acaso resuma con acierto su dos psicologías.

—Aquí hay que triunfar todos los años. Todos los años renovar los laureles, porque Buenos Aires los olvida de una temporada a otra, y si no se le hace de nuevo vibrar, no vuelve a otorgarlos. En cambio, allí se triunfa una vez, la noche de presentación, que es la decisiva. Y desde esa noche una

Por eso, la única que, a su juicio, no logró realizar completamente fue "Turandot": porque no la sentía. En cambio en las otras ponía el alma al piano, y salían como le iban golpeando en su interior, impresionable y lírico. Como su obra, fue su vida en el mundo: un sueño al margen de la realidad, repartiendo sus horas entre su trabajo sentido y fácil, y sus amores siempre muy escondidos. Cuenta la artista que a los tres días de estar en Milán ya no podía soportar la gente, el barullo y las mil incomodidades de la fama, para un temperamento tan pudoroso de su intimidad. Cuenta cómo la única vez que consiguió pasar

un par de meses fué encerrándose en una de las torres almenadas de la ciudad, donde trabajaba todo el día, solitario, y por la noche recibía a algunos, muy pocos, amigos, entre los más allegados. Cuenta cómo solía tener, hasta en ciudad un poco distantes, un grande amor, a veces real, otras imaginario, una dama de la aristocracia vienesa, con la que, en escapadas, se veía, una artista en Londres, con la que mantenía un romance epistolar. Cuenta cómo estos amores imaginarios o reales, largos o fugaces, eran necesarios a su trabajo, eran la llama de su música, le eran indispensables a su producción, porque cuando nada sentía, cuando estaba sentimentalmente solo, esa caja sonora que era su organismo, no daba ninguna nota.

EL SEPULCRO DEL MAESTRO

Revive pequeños episodios de su amistad, de su entrañable amistad artística. Recuerda, por ejemplo, con orgullo y con sentimiento, la frase áspera de cariño, la noche que le oyó cantar "Traviata".

—¿Por qué, en lugar de gritar las óperas de los otros, no cantas óperas mías?

Era tan celoso de sus intérpretes como de sus amores, y con arrebatos un poco infantiles, se encolerizaba con ellos si no se limitaban a sus obras. Repite la brevísima y sentida dedicatoria con que le envió un brazalete de brillantes la noche del estreno de "Sor Angélica". Simplemente:

—"A la angélica Gilda".

Narra después las alternativas de sus entusiasmos ante sus propias obras, que, mientras las iba haciendo, un día le escribía que trabajaba admirablemente bien; a la semana que suspendía el trabajo porque no encontraba nada; y al mes que había hecho un hallazgo magnífico. Y lo mismo después de concluidas, a medida que se iban ensayando. Venía un día al teatro, se colocaba en la platea, se convertía en público y, a veces, hasta se olvidaba de que era el autor, y extasiado aplaudía. Y a la tarde siguiente volvía a escuchar el mismo trozo y lo encontraba frío o vacío, o interpretado con poca elocuencia y se iba diciendo: "Esto no puede ser; esto hay que cambiarlo".

Y relata, como una de sus más hondas impresiones, su visita a la tumba de Puccini. El sepulcro de Puccini no está en ningún cementerio, sino en su propia casa, en su residencia de campo, en Torre del Lago, donde pasó casi toda su vida. La casa, hoy convertida en museo, tiene su cuarto de trabajo, tal como lo dejó el músico en su última jornada, con el piano abierto, los papeles en desorden, las anotaciones apenas comenzadas. Y junto a él, al lado, como en una pieza contigua, el sepulcro, que guarda sus restos. Gilda Dalla Rizza quiso visitarlo y fué una tarde, acompañada del cuidador, que es el mayordomo de Puccini, el fiel servidor durante cuarenta años. Llegó, observó todo con íntimo recogimiento. De pronto vió que a cada uno de los lados del piano había dos retratos suyos; y observó, al propio tiempo, que el cuidador, el devoto mayordomo de Puccini, miraba alternativamente a ella y a los retratos, para cerciorarse de su identidad. Y cuando iba a preguntarle, desde cuándo estaban allí, el fiel servidor, con las lágrimas en los ojos, le tomó la cabeza y puso sobre ella un beso, al mismo tiempo que le decía:

—¿Cuántas veces la he bendecido sin conocerla, al ver que el maestro, mirándola, se inspiraba!

EL ROMANTICISMO DE LA DUCE

El recuerdo imborrable del sepulcro de Puccini trae a la artista el de otra tumba ilustre: la tumba de Eleonora Duse, sobre el monte Azzolo. La evoca en el atardecer en que fué a visitarla, atraída por la descripción de su grandeza y de su poesía. Grandeza de lugar, de perspectiva, de montañas y de paisaje, pues es sólo un sepulcro modesto, en lo alto de una colina. Sabido es que la actriz eminente y soñadora dejó, poco antes de morir, elegido ese sitio para que enterraran sus restos. Está en las tierras del Véneto, pintorescas y heroicas que detuvieron el avance austriaco. Allí, sobre la colina de Azzolo, teniendo enfrente la mole austera del Grappa, y los costados, bajando a los valles, varió pequeños pueblos que se dibujan en la lejanía, quiso descansar para siempre la artista. Y visitando su tumba, embebiéndose en el paisaje, Gilda Dalla Rizza sintió, con más fuerza que nunca, el alma romántica y el espíritu artista de la Duse, que eligió para su eternidad la grandeza del monte, como en la vida la compañía de las flores.

OCTAVIO RAMIREZ



EN el panorama, a veces un poco uniforme y monótono de nuestros teatros, estas veinte "ingenuas", que se nos aparecieron un día como la salida de un colegio en una comedia cinematográfica, han puesto su ruidosa nota de "jazz" y su colorida pincelada de juventud. En sus instrumentos, a veces estrepitosos como un descarrilamiento, otras suaves y patinados como una amistad lejana, han traído la algarabía febriciente de sus ciudades y la nostalgia pudorosa de sus canciones; y en sus figuras, cimbreadas y optimistas, el espectáculo, saludable y contagioso, de su afán de vivir. Las veinte, con los mismos vestidos, con las mismas cabezas rubias, con las mismas sonrisas encendiendo los semblantes, parecen forjadas en un mismo molde de despreocupación y de alegría, todas atrayentes, todas gratas y todas iguales, como con una marca de fábrica.

KODAK TEATRA

LAS temporadas extranjeras de Buenos Aires van siendo, año a año, más numerosas, y en el corriente, algunas de ellas de más alta calidad artística. Como síntoma del interés creciente del público, de la afición, cada día mayor, de la ciudad por el teatro, de sucesivas y, aun algunas veces espaciadas, se han ido haciendo simultáneas. Hace algún tiempo, a una temporada española sucedía una francesa, a ésta una italiana, y eso cuando las tres compañías se aventuraban a venir en un mismo año. Hoy, no sólo se van encadenando y transfiriéndose unas a otras la misma sala, sino que en varios teatros actúan con provecho y con éxito otros tantos conjuntos extranjeros. Hablando sólo de los de alta comedia, ha habido a un mismo tiempo hasta tres, y mientras Maurice De Feraudy imponía su arte venerable como una tradición, Irene López Heredia triunfaba como comedianta moderna, y D. Fernando Díaz de Mendoza traía un conjunto que, si no realizó una temporada fructífera, fué recibido con respeto y con cariño. Y hoy dos compañías extranjeras se dividen el público de la ciudad, que elige una u otra, según sus inclinaciones artísticas y su preferencia por uno u otro idioma, o aun va alternativamente a las dos salas, para celebrar en el Maipo la ingeniosa frivolidad de Victor Boucher y en el Odeón el arte denso de Ruggero Ruggeri.



EVA FRANCO empezó en el sainete y hoy está en la comedia de salón. Poco a poco nuestros intérpretes se van transformando con el teatro y haciéndose más exigentes en sus gustos y en su intimidad. El viejo y destartado camarín, de paredes hostiles, blancas de cal, se va tapizando con sedas y llenando de flores. Evita Franco, que era una muchacha sencilla, está empezando a ser una actriz exigente y refinada. La laca y el marfil chinos constituyen hoy su credo estético y la decoración en que, todas las tardes y todas las noches, encierra su vista en el recinto limitado de su camarín. Cuyo estilo no será muy novedoso, pero cuyo arreglo es muy femenino.



RUGGERO RUGGERI ha hecho, como su trabajo escénico más vigoroso y más perfecto, el "Enrico IV", de Pirandello. La pieza del extraño y hondo dramaturgo siciliano, que algunos hallaban abstrusa en la lectura o sintieron fría en su estreno en la misma sala del Odeón, hace de esto dos años, se caldea y se humaniza en su intérprete de más médula; y la obra, que ha paseado sensacional y discutida todos los grandes escenarios del mundo, empieza ahora a comprenderse y a valorarse en Buenos Aires. Así, "Enrico IV", la creación pirandelliana que más sorprendió en su momento, comienza a hacerse un lugar entre las grandes y definitivas producciones, en las que lindan la cordura y la demencia, y, junto al "Hamlet" único y a "El pensamiento", de Andreieff, deja latente esa impresión desconcertada y fuerte, que es la inconsistencia de la razón humana.

OTTORINO RESPIGHI



ENTRE los compositores de la música italiana contemporánea, la figura de Ottorino Respighi ofrece un

relieve particular por su obra y por la personalidad que ella define. Conocíamos aquí de él algunas de sus más importantes producciones. Entre las puramente sinfónicas, "Las fuentes" y "Los pinos de Roma", dos primeras partes de un tríptico romano, los "Vitales de iglesia", varias melodías muy difundidas y últimamente transcripciones para pequeña orquesta de danzas antiguas realizadas en forma deliciosa. Teníamos, pues, una impresión, si no completa, bastante aproximada de las cualidades y las características que encierra esta obra. Sabíamos, así, que Respighi es un músico que continúa con nobleza las grandes tradiciones de su arte. Que, junto con Pizzetti, Malipiero, Alfano, Castelnuovo Tedesco y Casella, era de los que en su patria han trabajado con más dignidad y entusiasmo por el resurgimiento de las formas sinfónicas y de la música de cámara. Es decir, por esas expresiones musicales tan puras que, después de haber tenido un brillo extraordinario en Italia durante los siglos XVII y XVIII, parecían haber abandonado en suelo natal para florecer maravillosamente en otros países.

Respighi nació en Bolonia en 1879 e hizo sus estudios en el Liceo Rossini, bajo la dirección de Sarti, violín, y de Martucci, composición. Después de haber obtenido los correspondientes diplomas en 1901, comenzó su carrera de concertista y compositor. Formó parte del Quinteto Mugellini, en el cual tocaba la viola de amor, e hizo ejecutar varias composiciones, entre las cuales un concierto para piano y una ópera, "El rey Enzo". Pero algunas melodías para canto fueron en realidad las que llamaron la atención sobre su nombre. Después de una serie de viajes por Alemania y Rusia, donde estudió, respectivamente, con Bruch y Rimski Korsakow, escribió su primera ópera, "Semiramis", estrenada en Bolonia en 1910. A esta obra siguió un poema para canto y orquesta, "Aretusa". En 1913 fué nombrado profesor de composición del Liceo Musical de Santa Cecilia, de Roma, y más tarde director. A partir de este momento es cuando su actividad se hace más fecunda y su fama se extiende rápidamente dentro y fuera de su patria. Una sinfonía dramática, "Le fontane di Roma", el baile "La boutique fantasque", que representó la compañía Diaghilew; "La belle au bois dormant", fábula musical en tres actos; el Concierto gregoriano para violín y orquesta; el poema sinfónico "Primavera"; la ópera "Belfagor"; "Los pinos de Roma"; el Concierto sobre el modo mixolidio, para piano y orquesta; la Suite de danzas antiguas; un Cuarteto dórico; "Aires escoceses", para piano y canto; un "Poema de otoño", para violín y piano, y, por último, "La campana sommersa", ópera en cuatro actos sobre libreto de Hauptmann, son las principales obras de este artista, que, en plena madurez y a los cincuenta años, ofrece un bello ejemplo de fecundidad noblemente orientada.

Una tarde, después de un ensayo de "La campana sommersa", en el Colón, conversamos breves instantes con el maestro. Simple y cordial, claro y preciso para concretar sus impresiones, se hace simpático desde el primer momento. Le interrogamos sobre el estado



actual de la música en Europa y, sin vacilar, nos dice:

"El estado caótico de la producción musical europea, en mi concepto, tiende a desaparecer. Hay una profunda reacción hacia la simplicidad, hacia la claridad y la concisión. No sólo por parte de los creadores, sino del público, que también lo exige. Se corta cada vez más a Wagner y esto es sintomático. Hay una vuelta a las formas clásicas, a aquellas que constituyen la verdadera tradición del arte. Naturalmente que, como en todas las reacciones, se incurre, a veces, en el exceso. Así vemos obras pueriles, inconsistentes, que se declaran herederas de ese pasado. Pero esto no tiene importancia. Lo esencial es que hay una vuelta hacia épocas que pare-



Un autógrafo del maestro Respighi para LA NACION

cian haberse olvidado. No hubo más remedio porque se habían agotado todas las posibilidades. Es necesario depurar, desbrozar la maraña sinfónica, que, particularmente en el teatro, ahogaba los cantantes y los argumentos. Confieso que yo mismo he incurrido un poco en esto al escribir "Belfagor", pero no lo repetiré. En la escena es donde más se hace sentir la necesidad de simplificar. Con el pretexto de la declamación se llegó a suprimir casi totalmente el canto. Y como los compositores ya no escribían para las voces, los cantantes comenzaron a desaparecer. Así se explica que la más bella época de los cantores fuera aquellos en que los músicos no los olvidaban. "En realidad se había llegado

a un callejón sin salida — continúa el maestro —. El caso de las últimas obras de Schoenberg, por ejemplo, es significativo. Ni armonía, ni contrapunto, ni ritmo. ¿Dónde está la música entonces? Siquiera en Strawinsky está presente el ritmo, y donde hay ritmo siempre habrá un principio de música. Se alcanzó la más complicada e inútil escritura. De esa escritura muy bonita en el papel, pero que llevada a la práctica no da absolutamente nada. Recuerdo, a propósito de esto, que cierto día Busoni, que tenía escrupulo, leyendo la partitura de "Falstaff" me decía: "Qué feo es esto a la vista" "¿Pero suena bien?", le pregunté. "¡Ah! sí, admirablemente". Entonces eso es lo esencial, dije, lo demás no interesa. En mi país se ha producido un movimiento muy simpático en tal sentido. En Pizzetti puede observarse. Es que nuestro pasado es así, claro, límpido, espontáneo, ¿por qué nos cargaríamos con las complejidades de otras escuelas? En una palabra, operada la desintegración total de los elementos musicales, como en el ejemplo de Schoenberg que le citaba, no hay más remedio que volver a reintegrarlos en sus funciones naturales."

— Y qué impresión tiene usted, maestro, respecto del futuro del teatro lírico?

— También creo firmemente que en el teatro lírico hay que volver a las formas antiguas.

Una declamación justa, sobria; pero cuando llegue el momento necesario a la expansión de los sentimientos, hay que dar al cantante la ocasión de expresarlos generosamente con el más bello instrumento de la naturaleza. El éxito que acaban de tener en París las representaciones del teatro de arte de Turín, donde la "Italiana en Argel" y "La cenerentola", de Rossini, suscitaron gran entusiasmo, es, en verdad, elocuente. Es que, según el sistema de Wagner, se había querido hacer del teatro una cosa lógica cuando, por el contrario, es una cosa fundamentalmente ilógica. He ahí el error. Por mi parte, es con aquel criterio que he abordado mi nuevo trabajo, de carácter bizantino, una cosa simple, de grandes líneas y de un ambiente que tiene para mí especial encanto.

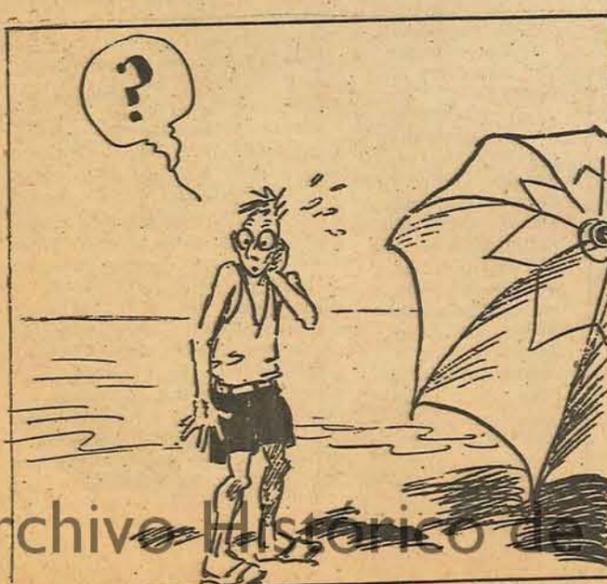
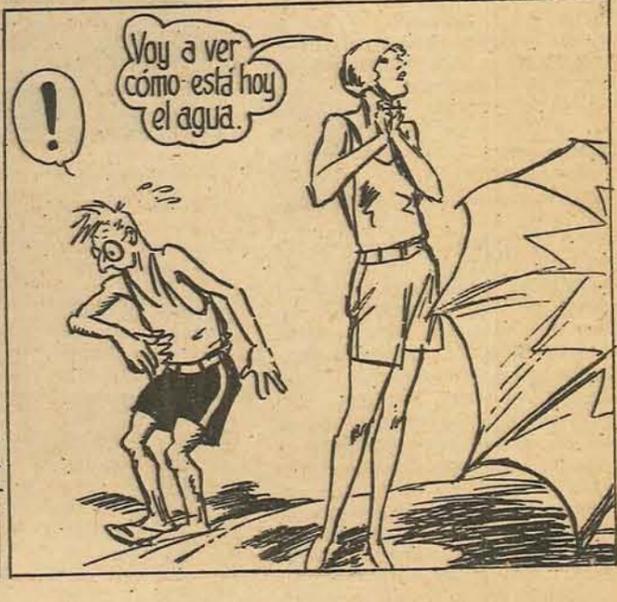
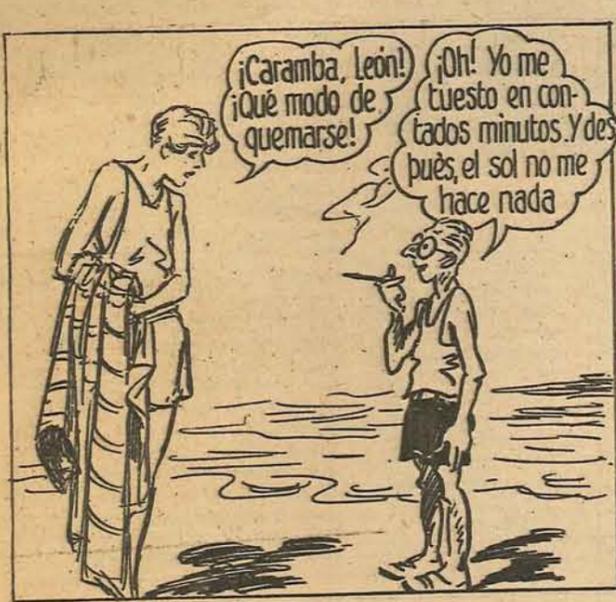
En Italia, continúa Respighi contestando a otra pregunta nuestra, se trabaja mucho y bien. Pizzetti, Malipiero, Tomasini, De Sabatta, son algo más que valores positivos. Entre mis alumnos del curso de composición, que dicto durante cuatro meses al año en el Liceo Santa Cecilia, de Roma, curso tan sólo de perfeccionamiento, se destaca un joven en quien tengo grandes esperanzas: Anfiteatroff. La dirección de esa institución debí abandonarla hace ya algún tiempo por mis continuos viajes y las exigencias de la producción. Además, tenía a un paso el Ministerio de Instrucción Pública, imagínese Vd. No. Temí volverme un burócrata y abandoné todo eso. Porque mis placeres favoritos son los viajes y los idiomas. Un automóvil y buenos caminos constituyen una felicidad para mí. Me encanta aprender lenguas extranjeras. Poseo varias y cuando cae en mis manos una gramática desconocida o algún texto antiguo, el hebreo o cualquier otro, es para mí un raro placer descifrarlo durante largas horas". Y la hermosa cabeza beethoveniana del maestro, coronada por abundante cabellera gris, en la que brillan ágiles e inteligentes, dos ojos pequeños y oscuros que denuncian una actividad interior enorme, se ilumina con una sonrisa bondadosa que parece pedir disculpa por la confianza que acaba de

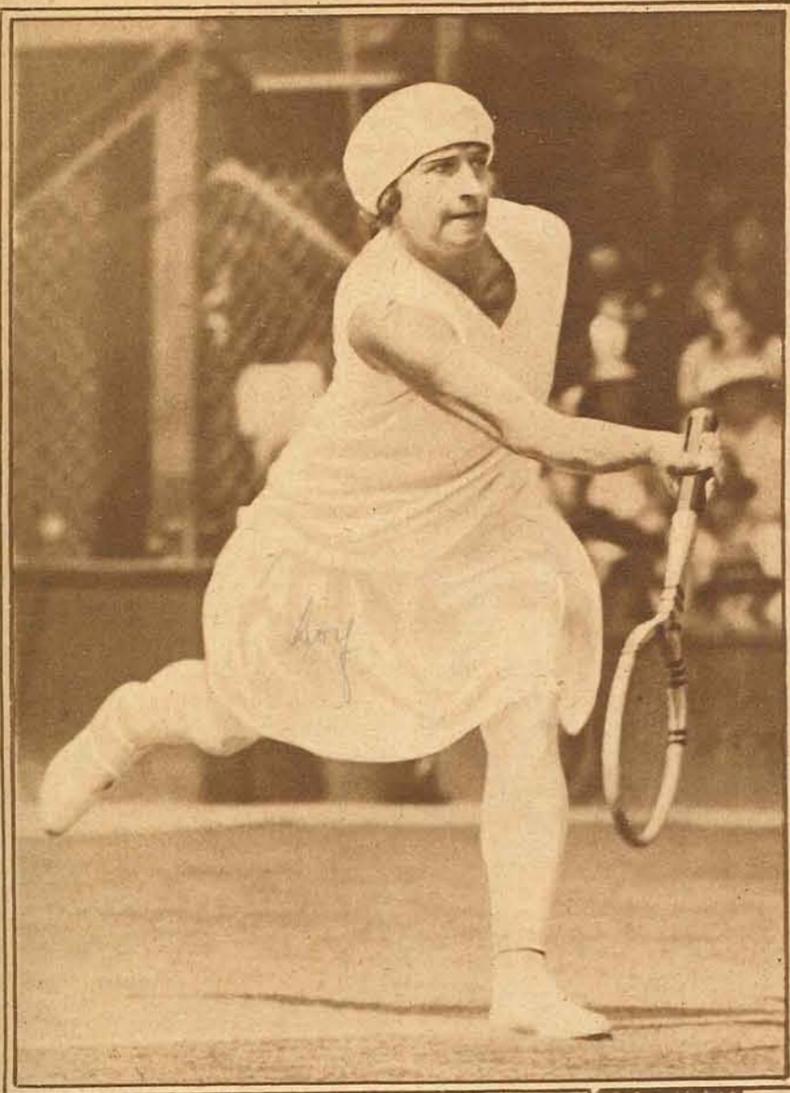
JOSE ANDRE

Betty

© 1925 NY TRIBUNE, INC.

ESTO OCURRIO EL VERANO ULTIMO





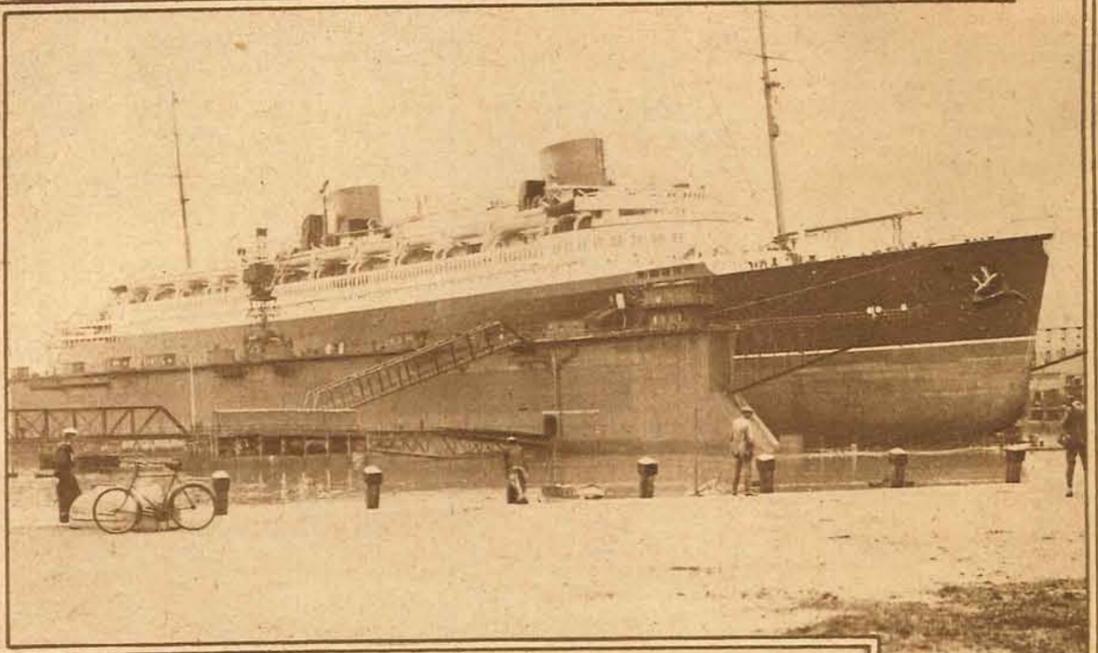
Mrs. Bundy, jugadora norteamericana que derrotó a la joven británica miss Eileen Bennett. En la fotografía aparece Mrs. Bundy en acción, al vencer a miss Bennett, el día 28 de junio de este año.



Una fotografía de Mrs. Bundy, cuando ganó por primera vez el campeonato de tennis, hace 23 años, es decir, dos años antes del nacimiento de su reciente adversaria, miss Bennett. Adiviértase como ambas fotografías muestran la evolución de la moda en lo que respecta al traje femenino para jugar al tennis.



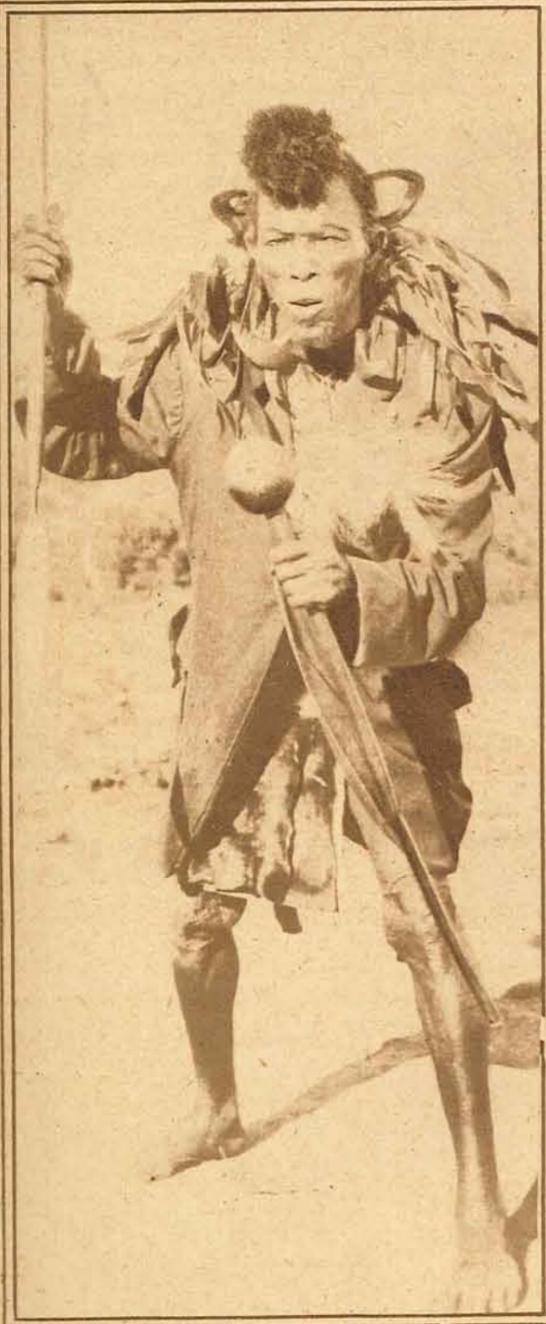
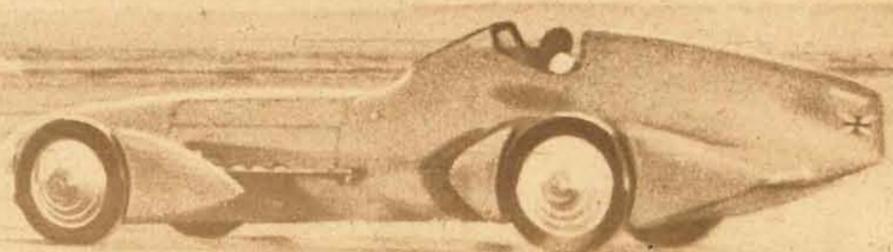
Por primera vez, un grupo de conductores de automóviles compitió en la carrera internacional de Brooklands, en Gran Bretaña, contra varios hombres. En la fotografía aparecen los conductores corriendo a sus coches, al ser bajada una bandera, para tomar asiento e iniciar la carrera.



El gran paquete alemán "Bremen", en dique seco, después de haber llegado a Southampton. Es el más grande barco a motor de la actualidad.

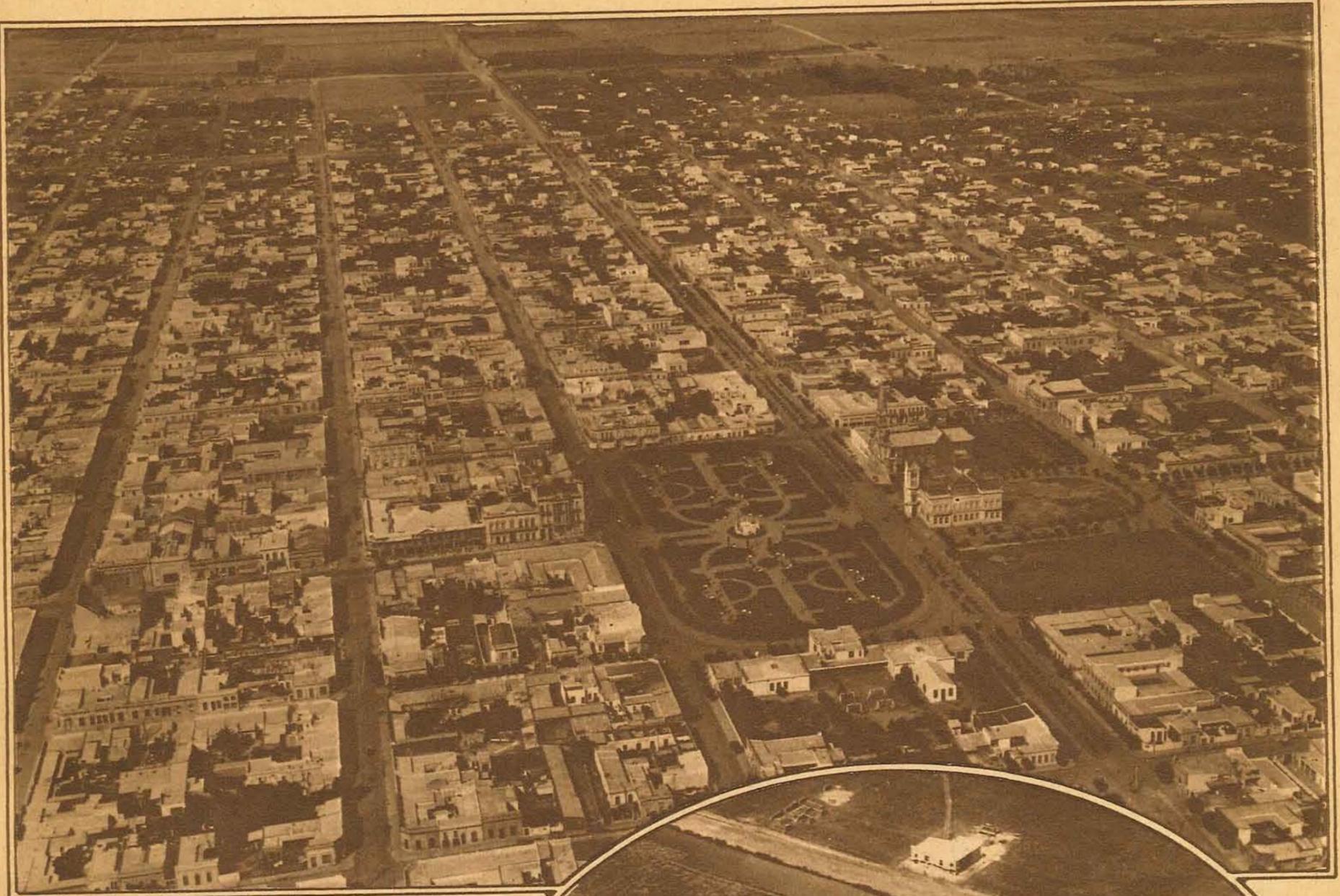


El capitán Campbell hizo una audaz pero vana tentativa de superar el record mundial de velocidad en automóvil, alcanzado por el mayor Seagrave, el día 12 de marzo, en Daytona Beach. Aquí aparece el auto "Pájaro Azul", corriendo a toda velocidad. Alcanzó un término medio de 348 kilómetros por hora.



Este es "Induna ka Satan" (El capitán de Satanás), a quien se le conoce por "Induna ka Jesu" (El capitán de Jesús). Es nativo del Africa del Sur, y ha tomado parte en muchas batallas contra negros y blancos. Aquí aparece con todos sus atributos de guerra.

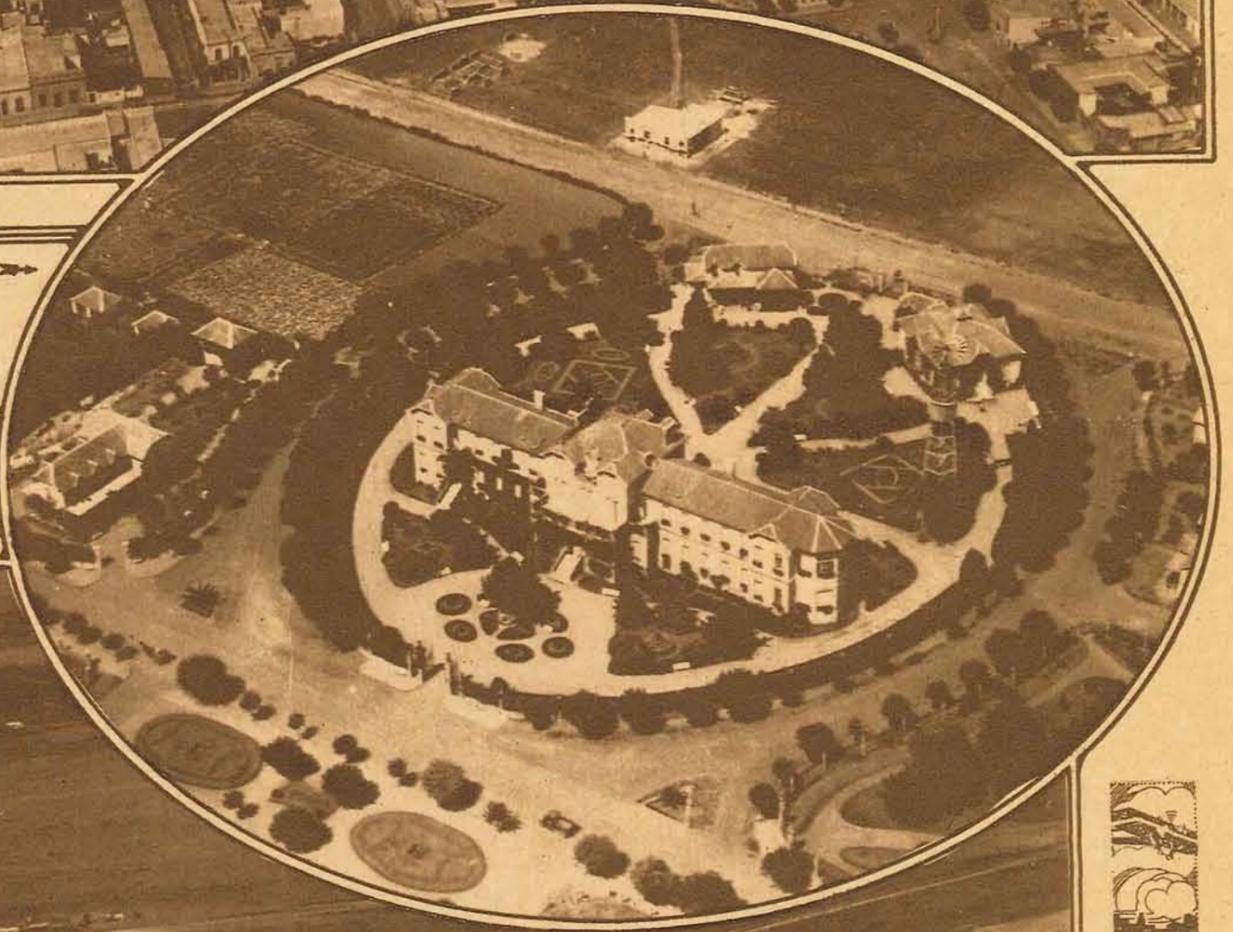




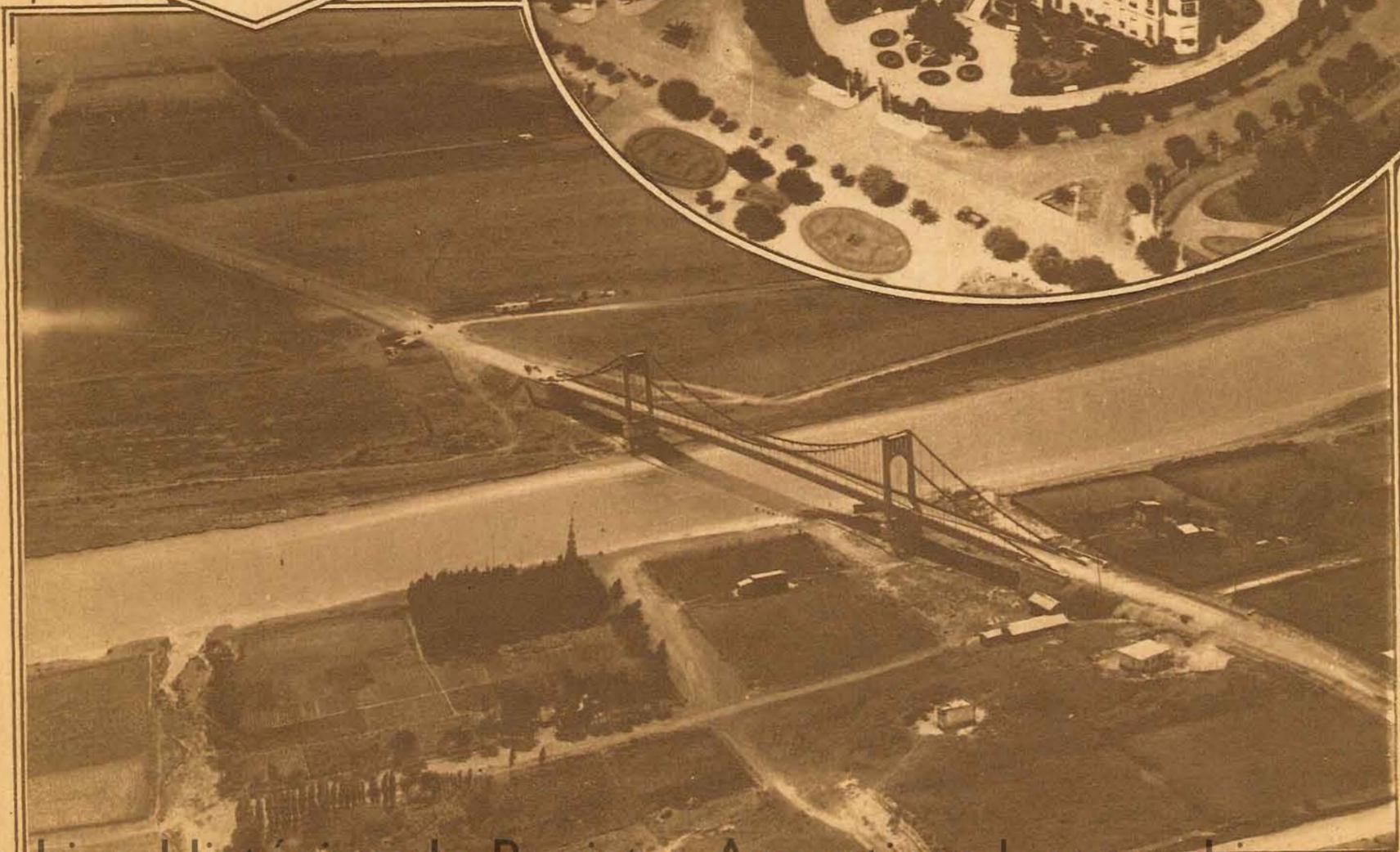
Vista panorámica de Tres Arroyos, la progresista ciudad de la provincia de Buenos Aires.



El hospital de Tandil, fotografiado desde un avión a 300 metros de altura.



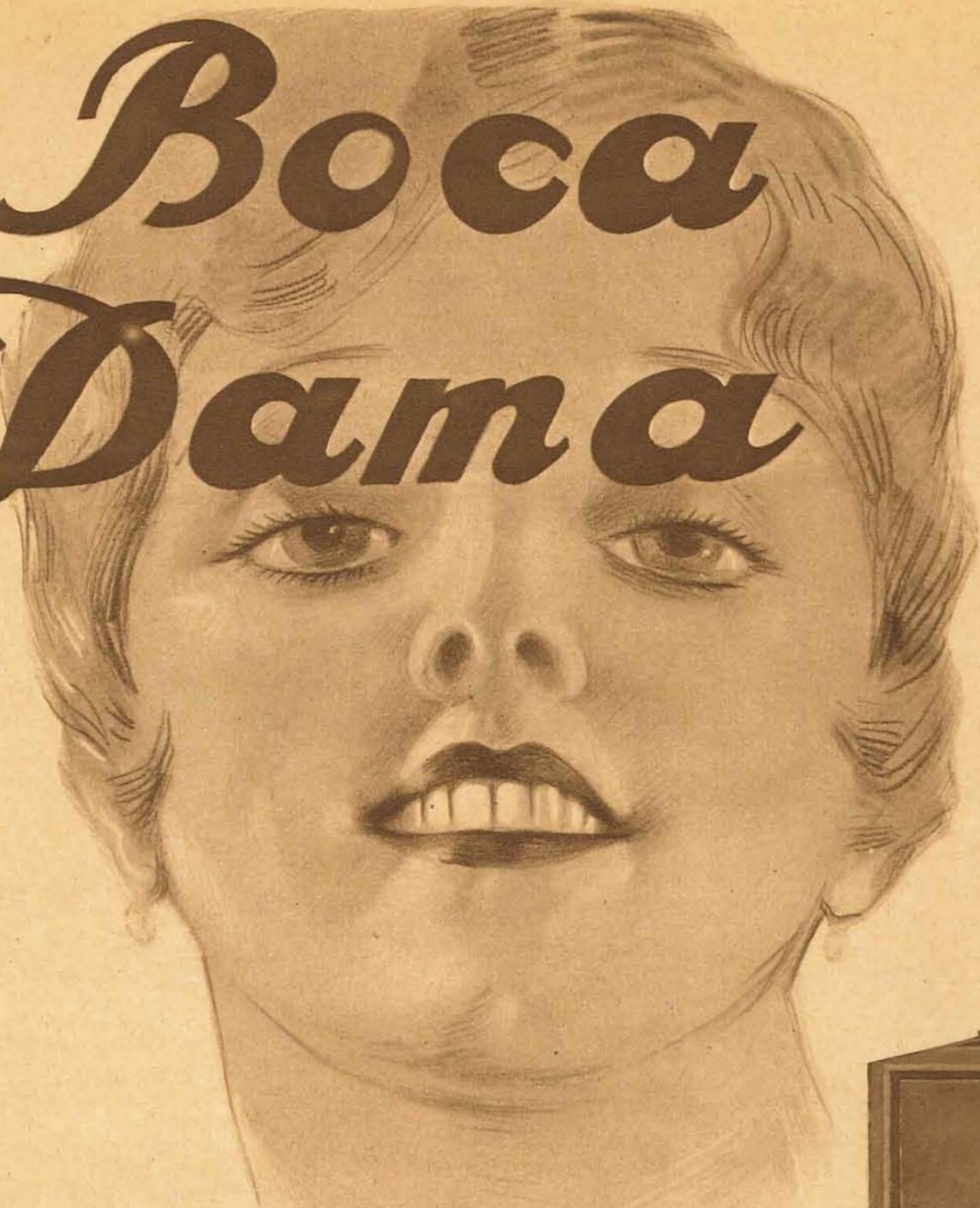
Aspectos característicos del interior del país.



El puente colgante que une los partidos de Lobos y Necochea y que fué recientemente librado al servicio público.

(Del servicio aerofotográfico de "La Nación").

Boca de Dama



*¡Convidadoras!
como su nombre....*



Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país.

**ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Delicioso "petit four" para servir las
solas o con licores, especialmente.

La nota social



Eda Palacios Villagrán de Anchorena.

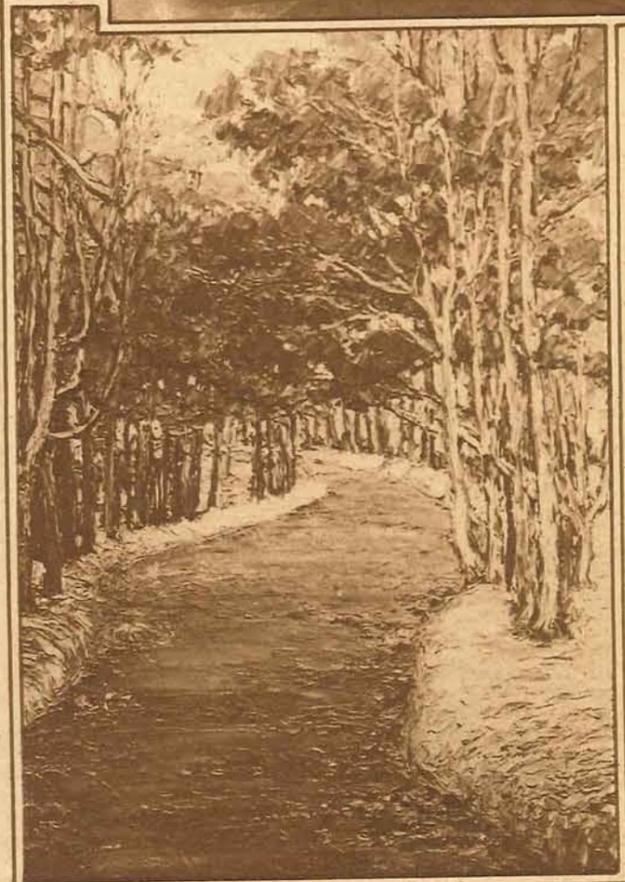
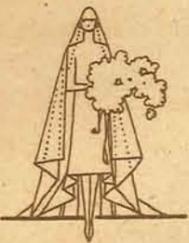
Juana María Peña y Marta Viale Ramos Mejía, presentadas en el baile realizado en la residencia de D. Martín Cossio y su esposa Da. Mercedes Salas Oroño.



PARIS: Boda de Anchorena-Palacios Villagrán. Los novios Eda Palacios Villagrán y Emilio de Anchorena, al salir del templo después de realizada la ceremonia nupcial.



Leonor y Mercedes de Anchorena, hermanas del novio, y los señores Néstor y Enrique Palacios Villagrán, hermanos de la novia.

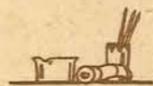


"El camino de los eucaliptos", cuadro del pintor argentino Juan Sol, que será exhibido junto con otras obras del mismo autor en el salón Witcomb, del 19 al 31 del corriente.

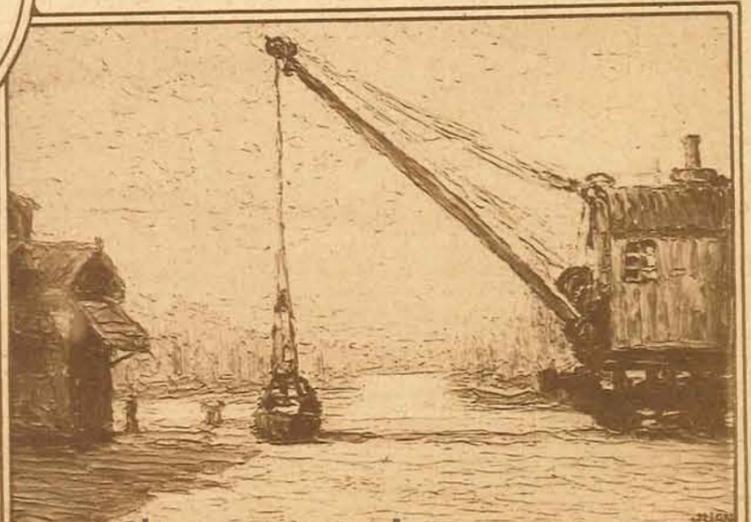
Exposición del pintor argentino Juan Sol



"Claridad después de la niebla" (Riachuelo), óleo del citado artista.



"Estudio" (puerto), óleo de Juan Sol.



De la vida teatral porteña y del extranjero



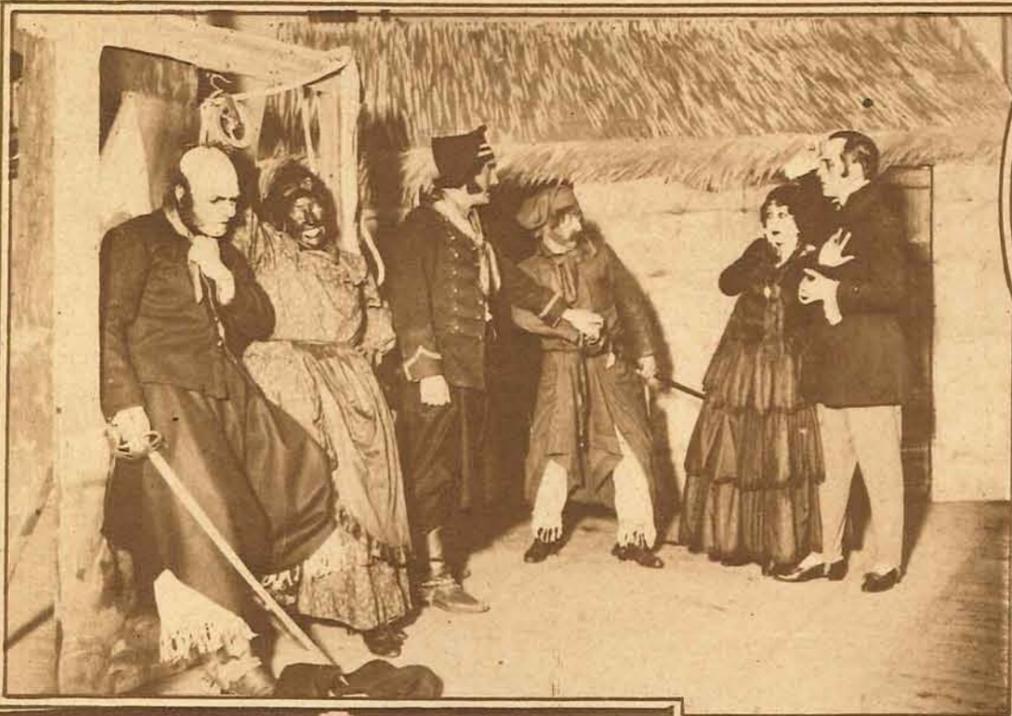
Victoria Repiquet, primera tiple de la compañía de operetas del San Martín.



Enrique Muiño, Totón Podestá, Manuela Poli y Carmen Valdéz en una escena de "No hay provinciano zozzo", pieza de Ernesto Marzili, estrenada en el Buenos Aires.



La famosa bailarina La Argentina.



Segundo Pomar, Sara Prósperi, D. Sapelli, R. Bamio, María Esther Pomar y César Fraschi en "El candombe federal", sainete en cuatro cuadros, de Carlos Schaefer Gallo, dado a conocer en el Cómico.



Isabelita Ruiz, aplaudida bailarina española.

LAS INCLEMENCIAS DEL TIEMPO NO HARAN MELLA EN SU DELICADO CUTIS

si lo cuida con Crema Glenz.

Unos minutos de aplicación, al empezar el día o antes de salir a la calle, serán suficientes para proteger su cutis, cuello y brazos contra los rigores del clima, cambios bruscos de temperatura y los peligros de pasaduras y congestiones faciales.

Tratamiento natural de embellecimiento femenino, la Crema Glenz tonifica los tejidos de la tez, y concede al cutis la suave y deslumbrante hermosura que tanto encanto agrega a la mujer.

Como base de adherencia para polvos de tocador, es maravillosa.

Ensaye usted la Crema Glenz y convéncase de su superioridad.

Precio en la Capital..... \$ 2.20
Frasco de ensayo..... 0.30

CREMA GLENZ
EL SECRETO DE LA BELLEZA

Únicos concesionarios: JORGE GLENZ & Cia. - Lavalle, 1667 - Bs. Aires

Una fotografía histórica. Una lancha del "Eagle" remolcando al Dornier 16, que tripulaban los pilotos españoles, desde el sitio en que fué encontrado en alta mar, hasta el portaaviones británico.



Adquiera belleza sin igual con estos famosos productos

Muchas damas se dirigen a los Laboratorios Vindobona solicitando el consejo de expertos sobre la mejor manera de "arreglarse" y se sorprenden cuando los Laboratorios Vindobona les contestan: "Consiga una tez clara por naturaleza, límpida, joven, sin arrugas, sin poros dilatados, sin manchas, sin vello y pestañas largas, negras, y colores que no destiñen".

Un mismo principio científico forma la base de todos los productos que los Laboratorios Vindobona elaboran: actúan siempre en concordancia con la naturaleza misma. Los Laboratorios Vindobona nunca se contentan con proporcionar a Vd. los medios de OCULTAR, de TAPAR, un defecto de belleza o la ausencia de una atracción natural. Le enseñarán a Vd. cómo puede ELIMINAR los defectos de belleza y CREAR la hermosura y los atractivos que Vd. anhela: aclarar su tez, nutrir su epidermis, rejuvenecerla, librarla de toda imperfección, provocar un más largo crecimiento de las pestañas y dar a los labios un rouge que no destiñe.



Por muy manchada, pecosa o marchita que fuera su tez, los Productos Vindobona le probarán que es por naturaleza clara y límpida.

BAJO la GARANTIA de DEVOLVERLE EL DINERO si el TRATAMIENTO FALLARA.

Una tez clara

blanca, lozana y sin arrugas conseguirá Vd. fácilmente.

No más pecas, manchas, granos, acné, barritos negros, u otras impurezas del cutis. Es inútil que Vd. trate de "tapar" las imperfecciones de su cutis: se notan. Líbrese de ellas. Hoy es notablemente fácil adquirir un cutis claro, blanco, libre de toda impureza, pecas, manchas, granos, barritos y arrugas. Un nuevo y maravilloso descubrimiento los elimina con agradable rapidez. Casi en una noche, usted puede aclarar las pecas, rojez o tez cetrina, y su cutis, como por magia, adquiere esa belleza perlina que todo el mundo admira. Tres minutos antes de acostarse, aplique esta delicada Crema de Oriente Vindobona en su tez. A la mañana siguiente, mírese al espejo: observará cómo la piel opaca, cetrina, ha comenzado a dar paso a un cutis nuevo, claro, sin que nadie lo note. Le conviene empezar a usar la Crema de Oriente Vindobona hoy mismo.

La Belleza de los Ojos requiere pestañas largas.

¿Observó Vd. ya, cuánta belleza dan a los ojos las pestañas largas y oscuras? Rara vez son así por naturaleza. A menudo se debe a unos cuantos toques con "Negro Líquido Vindobona". ¿Lo conoce Vd.? Úselo. En seguida sus pestañas parecen más largas, sus ojos más bellos. Le encantará usarlo. Habrá un nuevo milagro en los ojos de Vd. **NEGRO LIQUIDO VINDOBONA** no solamente confiere de inmediato un color negro brillante a las cejas y pestañas. Arquea las pestañas y las hace parecer más gruesas. Su uso continuado fomenta el crecimiento de las pestañas, no solamente haciendo crecer las que Vd. tiene, sino provocando el crecimiento de otras nuevas, por lo que sus pestañas serán más tupidas, Negro Líquido Vindobona no irrita los ojos; es absolutamente inofensivo. Es a prueba de agua, no destiñe. Compre un frasco hoy.

CONSULTORIO DE BELLEZA GRATUITO

Cuando Vd. tenga una duda y quiera saber qué polvo, "rouge", crema, qué producto de tocador, cualquiera sea el realce, conviene para el realce, o cuidado de su belleza, acudir a nuestro Consultorio, atendido por una experta, la cual le suministrará gratuitamente sin compromiso alguno de compra, todos los datos que desee.

En Montevideo: ANDES 1338 2o. piso

El polvo saludable para la tez

Cuanto más suave es el polvo de tocador, mayor la belleza que confiere. Suavidad excepcional es característica de los Polvos Vindobona. Dan al rostro apariencia de "perfecto" y no de "empolvado". Vd. no ignora que las almendras, en sus diferentes formas, son muy buenas para el cutis. Almendras son la base de los Polvos Vindobona. Por eso, realmente se nota diferencia cuando se usan los Polvos Vindobona. La base de almendras hace que los Polvos Vindobona sean excepcionalmente saludables para la epidermis. Además son los preferidos de la aristocracia de muchas grandes capitales, por su exquisita fragancia, su finura y porque duran horas y más horas perfectamente adheridos. Adoptar los Polvos Vindobona significa asegurarse la mayor hermosura, el más perfecto arreglo que polvos de tocador puedan proporcionar, y significa prevenir la dilatación de los poros, conservando la epidermis normal. Su cutis no puede resecaarse ni padecer de excesiva grasitud. Vd. no conoce cuánta calidad superior puede poseer el polvo de tocador mientras no haya usado una vez siquiera Polvo Vindobona, con base de almendras. Lo hay blanco, rosa, piel natural, rachel y ocre.

Labios rojos — Mejillas rosadas, mediante un rouge que no destiñe.

Usted puede ostentar un discreto colorido en los labios y en las mejillas, que tendrá aspecto perfectamente natural, usando "Lágrimas de Rosas rojas", Rouge líquido preparado científicamente en los Laboratorios Vindobona. Se aplica una vez al día y dura perfectamente hasta la noche. La humedad y las comidas no lo afectan. No se corre. Sólo sale con agua y jabón. Es fácil graduarlo más intenso o más suave con sólo aplicar mayor o menor cantidad. No sólo es inofensivo, sino beneficioso, porque impide el paspado de los labios y le es propio el exquisito perfume de las rosas encarnadas. Hay dos tamaños de frascos. Pruebe Vd. con el más chico, si le parece. Si no constatará que posee las cualidades que aquí le atribuímos, devuélvalo y le devolverán el dinero.

Hay muchos otros productos más.

"Vindobona" elabora otros productos de tocador imprescindibles para las damas que cuiden de su hermosura. Aguas de Belleza, que confieren a la tez un tono anacorado uniforme, en el matiz preferido; Loción Olorosa Vindobona, antisudoral — deodorizante; Crema Jabonosa "Vindobona" de acacia blanca, que aclara e higieniza la piel, Jabón líquido, para los cutis extremadamente delicados y la eficaz Loción Depilatoria, que extermia el vello de raíz. Visite Vd. nuestro Salón de Ventas o bien solicite folletos que gustosamente se los enviaremos. En ellos se detallan las cualidades de todos nuestros productos.

Se venden en las casas de mayor prestigio:

- GATH y CHAVES Casa Central y Sucursales
- FARMACIA INGLESА Av. de Mayo 900
- FARMACIA GIBSON Alsina y Defensa
- CASA SCHERRER Saipacha 185
- FRANCO INGLESА Sarmiento y Florida
- Farmacia De La ESTRELLA Defensa y Alsina

Y bajo la garantía de devolver el dinero, si fallaran, en la sucursal de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8, piso 1o. — Bs. Aires. ATENDIDA POR SEÑORITAS

Folletos gratis — Remita el cupón.

Pedidos del Interior se despachan en el día.

LABORATORIOS VINDOBONA L.N. 6.2 Florida No. 8, primer piso. — Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis folletos descriptivos de los Productos Vindobona para la tez.

NOMBRE

CALLE No.

CIUDAD F. C.



Del campeonato de amazonas disputado en el hipódromo de la Castellana, en Madrid. Caída, sin mayores consecuencias, de una de las participantes.



La tradicional fiesta de la flor, en Madrid. Los aviadores Jiménez e Iglesias, entregando su óbolo.



M. Briand, a la salida del palacio del Senado, de la capital española, es rodeado por una comisión de señoritas encargadas de la venta de la flor de caridad.



El rey de España presenciando los partidos de tenis del campeonato de Wimbledon.



La fotografía artística y la naturaleza. Ojos imponentes como dos faros.



Figuras de la pantalla: MAGDA BELLAMY.



LILY DAMITA.

El altoparlante PHILIPS 2007

la nueva época en radio:
la sencillez de líneas cuidan
do a la estética.... y como
siempre la calidad PHILIPS:
reproducción musical per-
fecta.



Los reyes de Gran Bretaña y el príncipe de Gales, a la salida de la abadía de Westminster, donde se realizó un oficio en acción de gracias por el restablecimiento del monarca.
P. P.



El coche del rey y de la reina de Gran Bretaña, al llegar recientemente a las puertas del castillo de Windsor, al término de un paseo de los soberanos.



Esta copa, cuyo valor es de cien libras esterlinas, ha sido donada por la asociación criadora de carneros Kent y Romney Marsh, para que se dispute anualmente en la Exposición Rural de Palermo entre los que presenten los mejores grupos de cinco carneros hijos de carneros británicos importados, con registro en Gran Bretaña. La copa pasará a ser propiedad de la persona que gane cinco concursos, aunque no sea en años consecutivos.

BIZCOCHOS
CANALE

Con una copita de oporto, son ideales para reponer el organismo fatigado

EL COLOR DENTRO DE LA MODA

Carteras para viaje, de Vorth, con camión, sábanas, faldas, toallas y zapatillas haciendo juego

EL color es muy importante y se ha educado de tal manera el gusto que es muy raro encontrar desafinación de tonos, como sucedía en tiempos no tan lejanos.

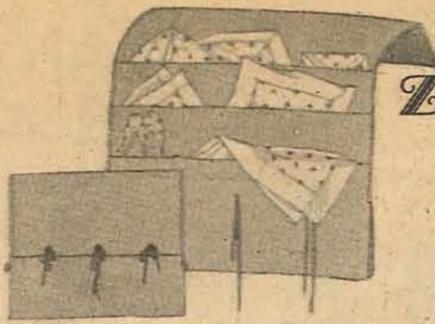
El negro es el color maravilloso, que tan pronto es suntuoso como ninguno, como sencillo y práctico; combinado con blanco, repetiremos por milésima vez, da la nota suprema de elegancia.

El azul marino persiste con tenacidad extraordinaria, viéndose combinaciones de azul y blanco, azul y grege y azul con bleu. Beige y marrón es la combinación preferida, y en algunas casas el beige claro, mastic y café "au lact".

El rojo es importante todavía y se combina siempre con azul. Goupy tiene toda una colección en azul y rojo, y Worth tiene una nueva combinación en rojo, azul y blanco o rojo, verde y blanco, que ha tomado de las banderas. El amarillo es variable; unas casas lo usan mucho; otras casi nada. Los verdes se ven en tonos mezclados y lisos, sobre todo los pálidos amarillentos, como el tilleul, absenthe, chartreuse, pistache y nilo. Lelong fusiona el verde y azul en muchos tonos. Emplea uno pálido amarillento del color exacto de los Borgoña blancos.

La colección de Lanvin es casi toda blanca y negra y tam-

Modelo de Greco en piel de Suecia negra y cabritilla dorada.



bién violeta. Los modelos de diario de Louise Boulanger son al parecer beige o rojos o combinaciones de ambos. Patou usa sus tres tonos nasturtium para todas las horas. Los tonos "otoniales" aparecen en casi todos los "imprimés".

Zapato en satén rosa beige y hebilla de brillantes.



El blanco con toques de colores vivos o con negro, azul y marrón está en todas partes.

Chantal tiene modelos preciosos, que parecen enormes ramos de flores. Uno es en rosa do y rojo o escarlata y morado; otro es en tonos amarillos y nasturtium.

Zapato de caminar en antilope marrón con puntera en cabritilla muy fina.



Se ven algunos contrastes de color muy originales para trajes de noche, como un modelo de Goupy en satén tilleul y morado.

Pasando a otro punto completamente distinto, deseo decir unas pocas palabras sobre los

LOS ZAPATOS POR EVA A. TINGEY

zapatos, pues hace mucho que no hablo de ellos.

Para de día se usan como siempre los oxford marrones y antilope; los zapatos lisos en cabritilla, lagarto y algunos en cuero de Rusia; zapatos azul oscuros con conjunto azul y muchos tonos de beige con trajes más de vestir.

Para la noche, sandalias y zapatos escotados; algunos en dos tonos haciendo juego con los vestidos, como un modelo de Greco en gamuza negra y cabritilla dorada.

Se vuelve al zapato en satén beige rosado pálido con una hebilla grande en brillantes. Muchos haciendo juego con el traje; otros haciendo contraste, como, por ejemplo, zapatos rojos con vestido blanco de noche y flores rojas.

Hay infinidad de modelos, pero, los verdaderamente elegantes guardan una sobriedad de líneas y un corte severo. Los de baile son suntuosos y frágiles, pero sencillos.

No puedo menos que terminar reproduciendo unas líneas de Gerard d'Houville que mejor que nada dan idea de lo que son esas maravillas de calzado en todas las épocas: "Ciertos escapates de nuestros grandes zapateros atraen la atención como si fueran cuadros y sugieren, como objetos preciosos, sueños y pensamientos. La fantasía parece haberlos creado para calzarse a sí misma"

Zapato en lagarto gris adornado con cabritilla gris.



Modelo de Jenny en crêpe de Chine negro y blanco



Modelo en crêpe de lana beige rosado



Modelo de Patou en mousseline de sole negro y amarillo



Modelo de Patou en mousseline de sole naranja

Por Qué Esta Espuma Penetrante

Limpia Donde el Cepillo de Dientes No Alcanza a Limpiar

De una manera curiosa la ciencia comprueba lo que millones de personas ya saben, que la Crema Dentífrica Colgate, en forma de cinta, limpia mejor los dientes.

Recientemente un hombre de ciencia hizo un experimento importante con pastas y cremas dentífricas. Midió la fuerza que tenían para penetrar los miles de intersticios de los dientes y encías. Y encontró que algunos solamente limpian la superficie exterior de los dientes y otros sólo penetran en las cavidades grandes.

Pero descubrió que la Crema Dentífrica Colgate, en forma de cinta, tiene más fuerza penetrante que cualquier otro dentífrico que existe.

Este es el secreto de su cualidad extraordinaria que tiene para limpiar. Penetra en los intersticios más difíciles de limpiar, donde el cepillo y dentífricos ordinarios no alcanzan a limpiar.

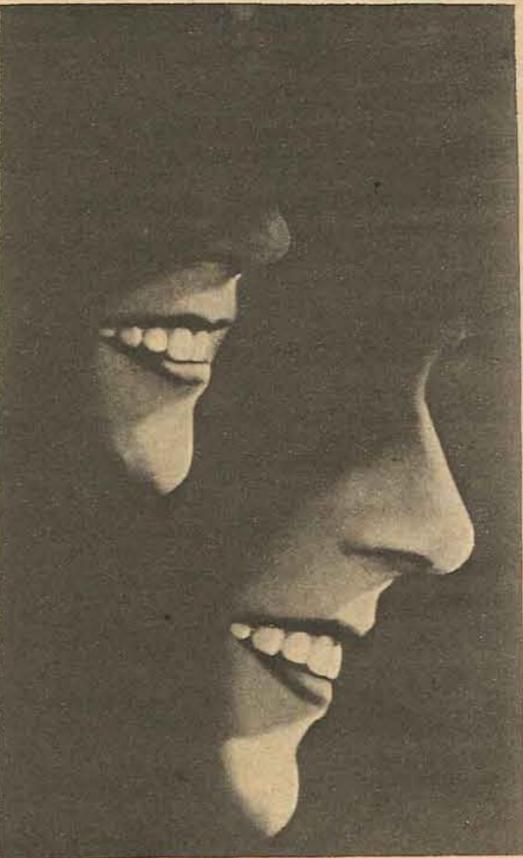
La fuerza penetrante de la Crema Dentífrica Colgate proviene de su ingrediente limpiador que es el más eficaz que existe.

Al cepillarse los dientes, este ingrediente se transforma instantáneamente en una espuma blanca y resplandeciente que como una

ola invade los dientes y encías. Esta espuma posee una cualidad admirable de una "tensión superficial" baja que permite se penetre en los intersticios más pequeños, donde pudiera comenzar la caries, desalojando todo residuo mucoso o alimenticio, y limpiándolos de toda impureza con su detergente espuma.

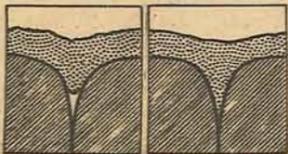
Esta espuma contiene un polvo fino, recomendado por los dentistas, el cual pule el esmalte de los dientes sin dañarlos, y los conserva blancos, brillantes y hermosos.

De este modo la Crema Dentífrica Colgate, en forma de cinta, limpia y hermosa; purifica y refresca toda la boca, restaurando a los dientes y encías sus encantos naturales.



Note usted cómo la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar

Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra cómo la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.



\$ 1²⁰ el tubo grande en la Capital.

CREMA DENTIFRICA



CAROLINA DAY



I... viene a ser una palabra que no ha tenido nunca un significado mayor. Cuesta darse cuenta de que existe y no hay muchas otras más breves. Son, sin embargo, las pequeñas cosas las que cuentan.

Como, por ejemplo, aquello de que, si Leonardo Merrick no hubiera escrito esa novela suya, titulada "Unos compañeros originales", o de que si Juan Smith no hubiera nacido con una especie de idea preconcebida.

Juan era un negro, tan negro como una noche oscura. Su abuelo había sido esclavo en Nueva Orleans, y su padre había conseguido su libertad hacia apenas un año. De modo que la afición artística de Juan, lo mismo que su alma sensitiva, pasaban inadvertidas para el resto de la gente, que al considerarlo un negro cualquiera no lo tomaban en cuenta. Para su anciano padre, que vivía en Harlem, Juan era un músico. Para los demás (si es que estaban enterados de su existencia), Juan era solamente "el negro que tocaba el violín en una jazz-band".

¿Para qué dar importancia a su empeño por perfeccionar su arte, a su afición por la literatura o a su sed de erudición? Un negro. No había por qué hacer caso de él.

Así, Juan fué poco a poco acostumbrándose a este modo de ser del mundo, y sintiéndose incomprendido se encerró como un caracol en su caparazón.

Consideremos su vida. Una semana en Margate, otra en Sheffield, otra en Aberdeen, otra en Brighton, y así continuamente; en ciudades todas diferentes, pero todas horribles; en alojamientos que dejaban siempre bastante que desear. Debiendo cada lunes, infaliblemente, y con la exactitud de un reloj, presenciar el gesto de sorpresa de la casera, cuando descubría que aquel señor Smith que había reservado su tercer piso por una semana era nada menos que un negro.

Con todo, fiel a su violín, abrigaba la esperanza de encontrar algún día un ser capaz de sentir un poco de simpatía por el pobre Juan Smith.

Parecía poco probable. Hasta que sucedió que un día llegó a la redacción de la "Gaceta Cotidiana" aquella carta de mujer. Se llamaba Carolina Day y deseaba conocer el nombre del autor de ciertas estro-

fas que empezaban: "Apenas un rayo de simpatía..."

Nada de particular tenía esto, al parecer. Pero días después una persona escribió indicando el nombre de dicho autor y comentando de paso la poca corriente de simpatía existente en nuestros días.

A lo que Carolina Day contestó afirmando que realmente no existía ninguna.

Para un alma sensitiva, decía Carolina, la vida no es más que una jornada llena de sufrimientos y de desengaños. Su experiencia en ambas cosas dejábase traslucir a través de los párrafos fríos de su carta. Fué esto lo que decidió a Juan Smith a proceder en forma extraña: entró a tomar parte en aquella correspondencia.

Escribió a la "Gaceta" diciendo que para un alma sensitiva la mejor vida era la vida interior, y que el mundo, con su labor cotidiana, sus placeres y sus alegrías, debería permanecer cerrado para siempre.

A lo que Carolina Day contestó...

Y a lo que Juan Smith contestó...

Fué una correspondencia vulgar, que durante un tiempo, desde las columnas de la "Gaceta", sirvió de tema de discusión y de entretenimiento entre cierta clase de gente y que, desconocida del mismo director del periódico, terminó sus días en aquellas mismas columnas donde los había empezado.

Entonces fué cuando Carolina Day y Juan Smith decidieron escribirse directamente.

Al principio Carolina escribió a Juan agradeciéndole aquellas palabras de consuelo que contenían sus cartas a la "Gaceta" y que tanto le habían servido para reconfortarla en momentos de tristeza, declarándole que se sentía mucho mejor desde que había sabido de su existencia.

Juan había contestado encantado, haciéndole indicaciones de libros que trataban de la simpatía, en la creencia de que fueran de su agrado, y capaces de aportarle felicidad.

Le habló de muchas cosas. Pero entre todas no se animó a hablarle de una. No quiso decirle que era "negro"; ¡el pobre no se atrevió!

En el curso del tiempo Carolina contestó a la última carta de Juan Smith. Había leído

Tal vez no se conocerían jamás...

Aquella noche Juan Smith se clocó frente a frente a la verdad. Ya empezaba a estar siempre alerta a la llegada del cartero. Ya empezaba también a desear estas cartas más que a ninguna otra cosa del mundo. Pensó que sin ningún esfuerzo de su parte podría fácilmente llegar a enamorarse.

Se miró en el espejo y se estremeció. Preguntóse si estaría obrando de buena fe. No se había atrevido todavía a revelar le toda la verdad sobre su persona. Le había escrito, como pudiera haberlo hecho un hombre blanco, con los mismos sentimientos de cultura y probidad, y estaba seguro de que, al pensar en él, Carolina se lo imaginaba como a un blanco.

semana. Y tuvo la inspiración de comprar aquel libro de Merrick con la maravillosa historia de aquellos compañeros originales, haciéndoselo enviar a su casa para leerlo.

Lo leyó. Leyó el amor de aquel negro por la niña blanca que escribía poesías: la niña blanca que ignoraba que el hombre con quien se escribía, y cuyas palabras atesoraba como perlas, era el hijo mulato de un padre negro.

Leyó aquellas entrevistas, aquella repulsión de la niña al principio, y luego el triunfo del amor, uniendo al final al mulato con la niña blanca.

Y cuando hubo leído todo eso, Juan Smith se dió por vencido, dejando que la ola de los acontecimientos lo envolviera y lo arrastrara lejos.

Porque Juan Smith tenía la idea de que la ficción es más rara que la realidad; la idea de que una historia no se repite dos veces; la idea de que el cuento de la Cenicienta está bien para los libros; la idea de que los sueños que se tornan realidad en la novela no se tornan jamás realidad en la vida.

"Sería pedir demasiado — se dijo a sí mismo — el que mi historia terminara de esta manera. La vida es distinta. La vida no ha sido escrita por un novelista. Si nadie hubiera escrito esto, tal vez yo hubiera podido tener alguna probabilidad. Pero ahora, no; sería imposible. La historia escrita es siempre mucho mejor que la historia vivida. Mi pobre historia corre parejas con la de la niña blanca, hasta el momento en que ella siente repulsión al verse frente al hombre por primera vez. Pero después de eso, no, porque está contra las leyes de la literatura y de la vida. Es un hecho que en la vida real el Príncipe Encantador no viene a la mañana siguiente en busca de la dueña del zapatito de cristal."

Se miró luego al espejo. "En el libro — continuó — ella aprendió a amarle. En la vida real llegaría a odiarme a causa de mi color. Gracias a Dios que me he prevenido a tiempo."

Y sucedió que un día Juan Smith tomó un vapor rumbo a América y se incorporó a una nueva "jazz-band".

Continuaron escribiéndose de cuando en cuando, hasta que con el tiempo aquello también terminó.

Juan Smith guardó su secreto hasta el fin. Ella nunca descubrió que él era un negro.

Por otra parte, él tampoco pudo descubrir jamás que Carolina Day era una negra.

Nos unimos así

Nos unimos así, como se unen las sombras de los sueños. Desde entonces, mis lunas son más blancas, y mis mares de adentro, de tanto y tanto concentrar arrobos para espejar su imagen están quietos.

Nos unimos así, como se unen las sombras de los sueños magnetizadas en la misma estrella por el imán sagrado del silencio. Fué al término de un viaje, cerca de un bosque trémulo como el cordaje de una enorme lira rozado por las manos invisibles del viento.

Su tenue sombra penetró en mi alma como en las ruinas lóbregas de un templo en cuyo intercolumnio mutilado se abrazaban la noche y el misterio...

No nos dijimos nada; nos miramos adentro, las manos enlazadas erigieron un trébol de cuatro hojas... En ellas puso un rocío inmemorial el sueño y aligeró la noche sus tinieblas y se anudaron los destinos nuestros!

Nos unimos así, como se unen las sombras de los sueños... ¡Somos un alma hasta la hora última, hasta el fondo del tiempo!

Guillermo Saravi

los libros que él le recomendara y no encontraba el modo de agradecerse bastante. Comprendía que había hallado en él a un verdadero y simpático amigo.

Tal vez no llegarían a conocerse nunca, pero...

ANTONIO GREY



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

por encima de semejantes trivialidades...

"Mañana, se decía, le escribiré, le revelaré todo y sabré lo que piensa."

Pero cuando la mañana llegaba lo difería un día más, y salía en busca de mejor ropa, tratando de mejorar su aspecto exterior para hacerse más aceptable a los ojos de Carolina.

Día a día fué convenciéndose más de que no importaba nada su color, y que si un hombre y una mujer se aman...; si sus almas han sido hechas para comprenderse...

Entonces entró en una librería de cierta ciudad donde sucedió que la banda tocaba esa



El buen criterio es la materia prima insustituible para llegar a realizar una declaración correcta.

Siempre he tenido buena opinión de la declaración fácil, tendiente a suministrar informaciones sobre la existencia de bazas reales y ciertas; pero encuentro criticables las aperturas de juego a base de palos largos, descabezados, que no tienen utilidad sino a condición de ser triunfos. Saber pasar y esperar el desarrollo del remate para entonces intervenir o no es gran parte del éxito en jugadas aparentemente extraordinarias.

Supongamos una mano compuesta de:

Pique: K-8-3
Corazón: Q-J-9-8-6
Diamante: J-4
Trébol: Q-9-8

El jugador que la posee debe "saber pasar" porque su mano para adquirir valor efectivo necesita un complemento de juego que, seguramente, permitirá a su compañero (si es que lo tiene) intervenir activamente en el remate. Y en el caso que fueran los contrarios que contrataran y jugaran esa pequeña fuerza ignorada podrá dar lugar a sorpresas de las que posee el secreto.

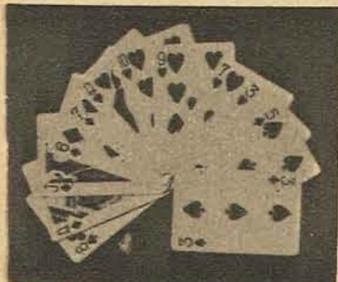
Si con el juego en cuestión combinando con la mano del compañero, que no ha podido hablar en el remate, no se consigue evitar que los contrarios ganen el "game", es casi evidente que toda maniobra de ataque durante la subasta hubiera sido de pésimo resultado.

Saber pasar con juegos relativamente pobres está al alcance y es propio de la mayoría de los jugadores: lo que resulta más difícil es hacerlo, en

su oportunidad, con una mano relativamente fuerte, después de llegar a la conclusión de que ello es lo que mejor conviene a nuestros intereses. Veamos un caso práctico.

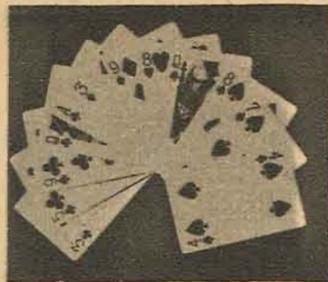
Oeste da las cartas y pasa. Norte lo imita. Este declara un "sin-triunfo". Sur posee una mano compuesta de:

Piques: A-Q
Corazones: Q-10-8
Diamantes: A-Q-J-9-8-7
Tréboles: K-Q



No hay duda alguna que habiendo pasado Oeste y Norte y declarando Este un "sin-triunfo", todas las cartas de valor que faltan en la mano de Sur se encuentran en poder del jugador que ha abierto el juego. ¿Cuál es la actitud que le corresponde asumir a Sur para obtener el mayor beneficio, y por qué? Razonemos.

Una declaración de dos "sin-triunfos" resulta peligrosísima, pues cualquier salida que no sea a pique, puede ser de resultados funestos, y con ella misma Sur perderá una baza. Sur debe tener presente que la mano de Norte es nula y no puede, por lo tanto, pretender

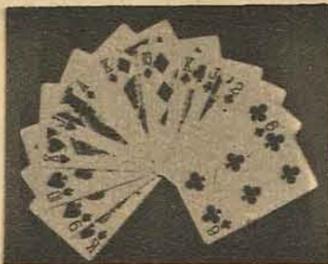


NORTE

Se juega sin triunfo. Sur tiene la mano. Norte y Sur hacen diez de las doce bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

SUR



ganar el "game" con esta actitud.

La declaración de los diamantes tampoco nos lleva a

gran cosa. Con grandes dificultades probablemente cumpliremos nuestro contrato con ese triunfo siempre que la salida nos sea favorable.

Un doble obligará a nuestro compañero (Norte) a declarar, pues es de presumir que no dejará que se haga efectivo ese doble suponiéndolo, con toda razón de carácter informativo. Esta estrategia debe también fallar, ya que no hay duda que la declaración de Norte tiene



que ser excesivamente forzada y los resultados serán peores que jugando la mano a diamante o dos "sin-triunfos".

La composición de las manos de Oeste, Norte y Este confirmarán nuestros temores en los tres casos expuestos. He las aquí:

Oeste

Pique: 7-6-5
Corazón: 9-7-6-2
Diamante: 6
Trébol: J-9-8-7-6

Norte

Pique: 9-4-3-2
Corazón: 5-4-3
Diamante: 4-3-2
Trébol: 5-4-3

Este

Pique: K-J-10-8
Corazón: A-K-J
Diamante: K-10-5
Trébol: A-10-2

Según el comentario de esta mano, y sin criterio existía, la mejor declaración que puede y debe hacer Sur es la aparentemente más difícil: "pasar". Sin contar con ayuda de su compañero, y por sus propios medios, Sur está obligado a suponer que Este no podrá cumplir su contrato. El beneficio existe, pues, desde el momento que Este ha abierto el remate si Sur sabe callar: si así no lo hace comete una falta que invierte los papeles.

Hago notar que todos los comentarios expuestos suponen un "score" de 0 a 0.

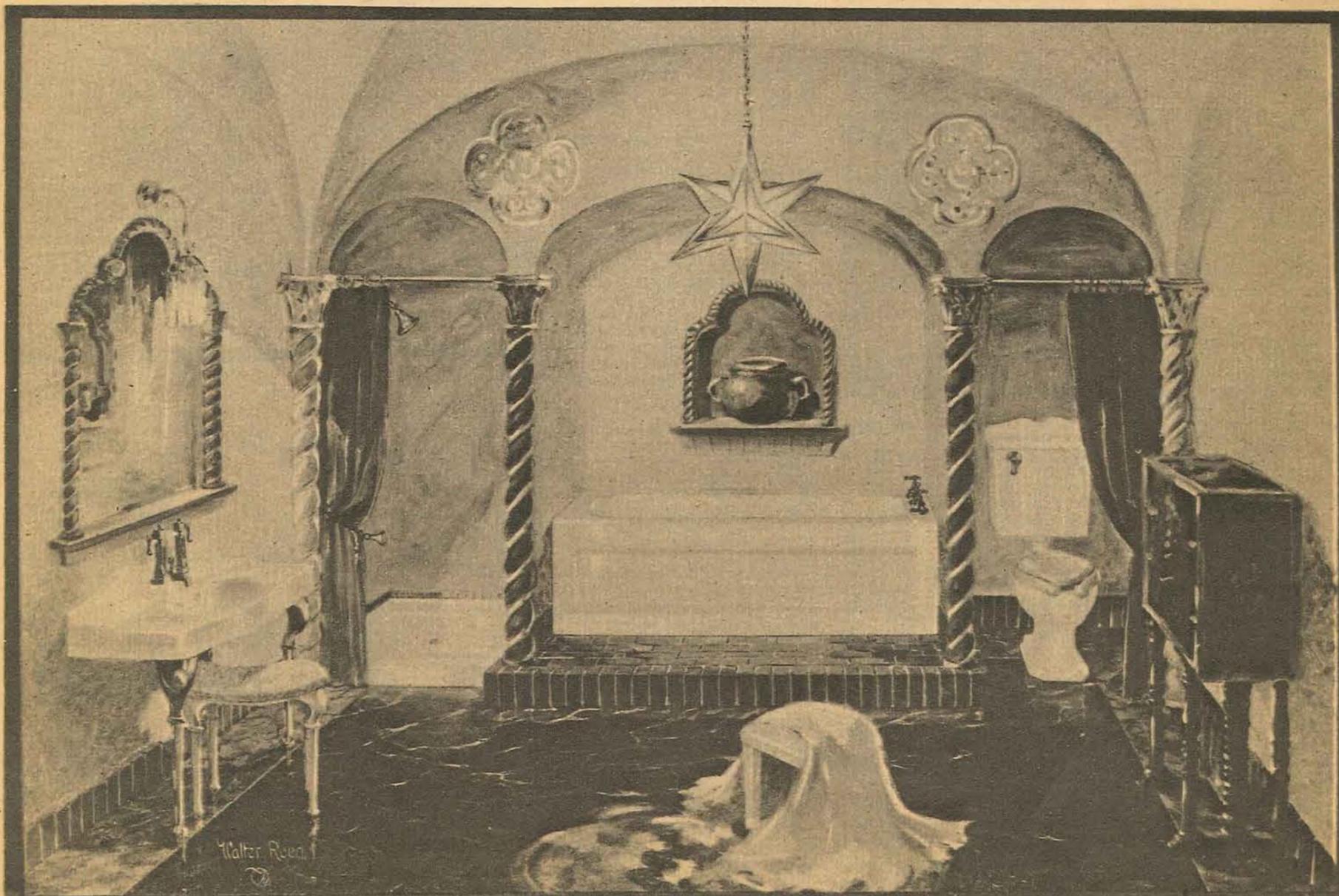
Cuanto dobles se esfuman con contrarios de recursos por no haber sabido "pasar" sin doblar con manos incapaces de afrontar situaciones nuevas.

En ciertos momentos del juego, el jugador que "pasa" es una incógnita: el que habla deja de serlo. Y en la defensa saber achicarse, para sorprender después, da más resultado que prevenir al contrario informándolo sobre su fuerza y capacidad, permitiendo así prepararse para afrontar una situación extraordinaria.

Si "saber pasar" es beneficioso en el Auction, es de imaginarse las utilidades que produce en el Plafond o contrato donde los contrarios vislumbran siempre contraer la obligación máxima que la hará ganar el "game" o el partido, exponiéndose a veces y contando en algo con la buena suerte.

Muchos son los jugadores que tienen que aprender a "saber pasar", que resulta más difícil, en ciertos momentos, que hablar. Buen criterio y dominio de sí mismo hacen aprovechar oportunidades que rinden el mayor beneficio.

LEON CASABAL



"Standard"

Standard Sanitary Mfg. Co.

EXPOSICIÓN PERMANENTE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.shira.com.ar



CON mano temblorosa Sikes colocó el enorme rubí sobre la mesa. Al resplandor de la luz eléctrica pareciera una mancha de sangre ardiente.

—Rojo carmín — murmuró Pedro el Tipógrafo con voz suave—. Sí; pertenece a la variedad más valiosa, aunque ni con eso alcanza a pagar el precio de un crimen, si es que ese fuera el resultado.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Sikes, cuyos ojos contemplaban con fascinación salvaje aquel trozo reluciente.

—Creo — sugirió el Tipógrafo — que sería más prudente doblar la página.

Con un gran esfuerzo de voluntad, Sikes parecía querer dominar aquella confusión nerviosa que poco a poco iba apoderándose de él. Se dirigió a la ventana y al levantar la cortina quedó de pronto inmóvil y rígido.

—¿Quién... quién es ése? — preguntó con una voz que más parecía un suspiro ahogado.

El Tipógrafo se levantó rápidamente. Un gesto de preocupación dibujábase en su frente. Miró hacia la noche tenebrosa, y tal era la niebla que se había acumulado en los últimos instantes, que apenas podía percibir, a unos pasos de distancia, el lóbrego espejo de las aguas del Támesis.

En el muelle, semejante a un fantasma, se veía sentado a un hombre, cuyo rostro aparecía como una mancha opaca en la oscuridad. Su actitud tenía algo de misterioso; constituían sus ropas unos trapos sucios hechos girones y una bufanda negra con motas amarillas que se anudaba en su garganta. Parecía dormir profundamente, sin embargo sus ojos completamente abiertos se mantenían fijos en las tinieblas con mirada fría, vaga e indiferente.

Haciendo sonar las argollas de metal, el Tipógrafo dejó caer súbitamente la cortina sobre la ventana.

—Hace como seis semanas, que todas las noches veo a ese hombre en ese mismo sitio — dijo —; debe ser uno de esos miserables despojos humanos que se sienten impulsados magnéticamente hacia las aguas del Támesis.

Al decir esto contempló la blancura del mantel que cubría

EL HOMBRE DEL MUELLE

HISTORIA DE UNA MALA JUGADA DEL DESTINO

POR
**ARTURO
SAVAGE**

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

la mesa, la rica comida servida y el buen vino blanco.

—¡Qué agradable es todo esto! ¿verdad? — agregó. Yo creo que lo que más me ha espantado en mi vida ha sido la pobreza.

Los labios de Sikes se contrajeron con un gesto despreciativo.

—¡Bah! Para mí es peor que un hombre trate de impresionarme. Eso solo basta para ponerme fuera de mí.

El Tipógrafo lo miró con repugnancia. A pesar de la utilidad que cada uno prestaba al otro, estos dos hombres se tenían muy poco aprecio y fuera de la complicidad no tenían nada en común.

Pedro el Tipógrafo poseía toda la apariencia de un niño frágil y delicado; su rostro carecía por completo de color, era en extremo lívido y una vena azulada lo atravesaba por sobre la barba.

A pesar de todo, era mucho menos desagradable que el de Sikes, que poseía una frente estrecha, un cutis áspero, unos labios gruesos y unos ojos pequeños como los de un cerdo, llenos siempre de malicia y suspicacia. Además de ladrón, Sikes era una persona de temperamento brutal y abyecto.

El Tipógrafo pertenecía a una categoría más elevada de criminales. Además de varias otras especialidades que había llevado a efecto con éxito, se había destacado principalmente como falsificador, y tanto él como Sikes, eran completamente enemigos de toda clase de violencias. Pedro el Tipógrafo volvió a llenar su vaso con el espumoso vino y lo saboreó lentamente, secándose luego los labios con la servilleta que tenía en la mano. Su sirviente no volvería esa noche, así es que los dos se encontraban completamente solos en el departamento.

Al Tipógrafo lo embargó desde ese instante una preocupación. Fuera de lo referente a la profesión, no sentía el menor aprecio por Sikes, y esa noche había advertido en él algo anormal que venía a robustecer esa idea. Sikes era medio loco; y un individuo de esa especie, resultaba un socio

ra? El tenía una escopeta y hubiera hecho fuego en cualquier momento. Yo no podía arriesgarme.

—Mejor hubiera sido eso, que no arriesgar después la cabeza — observó el Tipógrafo —; mucho me temo que hayas obrado torpemente Sikes, y no me agrada la gente así. Bueno; no vale la pena llorar por lo que no tiene remedio.

Con un encogimiento de hombros se puso de pie, tomó la magnífica piedra y la colocó temblando en la palma de la mano, como si hubiera sido una brasa ardiente.

—Suponte que alguien entrara y viera esto aquí — sugirió en voz baja.

Sikes recorrió con su mirada la habitación, observando la puerta cerrada y la pesada cortina que cubría la ventana.

—¡Oh! Por el momento no hay motivo de alarma — dijo

peligroso, tanto más sabiendo el interés con que Mellish el pesquisista, observaba todos sus actos.

El sentía un profundo respeto por Mellish, a quien consideraba un hombre dotado de mucha capacidad, y le horrorizaba la palabra "crimen". Sólo los locos como Sikes eran capaces de cometer algo semejante.

Poco a poco iba repasando en su mente todos los acontecimientos. Era él quien había sugerido la idea del robo y quien pagaba las informaciones y por eso estaba instruido en tantas cosas. Sikes al llevar a efecto su insinuación, lo había echado todo a perder. Solamente consiguió apoderarse de uno de los tres enormes rubíes "rojo carmín" pertenecientes a Sir Claudio Tyson y que éste guardaba bajo llave en aquella caja de seguridad tan anticuada. Sir Claudio poseía tres de estas valiosas piedras, y Sikes ni siquiera fué capaz de traer la mejor.

Para conseguir su objeto, Sikes había cometido un crimen y esa era la preocupación mayor de Pedro, que estaba, además, convencido de que Mellish o alguno de sus hombres tenían a su cargo la custodia de ese departamento, desde hacía un tiempo. En el momento menos pensado...

—¿Estás seguro de que lo mataste? — le preguntó de pronto Pedro. Sikes movió la cabeza.

—No, no estoy seguro. Sé que cayó de costado, porque oí el golpe de su cabeza contra el guardafuego de la chimenea. Luego, vi sangre en el suelo. El hombre era muy corpulento y pesado.

Sikes observó el rostro frío de su interlocutor, y con aire provocativo continuó:

—¿Y qué quieres que hicie-

Pedro, preguntando a continuación:— ¿Dime, Sikes, es éste tu primer crimen?

Sikes se volvió bruscamente, con la diestra levantada en actitud agresiva, pero luego la dejó caer ante la indiferencia de su compañero.

—No sigas provocándome — gimió, adelantándose unos pasos—. ¿No te das cuenta que ya no puedo más? ¡Uf!—añadió temblando—. No quiero tener que volver a cometer algo semejante.

El Tipógrafo frunció el entrecejo, caminó hacia la ventana y sacó de una caja un cigarrillo que armó, apretándolo bien entre sus dedos. Sikes lo miraba hacer pensando qué intenciones ocultaría aquella mente, esa mente tan despejada y calculadora que se destacaba siempre por su acierto. Las próximas palabras de Pedro lo hicieron estremecer.

—Tenemos que deshacernos de esta piedra — expresó Pedro—. Y viendo que Sikes se quedaba contemplándolo atontado, continuó:— No pretendo hacerla desaparecer según los



**LAVAR Y PLANCHAR
CON ELECTRICIDAD,
CONVIERTE EN PLACER
EL TRABAJO DOMESTICO**

¡VISITE NUESTRA EXPOSICIÓN!

medios acostumbrados, porque como te imaginas, las circunstancias en esta noche son diferentes y estoy seguro de que hasta el viejo Isaac Seedbohim pondría reparos en aceptarla si supiera que es producto de un crimen. Existe una enorme diferencia entre "eso" y la ambición artística de apropiarse de piedras valiosas. Uno puede llamarse arte puro, el otro es simplemente una brutalidad, en su forma más depravada y repugnante.

Pedro buscó su sombrero, se ató al cuello la bufanda y se dirigió hacia la puerta. En ese mismo momento Sikes corrió y lo tomó por un brazo, vociferando:

—¿Cuál es tu intención? ¿A dónde te diriges? ¿Vas a cumplir la promesa que hiciste?

Cuidadosamente como si temiera un peligroso contacto, Pedro logró librarse del apretón de aquellos dedos, diciéndole:

—Guarda eso en el bolsillo, y ven conmigo.

El rostro de Sikes se serenó, y sus labios se retorcieron en un gesto de comprensión.

—Vas a esconderlo ¿verdad? —murmuró.

Pedro asintió y se encaminó afuera a través de la bruma.

—Por ahora, amigo mío, esa es mi intención. Lo esconderemos, aunque sea por esta noche, pues resulta muy peligroso eso de poseer algo que está ligado a un crimen.

Sikes le dirigió una mirada salvaje. Este continuo hablar del crimen, le ponía los nervios de punta. Ya le bastaba con saber que era él quien había cometido tal cosa, sin necesidad de...

No terminó la frase, porque en ese momento enfrentaban el sitio donde se encontraba aquel vagabundo que parecía un fantasma. Pedro se agachó como para mirar mejor la cara del individuo, y al hacerlo lanzó un grito de sorpresa.

—Harold Winterly! — exclamó—. ¡Dios mío! ¿Será verdad?

Al oír estas palabras, el vagabundo se volvió de pronto y abrió los ojos, clavándolos en el rostro asombrado de Pedro.

—¡Vete al diablo! — refunfuñó—. ¡Te has equivocado, mi nombre es Otterham!

El Tipógrafo encendió un fósforo, y poniéndolo delante del rostro del hombre movió tristemente la cabeza.

—¡Oh, mi viejo!, no vale la pena que trates de engañarme. Comprendo que por tu orgullo no quieras, pero todos estamos predispuestos a caer y a cometer errores en la vida. Ven. Pedro se inclinó y tomó con suavidad el brazo del vagabundo.

—Basta de negarte — siguió diciendo —, tienes que venir con nosotros. ¡Oh! Insisto, ven.

El hombre podía apenas sostenerse por sí solo; su rostro era un despojo de lo que había sido. Pretendió desasirse del brazo de Pedro, pero éste lo agarró con más fuerza, al mismo tiempo que una amable expresión asomaba a su fisonomía.

—Vamos a ver ¿cuántos años hace que nos conocimos? —inquirió con aire de buen humor—. Deben ser por lo menos cinco o seis ¿verdad? Yo nunca me olvidé de las facciones, amigo Winterly, por eso te conocí en cuanto te vi.

Los ojos del vagabundo contemplaron aquella esbelta figura, tan bien vestida y elegante. Se dió cuenta en seguida que todo eso significaba buena comida, vinos, cama confortable, calefacción y una buena entrada. Si; tenía que haberlo confundido con otro. Y eso que lo había visto con buena luz. En fin, valía la pena aventurarse.

—Si, me parece que me acuerdo de ti — tartamudeó—. ¡Qué raro!, ¿no? Debe ser mi memoria que flaquea. En otro tiempo tuve muchos amigos, pero...

—Ya te comprendo y te interpreto, amigo mío, yo también pasé por eso, y tal vez por

eso mismo soy tan diferente de los demás. Para mí, un amigo es siempre un amigo, no importa que sea rico o pobre, duque o basurero. Así entiendo el verdadero espíritu de la amistad.

Sikes disimuló un gesto de fastidio. ¿A qué venían todas estas palabras? ¿Qué se proponía Pedro? Pensando de esta suerte caminó detrás de los dos hombres y junto con ellos penetró en la casa.

—Enciende el fuego, Sikes — ordenó Pedro —, y ve a ver si mi amigo tiene algo para comer y beber. Y a propósito, creo que arriba debo tener ropa adecuada para él.

Sikes se alejó de la habitación rezongando entre dientes. Cuando regresó, apercibió al vagabundo sentado en su sillón con la barba apoyada en el pecho y con una mirada extraña en sus ojos fijos.

—¿Qué sucede? — preguntó—. ¿Está muerto?

—No, está narcotizado — contestó secamente el Tipógrafo—. Y no te quedes allí con la boca abierta, ¡idiota! O crees que me voy a convertir en una institución de caridad sólo por amor al arte?

En la boca de Sikes volvió a aparecer el gesto de azoramiento.

—Dame el rubí — dijo Pedro.

Sikes lo sacó de su bolsillo, y se lo dió. El Tipógrafo se encaminó hacia donde estaba el vagabundo, y dando un brusco empujón a la silla lo hizo rodar pesadamente al suelo.

En ese momento, la piedad y la simpatía demostrada anteriormente por Pedro, habían desaparecido, dejando en su lugar una dureza fría y repugnante. Se arrojó junto al cuerpo inmóvil y le quitó el saco y el chaleco. Luego con una aguja y un hilo cosió allí la piedra, mientras que Sikes lo contemplaba con ojos atónitos, prefiriendo en esas circunstancias no hacer preguntas.

Una vez terminada la tarea, Pedro el Tipógrafo se puso de pie, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo, mientras que en sus ojos se reflejaba una sonrisa de satisfacción.

—¿Quieres ayudarme? — dijo después—. Es muy pesado. Sikes retrocedió espantado.

—¿Qué! ¿Por Dios! ¿Qué es lo que vamos a hacer ahora? — Pedro lo miró sorprendido.

—Dices que, ¿qué vamos a hacer? Bueno, ¿qué es lo que tú te imaginas que vamos a hacer? Y bien, querido Sikes, lo ayudaremos a sentarse nuevamente en su sitio en el muelle. ¿No crees que desde allí se ha de obtener una buena perspectiva del río?

Protestando en voz baja, Sikes levantó al vagabundo por los hombros, mientras Pedro lo sostenía por los pies. Con su cargamento a cuestas, los dos hombres volvieron a internarse entre la niebla hacia el lugar más solitario del muelle. Ningún sonido, ninguna alma viviente, interrumpía el silencio sombrío.

—Adiós, querido Winterly — dijo el Tipógrafo en voz baja—. ¿Que sueñes cosas agradables hasta que nos volvamos a ver!

De vuelta en su habitación y

Conjunto de niña en crepe de China imprimé



una vez que hubieron cerrado la puerta, Sikes se volvió furioso, tratando de averiguar algo más sobre la "buena ocurrencia" de Pedro, y éste, que se encontraba en un estado, no acostumbrado de amabilidad, se apresuró a decirle:

—Mira, ninguno de nosotros se hubiera encontrado en semejante situación, si no hubiera sido por tu torpeza que echó todo a perder. Un rubí — y tampoco el más grande — y un hombre asesinado en su dormitorio. ¡Oh! Es algo grave amigo mío, ¡demasiado grave! Debes darte cuenta del peligro que hubiéramos corrido si a alguien — por ejemplo, Mellish — se le hubiera ocurrido venir y presentarse en la puerta con una orden de arresto. Aunque el rubí estuviera en lugar seguro en la casa, la sospecha nos habría resultado intolerable. Mientras que así...

El Tipógrafo se sonrió a través del humo de su cigarrillo y siguió diciendo:

—Nuestro amigo Winterly o Smith, o como diablos se llame, cuando se despierte no será capaz de saber mucho. La droga que le administré le hará un efecto de estupefaciente, y se imaginará que todo lo sucedido fué un sueño. A causa de la niebla y de las vueltas que le hice dar antes de introducirlo en casa, no tendrá la menor idea de la dirección que le hicimos seguir. Como ves, siempre hay que ser muy prudente en asuntos de esta índole. Sikes sacudió su cabeza en señal de descontento.

—Será muy buena tu idea — exclamó —, y conste que no te digo mala, pero no me hace mucha gracia que aquel individuo ande rondando con el rubí. Imaginate que no volviera más y que llegáramos a perder para siempre su rastro.

La voz de Sikes tembló con horror ante la idea.

Pedro movió la cabeza.

—Esa posibilidad es muy remota. Yo he observado a ese hombre durante varias semanas, y durante todo ese tiempo no ha dejado de venir una sola vez a su sitio del muelle. En cuanto estemos en condiciones nos será muy fácil volverlo a recuperar.

Miró luego al reloj, y dijo:

—Ahora, mi querido amigo, ¿no crees que sería bueno que salieras en busca de algún periódico? Tal vez haya alguna noticia que nos interese.

El vagabundo volvió en sí sobresaltado. Abrió los ojos y miró a su alrededor con expresión estúpida. Echó una maldición y se puso súbitamente de pie.

—Debe haber sido un sueño — pensó —, ¿qué otra cosa podía ser? Había visto que alguien había venido y — ¡maldito sueño! Lo mejor era proceder a realizar lo que pensaba hace tanto tiempo. Acabar de una vez con todo, desaparecer para lo bueno como para lo malo, para siempre — y era ¡tan fácil de hacer!

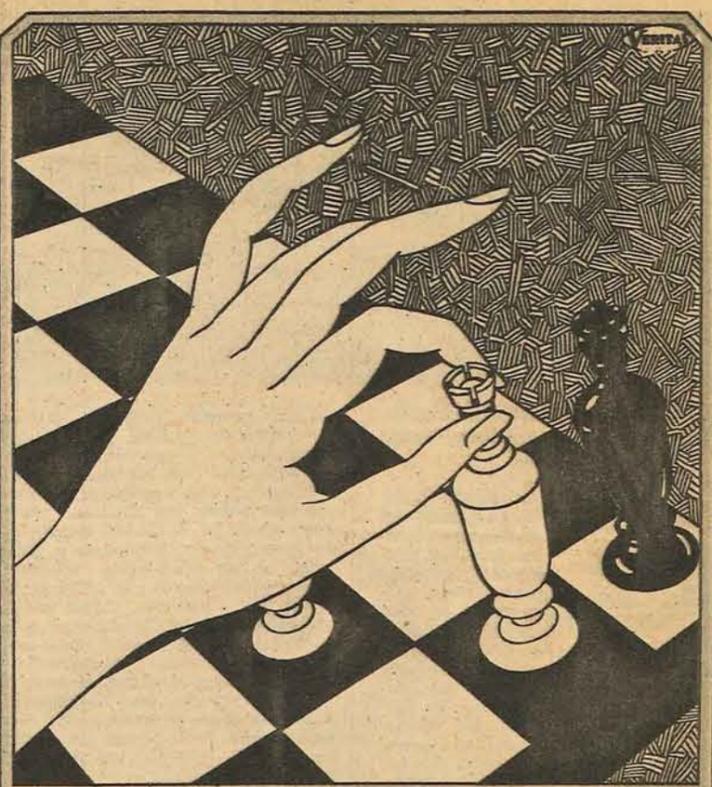
Al desplegar el periódico sobre la mesa, la expresión que adquirió el semblante de Sikes fué de viva sorpresa mientras leía:

ROBO AUDAZ DE UNA JOYA EN BATTERSEA

VALIOSA JOYA ROBADA A SIR CLAUDIO TYSON.—ESTE HA HECHO LA SIGUIENTE DECLARACION: "ME PARECE QUE EL LADRON, SE IMAGINO HABERME MUERTO, Y EN ESA CREENCIA HUYO HORRORIZADO"

—Eso no es todo — dijo Sikes con voz ronca—. También ha ofrecido una recompensa de mil libras por el rescate de dicha joya.

Con suma tranquilidad, Pedro el Tipógrafo se puso el sombrero y se encaminó por entre la niebla hacia el muelle. Pero cuando llegó al famoso sitio pudo observar con gran sorpresa que el lugar estaba vacío.



¡JAQUE AL REY!

Una vez más gana usted, gracias a su talento... y a sus manos, cuya blancura distrae a su contrincante.

En los juegos de la vida usted vencerá también con ayuda del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Por su pureza y su perfume inimitable es el que prefieren las manos distinguidas. Es un jabón exquisito, digno del cutis delicado de la mujer porteña. Deja libres los poros; suave y perfumada la piel.

Precio, \$ 0,70 m/n

en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías de la República.



PERFUMERÍA GAL MADRID

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. Buenos Aires.

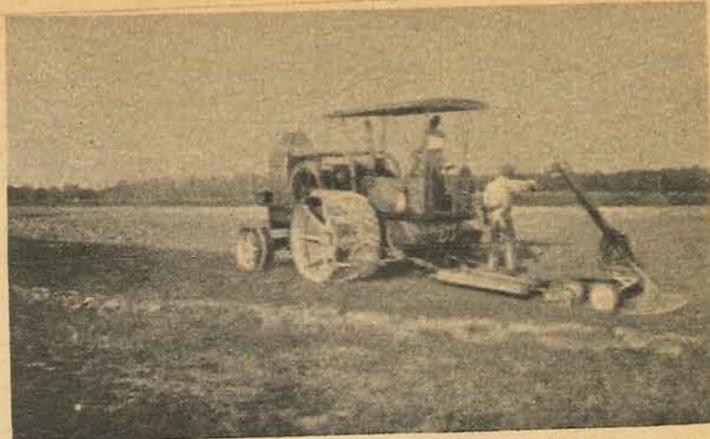
Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.

LOS PROBLEMAS AGRARIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

♦♦♦



Una máquina tractora arando el campo para sembrar luego arroz.



Siembra del arroz con una sembradora mecánica

Lo creciente interés suscitado en los Estados Unidos por los problemas agrarios no se refleja únicamente en las manifestaciones de opinión de los gremios más directamente vinculados con las industrias rurales o en las tendencias precisas de los distintos grupos políticos. Se expresa con igual claridad en la actividad de los hombres de estudio. Han aparecido, en efecto, no pocas obras que ofrecen desde este punto de vista aspectos interesantes. Son libros en que se resume la evolución de la vida agraria en los Estados Unidos, el progreso realizado y los conflictos provocados. Un libro de particular importancia bajo este aspecto es, sin duda, el de Whitney H. Shepardson, titulado "Agricultural education in the United States". Interesará, evidentemente, al lector argentino, por la repercusión que puede tener la solución de esos problemas de Norte América en nuestro país, esta obra hecha por un hombre de conocimientos profundos en la materia.

Los Estados Unidos, afirma el autor, empezaron siendo un pueblo característicamente agrícola. No sólo lo fueron, clásicamente, los primeros colonizadores que se establecieron en su territorio con "animus manendi", sino que lo siguió siendo en los primeros ciento cincuenta años de su vida independiente. En 1880 aun el 70,5 o/o de su población vivía en aldeas de menos de 2500 pobladores, y el movimiento hacia el Oeste, que no terminó sino en 1890, si bien fué determinado en parte por la búsqueda del oro en California, era debido principalmente al anhelo de una población esencialmente agrícola de expandirse en zonas todavía inexplotables, en las cuales la tierra resultaría de fácil adquisición.

Al efectuarse el censo de 1920, la situación había cambiado totalmente. Tan sólo el 49,3 o/o, prácticamente la mitad de la población de los Estados Unidos, vivía aún en aldeas de menos de 2500 habitantes, y de esa mitad, que correspondería a 55.000.000, tan sólo 30.000.000 se dedicaba a la agricultura; vale decir: un 28 o/o de la población total de una nación que había empezado por hacer del cultivo de la tierra su ocupación principal.

De entonces acá, la situación no ha hecho sino empeorar en este sentido. Aun cuando cada censo que se ha llevado a cabo en los Estados Unidos haya señalado siempre un decrecimiento de la población rural—que en 1820 componía el 87 o/o de la población y en 1910 sólo el 33 o/o—, desde 1890 hasta 1906 hubo en aquel país un aumento notable en la producción agrícola, gracias en parte a la riqueza de las tierras vírgenes recientemente explotadas, gracias sobre todo a los métodos más científicos del cultivo de la tierra y al uso de maquinarias. Pero desde 1906 en adelante ya no quedaron más tierras vírgenes para explotar y, a despecho de los progresos técnicos, la producción agrícola dejó de poder satisfacer integralmente las necesidades de la población siempre creciente de los Estados Unidos, que se iba acumulando en las grandes ciudades. Hoy la desproporción es tal que los Estados Unidos dependen del extranjero, especialmente de Canadá, América del Sur y Siberia, para satisfacerlas.

Del punto de vista sociológico, este alejamiento sistemático de la tierra, esta acumulación de gentes en las grandes ciudades

de las grandes ciudades puede importar un grave peligro de desvitalización para la raza, como señalaba recientemente Keyserling en sus recientes conferencias sobre los Estados Unidos, como ya lo había enunciado Spengler, refiriéndose a Europa, en su gran obra "El crepúsculo del Occidente". Del punto de vista político, tiene necesariamente que determinar para los Estados Unidos una actitud internacional, o expansionista o proteccionista, como ya está ocurriendo, con las consecuencias que presenciamos en estos días. Del punto de vista económico, interno, los peligros son obvios.

me extensión que la caracteriza.

Todo ese sistema, sin embargo, cuya historia Whitney H. Shepardson nos cuenta detalladamente, adolece, a su juicio, de un grave defecto, del cual en los últimos lustros toda la vida de los Estados Unidos ha adolecido y contra la cual se empieza allí a reaccionar en todos los campos: una excesiva especialización, una excesiva preocupación técnica que, perdiendo de vista los intereses generales de la ciencia abstracta, desinteresada, puede llevar, y lleva muy a menudo, al estancamiento, a la anquilosis mental.



Aspecto que durante el período de su florecencia, ofrece un aludional situado en el valle del río Gila, Estado de Arizona

Sin abordar esos tres aspectos y señalando apenas el último, Whitney H. Shepardson, en el libro que nos ocupa: "Agricultural Education in the United States", indica el remedio que, a su juicio, puede servir para contrarrestar la situación. Ese remedio no puede ser otro, según él, no sólo la intensificación, sino la elevación de la educación agrícola que se suministra en los Estados Unidos mediante las escuelas agrícolas rurales, las escuelas superiores de agronomía y veterinaria independientes o adyuntas a las grandes universidades, las estaciones experimentales dependientes del Ministerio de Agricultura o de los gobiernos estatales, y la obra de extensión que todas estas entidades realizan mediante cursos cortos en las zonas agrícolas, visitas a los agricultores, boletines, agentes establecidos en las diversas localidades, conferencias transmitidas por radio-telefonía, granjas modelos, organización de "clubs" agrícolas, etc.

Todo esto ya se viene haciendo desde muchos años atrás. Desde 1862, el Gobierno Federal había dispuesto hacer donaciones de tierras a los diversos Estados que se iban formando, o ya formados, para que los fondos que tales Estados obtuvieran mediante su venta fueran aplicados a la fundación de escuelas superiores de agricultura, en las cuales, "sin excluir otros estudios científicos o clásicos", los estudiantes se especializaran en las materias necesarias para dar a las tareas agrícolas una orientación científica y a quienes las ejercen el nivel cultural que corresponde a las profesiones liberales. Es lo que en los Estados Unidos se conoce con el nombre de ley Morrill y que, estimulando el celo de los diversos Estados, sirvió para elevar la enseñanza agrícola en aquel país al alto nivel que hoy tiene y a la en-

en agricultura", que muchas universidades confieren.

Nada de esto, sin embargo, dice Whitney H. Shepardson, puede resultar realmente ventajoso si aun esos mismos altos estudios se nutren en el callejón sin salida de la especialización absoluta, si no despiertan en los que los siguen el gusto por los problemas abstractos, por la búsqueda científica desinteresada. El descubrimiento de la telegrafía sin hilos, dice citando a otro autor, no vino de un hombre que se puso a estudiar los medios de perfeccionar los hilos telegráficos o los aparatos de transmisión. Los métodos modernos de la medicina

no provienen de los químicos que se hayan puesto a perfeccionar los viejos recursos de la terapéutica. El interés por los problemas generales de la física, en un caso, de la fisiología, en el otro, condujeron a los resultados que hoy palpamos. ¿Por qué no ha de ser lo mismo en la agricultura, la profesión de la cual todos dependemos, la actividad que, de mejorarse, puede asegurar a la humanidad una libertad y una seguridad tan grandes que cambiaría todos los aspectos de nuestra vida internacional y social?

Esta necesidad de despertar el gusto desinteresado por la ciencia, por la verdad, por el conocimiento íntimo de la realidad natural con la cual el agricultor está en contacto más que cualquier otro hombre, el autor del interesante libro que nos ocupa no cree que deba postergarse hasta los últimos grados de los estudios que conducen ya al doctorado. Es una

curiosidad, un estado de ánimo que hay que despertar desde las escuelas elementales, sin perjuicio de que ellas sigan siendo eminentemente prácticas. No todos los hombres, naturalmente, serán capaces de dejarse llevar por esa curiosidad desinteresada, de hacer de ella el motivo determinante de sus vidas. Pero el agricultor, especialmente durante el invierno, es el hombre que dispone de más tiempo libre. ¿Cuánto no podrían hacer hombres en quienes los problemas prácticos de la agricultura, de la ganadería, despertarían preocupaciones generales de orden científico y, aun con medios restringidos de investigación, se dedicaran a ellos?

La vida de Pasteur, dice Whitney H. Shepardson, es una respuesta a esta pregunta. Así como él, sin ser doctor en medicina, hizo mucho más por ésta que una legión de doctores, aun de los que ocupaban en su tiempo la cátedra universitaria, cabe esperar que el interés por la ciencia, despertado desde joven en la inteligencia de miles de hombres que se destinan a la profesión agrícola, provocara la aparición de muchos investigadores que en breve podrían renovar la profesión que hasta ayer fué la más rutinaria del mundo. De cualquier manera, concluye el libro, no hay que esperar todo de los profesores universitarios de agronomía y veterinaria, y sobre todo, hay que evitar que éstos, sobre quienes actualmente pesa toda la carga del deber de hacer adelantar científicamente esas actividades, se esterilicen en preocupaciones de orden exclusivamente prácticas. Hay que darles tiempo y medios para la investigación científica desinteresada, para entregarse a buscar la solución de los mil problemas, al parecer abstractos, que la climatología, la citología, la embriología, la fisiología vegetal o animal, etc., plantean a sus espíritus.

La lectura de esta obra no puede dejar de ser calurosamente recomendada en un país fundamentalmente dependiente de la tierra como es el nuestro. El ideal, en él invivito, de elevar culturalmente y socialmente la profesión agrícola, de crear el tipo del "gentleman farmer", que tan importante papel desempeñó en Inglaterra, debiera ser un ideal argentino. Cuando más no fuera para que cesara algún día la extraña anomalía de que un país esencialmente agrícola, como el nuestro, haya estado siempre dirigido por abogados, médicos e ingenieros (en los mejores casos) sin que la agricultura y los agricultores hayan ejercido directamente una acción decisiva, una acción de mando.

CREDITOS

ARTICULOS
PARA
HOMBRES, SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

ZABALA
ESMITREESMERALDA

EL SANTO ENTIERRO

POR JUAN VALLES Y PUJALS

BARCELONA, junio de 1923.
(Para LA NACION)



A costumbre de celebrar la "Procesión del Santo Entierro", el Jueves o el Viernes Santos, perdura en Cataluña y nada indica que mengüe o tienda a desaparecer. Son muchas las poblaciones que conservan tan piadosa tradición, revistiendo en algunas de ellas tal pompa y solemnidad, que el paso de la procesión constituye un verdadero acontecimiento que no sólo congrega a todo el pueblo, sino que atrae las gentes de la comarca y hasta llama a los forasteros de puntos bien lejanos.

Cada una de estas procesiones tiene algo típico y característico, propio de la población que la celebra. Pero en su aspecto general todas son parecidas, imprimiéndoles un sello especial el hecho de celebrarse por la noche.

Asistamos a una de ellas. Las estrechas calles de la población están repletas de público, colocado en hileras de sillas y bancos que se extienden a uno y otro lado. Los balcones de todas las casas están colgados de paños negros y tienen colocados faroles de cristal, dentro de los que alumbran velas de cera. Mientras se está esperando a que la procesión aparezca por el extremo de la calle, los jóvenes transitan de un lado para otro, viéndose a las chicas que tocadas con su mantilla aparecen en las aceras o en los portales, y los forasteros en vistosos grupos recorren la ciudad y comentan lo que les llama la atención.

De pronto, los metálicos sonos de las trompetas anuncian que la procesión se acerca; prodúcese un gran revuelo, precursor del recogimiento que seguirá después, y se divisan a lo lejos los guiones y las banderas, que son la vanguardia del cortejo. Desfilan éstas llevando el emblema de Roma, S. P. Q. R., y, a seguida, los trompeteros sirven como de batidores a una brillante compañía de soldados romanos, con coraza y lanza, con atavío que recuerda el de las famosas legiones del Pueblo-Rey. Es éste uno de los números más efectistas de la procesión. Marchan marcando un paso lento, pesado, casi arrastrando los pies, y dando fuertes golpes con la lanza en el suelo. Va a su frente un capitán, con lueda barba, alto y fornido, que de vez en cuando se vuelve de cara a sus soldados y anda unos pasos caminando de espaldas. Cuando la procesión llega a una plazoleta y al desfilarse por delante de alguno de los edificios públicos en que se congregan las personalidades notables de la población, la cohorte de soldados romanos "baila", como dice el pueblo. El "baile" consiste en realizar una serie de figuras, de avances y retrocesos, de vueltas y evoluciones, alzando de vez en cuando los escudos y las lanzas, bajo la experta dirección del capitán... Mientras esto se realiza toda la procesión está detenida. Entonces el desfile de los devotos asistentes a

la procesión, vestidos de negra túnica, llamada "vesta", con larga cola, que se arrastra por el suelo. En primer lugar van los que llevan destocada la cabeza; después siguen los encapuchados, que llevan un alto cono cubierto de paño negro que tapa toda la cabeza y la cara, con sólo dos pequeños agujeros coincidentes con los ojos.

Intercalados con los fieles van los Pasos o Misterios, que rememoran los pasajes más notables de la Pasión del Señor. Sobre altos tabernáculos, que avanzan conducidos por hombres que se esconden bajo los paños que cubren su base, aparece la agrupación de figuras que constituye el Paso. "La Oración del Huerto", "Los Azotes", "La Coronación de Espinas", "Jesús ante Pilatos", "El Ecce-Homo", "El Camino del Calvario", "La Verónica"... Las figuras son tallas de madera, de tamaño natural, y algunas constituyen notables obras de arte. El Señor, que aparece en todas ellas, demuestra claramente, con las expresiones de su rostro, los sentimientos y sufrimientos de cada ocasión. Los sayones—que lo prenden, que lo azotan, que lo escoltan, que le coronan—reflejan en sus caras toda la maldad y el rebajamiento con que la humanidad creyente ha visto a los deicidas.

Por el centro del cortejo, y entre uno y otro Paso, desfilan los asistentes más devotos, los que concurren a la procesión con ánimo penitente y de sacrificio. Unos ostentan los atributos de la Pasión del Señor: la columna, la lanza, los tres clavos, la toalla de la Verónica... Y los llevan en forma que cause cansancio por el peso o por la posición que han de adoptar. El que muestra el recuerdo del lavamanos de Pilatos lleva el jarro constantemente en alto, como si vertiera el agua sobre el receptáculo. Otros llevan sobre sus espaldas pesadas cruces de madera, y arrastran gruesas cadenas que les penden de la cintura, llegando a tener cuatro y cinco metros, y causándoles al andar una fatiga extraordinaria. No pocos de estos últimos van con los pies completamente desnudos, cumpliendo así votos o promesas que han hecho durante el año para sanar de una enfermedad, para librarse de algún peligro, para no tener que ir de soldado a Marruecos... La imaginación popular hace muchas cábalas y comentarios para averiguar quiénes son estos penitentes, y todos los años cree adivinar, por la configuración de los pies, que algunos de ellos son mujeres.

Terminado este largo desfile aparece el Santo Cristo. Es el momento culminante de la procesión. La imagen que se venera en uno de los altares de la parroquia, grande, hermosa, expresiva, es llevada en alto por un hombre joven, vestido con la negra túnica, que apoya el pie de la cruz en una bolsa de cuero que lleva ceñida sobre el pecho y que aguanta el sacro madero por su parte baja, con las dos manos, ha de realizar un prodigio de fuerza y de equilibrio para lograr que el Cristo Santo vaya avanzando pausadamente, majestuosamente, por entre aquella multitud que, de rodillas, fija sus ojos en el rostro pálido y ensangrentado del Mártir del Gólgota.

Es tan extenuante el abaje de llevar la Santa Imagen, que los portantes se han de ir relevando continuamente. Todos ellos forman una asociación, de plazas limitadas, en la que no es muy fácil entrar, que cada año, por sorteo, designa al portante mayor, que es el que lleva la imagen en los dos momentos solemnes de salir y reingresar en la iglesia y que es el que durante el desfile de la procesión preside el Cuerpo de Portantes, que forma como guardia de honor delante del Cristo Santo. Un último Paso o Misterio

cierra la procesión: el del Santo Sepulcro. Una hermosa talla de Cristo yacente, de tamaño natural, aparece dentro de una vitrina de cristal, en cuyos cuatro ángulos están sentados otros tantos ángeles llorando.

Alrededor de medianoche, la procesión, después de haber desfilado por las calles señaladas, ingresa en la iglesia. Es algo que no todos los que quisieran pueden presenciar, porque con gran anticipación el templo se halla ya repleto de fieles. Todos los que han formado en el cortejo van ocupando las graderías y el pres-

biterio, sin apagar velas y hachones. Y así, en medio de aquella multitud apretujada, dominando sobre aquella ascua de luz, hace su entrada triunfal el Santo Cristo, que atravesando todo el templo, va a colocarse en el punto más alto, como si nuevamente se alzara sobre el calvario... Las notas del severo Miserere, entonadas por nutrido coro, resuenan entonces por las bóvedas de la iglesia, y pocos son los que pueden reprimir el efecto de la emoción y evitar que unas lágrimas salten de sus ojos.

Después, a uno le cuesta con-

ciliar el sueño. Todo lo que ha visto y oído se le reproduce... Los encapuchados, las cadenas y los pies descalzos, las caras feroces de los sayones, los numerosos rostros del Señor, siempre lacerados y llorosos... Y los cánticos, y las trompetas, y los golpes de lanzas de los soldados, y las notas del Miserere...

Y los padres recuerdan a sus hijos los días de su niñez, pareciéndoles que entonces era más lucida y más devota la procesión, y los jóvenes ya hacen cábalas y comentarios sobre cómo será la procesión el año siguiente.



Y siguen... y siguen...

esos golpes penetrantes en el cerebro, producidos por el

DOLOR DE CABEZA

y seguirán hasta la desesperación, si no se recurre a los

CACHETS FUCUS

que hacen desaparecer cualquier DOLOR DE CABEZA, OIDOS y MUELAS sin inconvenientes para el corazón, estómago o riñones, pues su fórmula compensada durante sus veinte años así lo ha comprobado en millares y millares de personas.

Recetados en GRIPPE, NEURALGIAS y RESFRIOS

Tenga CACHETS FUCUS en su casa

Caja de 1 sello \$ 0.20
.. 10 sellos .. 1.50



En las Farmacias



En la Academia "Colarossi"
La hora del estudio



LA TERRAZA DEL CAFE "DU DOME"



En el café de "La Rotonde"
La hora del ajenjo



NA chica criolla, muy romántica, esto es, de las pocas rezagadas en días como estos, de andar con el lápiz en la oreja para saber lo que debe hacerse, al llegar a París, nos dijo:

—¿Adónde está Montparnasse? ¡Tengo tal deseo de verlo!

Parecería que había cruzado el Atlántico sólo para ver, con sus ojos, en carne y hueso a Montparnasse; y no deja tal vez de ser exacta dicha presunción. Como cada cual va recogiendo lo que más le acomoda en cada una de las ferias a que asiste, aunque sea con solo la imaginación, y como no dejan de actuar las sugestiones del que pregona, vamos todos según van las cocineras con su red cargando, cargando, en la inteligencia de que nos llevamos lo mejor. Ciertamente las cocineras, hoy día, no es de esto de lo que más se ocupan.

En cuanto a mí, como vivo al margen de la vida, voy interesándome más bien en las líneas dominantes que en los detalles, y de ahí, que, cuando pienso en Montparnasse veo los grandes cuatro cafés: La Rotonde, Le Dôme, La Coupole y La grande Chaumière, con sus numerosas mesitas en la vereda, ocupadas casi todas en la tarde y en la noche por una variedad de tipos tal, que no sabría decir qué nacionalidad triunfa si se sometiese a todos ellos a plebiscito.

Ahí, en el cruce del bulevar Montparnasse y el Raspail, tres de ellos en las esquinas y La Coupole un poco más a un lado, sobre el primero de los antedichos bulevares, están los cuatro comercios asomados a la calle, a la manera que se asomaban las "muchachas" antiguamente al balcón, esperando ver y ser vistas, sacando el mayor partido posible de miradas y de imanes.

No son muchos los tertulianos que podrían seguir viviendo, a cerrarse esos cuatro grandes cafés, pues han hecho de sus cenáculos y charlas familiares su plan de vida, y también su mayor finalidad, la más estimable, quizá, y se comprende.

En medio de las excitaciones trepidantes de esta vida parisina compleja, tan compleja e intensa, se requiere tomar contacto con algo más estable que ese doble rollo de "film" y de música ruidosa, que canturrea áspera mientras se desarrolla el "film". En la mesita ubicada en el rincón habitual, se encuentran como en familia los tertulianos, y se comunican sus inquietudes, sus congojas y esperanzas, formando una especie de hogar íntimo, por más barulento que sea, como lo es generalmente un hogar así, de café. Pero, ese propio tumulto a que se ha ido haciendo cada sensorio, por la frecuentación, resulta tónico, y hace olvidar las cuitas que cada cual lleva por dentro de su alma, según se lleva

la cartera en el bolsillo. Es de tal suerte que se explica la impaciencia con que se aguarda "la hora", siempre ritual, nunca tanto como la de la despedida, la cual se aplazaría indefinidamente si no estuvieran ahí los empleados, dando vueltas para dejar ver que tienen, ellos también, ganado su derecho al descanso.

Salen mohinos, cruzándose los amigos sus últimas frases, y al tomar cada cual la dirección de su vivienda, todavía se dan vuelta para lanzarse algún complemento, que es de preparación para la reunión siguiente o simplemente de nostálgico cariño.

Que hay una poesía por dentro de ese fárrago de almas, que, si se las pudiese ver resultarían tan diversas como las siluetas y las indumentarias, nadie puede dudarlo. Cada cual lleva su aporte cómico, junto al drama que es la vida, la misma que va rozando lo trágico apenas se descuide, lo propio que le ocurre al que va por el alambre flojo con su balancín; que dicha poesía es tan interesante como cualquiera otra, cuando se la puede penetrar y comprender en su esencialidad, tampoco es a dudar: es lo humano, y, por ende, el mismo poema que interesa e interesa a todos los observadores de todos los tiempos, no porque sea más intenso de interés que los demás de la naturaleza, sino porque es nuestro, es el poema del hombre.

Y se hace cada vez más interesante este asunto así que se advierte que el problema individual ha salido de la cáscara personal-egoísta, y que se afirma en lirismos: todos, o casi todos por lo menos, llevan su llama de ambición gloriosa en su alma, esa misma que vemos recubierta a veces con ropas pobres y cabelleras desgreñadas. Esto es lo hermoso de este barrio, y de los demás parisinos, y acaso sea esto lo que explica el poder de atracción que ejerce París sobre la mayoría de sus visitantes.

En esos emjambres humanos casi ridiculizados y ridículos quizá, a veces, a causa de aquella preocupación, la misma que explica la despreocupación del exterior, hay montañas de lirismo, y si uno pudiese hacer encuestas, se vería que hay un fondo tal de optimismo aun en el alma humana, capaz de asombrar a los escépticos y pesimistas más convencidos, y capaz también de conmovir a los recalcitrantes, esos que piensan que la vida es simplemente una operación de aritmética, casi siempre la famosa "regla de tres".

Digase lo que se quiera, es esto, ese fuego interior lo que embellece la vida y la eleva del promedio biológico donde las

quijadas hacen el mayor gasto de la actividad animal.
Las compañeras, si las hay, que las hay muy a menudo y que hasta se las debe considerar indispensables, y a bendecir, van formando en los grupos como camaradas. Ya no hay cumplimientos especiales para con ellas, sólo se las trata con el atildamiento que imponen sus maneras finas, encantadoras; pero intervienen en todos los asuntos, en las discusiones, en la aclaración de las dudas, en la exclusión de las vacilaciones, y quedan consagradas como hadas benéficas en dichos cenáculos. Nada es más hermoso ni respetable que esas mujercitas, compañeras de los estudiosos, cuando asumen su papel tutelar en medio de una pobreza franciscana, y con un fervor tal que miran los rulos de sus amantes como miran los fanáticos creyentes a los santos con sus aureolas.

Mientras desfilan automóviles y camiones por la calzada; mientras circulan por las veredas todas las razas humanas, rozando las mesitas, hay un asunto en el centro de cada rueda cenacular, y no menos cierto es que se deja columbrar el asunto que también llevan los viandantes, bien que hagan cuanto puedan para demostrar su despreocupación.

Lo que forma la teatralidad del drama humano y sus caídas a lo cómico es eso, justamente, el afán de no mostrar lo que anda por dentro.

Se baila, y mientras se bambolean los danzarines, sonrientes, amables, decididos o taciturnos, bien claro se ve que apenas alguien, que inspirase alguna confianza, les pidiese confidencias, al abrir sus almas se vería que hay cuitas, ansias, anhelos, ambiciones a veces torturadoras, y más a menudo dolores que alegrías. No obstante, eso no se ve ni puede verse antes de haber ido escurriendo por detrás de la visión de la retina, y bien por dentro. Así es que el que no tenga la paciencia requerida para ir perforando y descubriendo las capas interiores, supone que Montparnasse es pura alegría radiosa, y no poco barullenta, cuando en realidad es un esfuerzo de consecución en el que los porcentajes triunfales espantan, por su exigüidad; lo demás es algarabía despistante, matracas que se hacen sonar para dar una ilusión de tonicidad en medio de las congojas enervantes.

MONTPARNASSE

POR
PEDRO FIGARI

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1929.

No caeré por cierto en la necesidad de hablar de tales impresiones a aquella chica criolla que viene a París para ver a Montparnasse, en la falsa inteligencia de que es un paraíso. Conviene que los jóvenes no vean demasiado pronto lo que hay por dentro de los paraísos, para que no se desanimen y pierdan los entusiasmos líricos, que, esos sí, son lo que más de paradisiaco hay en la lucha y en la vida; pero, no es malo tampoco el ir comprendiendo que las verdaderas satisfacciones están por dentro de los grandes esfuerzos y dolores, y que, también ahí, está el supremo galardón, no en los dominios del cascabeleo. Conviene ir vislumbrando lo que hay de cierto en la vida, para que la sorpresa no sea tan ruda y nos desarme.

A fuerza de observar y de sufrir he ido comprendiendo lo que hay de respetable en ese devaneo constante, en el cual se debaten los hombres para alcanzar su cuota de aporte a la demanda perenne de renovación, que es la vida; y, quizá, muchos de los que quedan definitivamente en la penumbra hicieron el suyo, precioso, sin que quede constancia alguna al respecto, como no sea en el alma del cenáculo y en el de la compañera, cuya voz más dispuesta y empeñosa por hacerse escuchar, más que la otra casi siempre, es menos atendida.

Es hermoso asimismo y muy aleccionador este aspecto trágico de la vida intensa, fruto en gran parte de los vicios de organización social, de los desvíos ideológicos, de los errores de orientación, puesto que deja ver todo el caudal de optimismos irreducibles que se agitan en el alma humana, a pesar de todo; pero, lo sería mucho más si se pudiese advertir un propósito de ajuste entre el esfuerzo y la obra, de modo que quedase reducido el porcentaje de los rotundos fracasos. Eso agigantaría la fe en el esfuerzo, y el monto de recompensas en satisfacciones y provechos.

Muy cierto es que la vida es lucha, es dolor pues, pero esto mismo nos señala como mejor el ordenamiento juicioso de la misma, para que no sea tan desconsiderablemente grande la cifra de los vencidos, y tan desconsideradamente exigua la de los electos.

Allá, en nuestra América, habrán de tomarse medidas de sabia previsión y de razonado ordenamiento, si no quiere repetirse por la imitación inconsulta este cuadro trágico de la gran urbe parisina, la ciudad arquetipo, la "ville lumière" que, con ir a la cabeza de la civilización, paga aún un enorme tributo a los errores del pasado. No nos dejemos cegar, como la chica de que hablé, por las apariencias de alegría que zigzaguea por encima del tumulto, con la misma inconsistencia con que nos ocultan sus penas los viandantes. Es bello el ver estos estoicismos, pero, mejor sería, por sabio y práctico, fructuoso y promisor, el ver que este drama va por buen cauce a su desenlace, y no que porfía, testarudamente, queriendo llevar a buen término sueños arbitrarios.

Ha tiempo un crítico de arte, destacado intelectual, me decía que Cocteau, de quien es amigo, proclama que sin mensaje poético una obra de arte pierde su esencialidad. Que estos últimos quince años, de experimentaciones técnicas, han llegado a dicha conclusión.

La importancia de dicho testimonio no puede ponerse en duda, pues por fuera del extraordinario talento de ese electo de vanguardia en la mentalidad francesa, nos lo subraya como expresión de conjunto de los audaces y beneméritos revolucionarios que intentaron un renovamiento de las artes languidecientes, en su mismo corazón. Para un americano que ha venido de tiempo atrás haciendo la misma proclama, todo esto le permite ver que desde allá, lejos, puede observarse con más libertad y despejo, y con más acierto, si se quiere mirar, mirar para ver, no para imitar.

Esto mismo lo irá viendo la chica criolla así que frecuente Montparnasse, y llevará este precioso mensaje y esta enseñanza a América.

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

SI BUSCA USTED

una buena colocación para sus economías, abra su cuenta en el Banco "El Ahorro". Abona el 8 o/o de interés anual, y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden ser retirados en cualquier momento. Opera desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.

EN EUROPA



Después de regresar de la victoriosa expedición de Peary al Polo, Lord Northcliffe me invitó a ir a Inglaterra como huésped suyo, invitación que no pude aceptar porque Peary había obtenido ya licencia para dirigirse al extranjero, y yo había prometido acompañarlo. El famoso explorador había recibido muchas invitaciones, para conferirle honores y medallas de parte de los presidentes de las grandes sociedades geográficas europeas y comprendió que era el momento de entablar relaciones personales con ellos. En consecuencia, expresé a Lord Northcliffe mi agradecimiento por su invitación y mi sentimiento por no poder aceptarla, dado que creía de mi deber acompañar a mi jefe. No agregué algo más que pensaba y era que quería demostrar a la gente que Peary seguía siendo mi mejor amigo, por más que la prensa había hecho lo posible por distanciarnos.

Partimos el 22 de abril. Era cosa muy grata sentirse en el barco nada más que pasajero; sentarse donde le venía a uno en gana y estar libre de responsabilidades respecto de la cuestión del timonel, quien, en cuanto a mí, podía describir círculos con el vapor si se le antojaba. Lástima que no nos sirviese muy a menudo sopa de bacalao, que se hace hirviendo el bacalao con rebanadas de pan bañándolo en grasa caliente de cerdo.

"A más lluvia, más descanso", reza un viejo proverbio de Terranova; no obstante, a la sazón no llovía y con todo yo disfrutaba de descanso suficiente para varios años, es decir, hasta que llegase a Europa. Entonces sí que tuve trabajo.

Lo primero que hicimos fué ir a Londres. El rey Eduardo VII había fallecido en aquella semana, así es que hubo que suspenderse muchas de las fiestas organizadas en honor de Peary, en lo cual fuimos afortunados.

En el Royal Albert Memorial Hall le fué otorgada a Peary la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica, por el presidente Darwin, hijo del gran Carlos Darwin. Yo debía seguirle en tal honor, pues la Real Sociedad Geográfica había tenido la generosidad de conferirme su medalla de plata, una copia de la de Peary. La otorgada a éste era una especialmente diseñada para celebrar el descubrimiento del Polo; la conferida a mí, una salida del mismo cuño. El dibujo era obra de lady Scott, la esposa del capitán Scott, que falleció durante su viaje de regreso del Polo Sur.

Hallándose la corte iglesia de duelo y teniendo los Peary compromisos urgentes que cumplir al otro lado del Canal, lo atravesaron, con rumbo al Continente. Yo permanecí en Londres, pues quería presenciar los funerales de un rey. Un inglés bondadoso me consiguió un buen asiento en el balcón de un club. Sentado allí, en un banco lujoso, vi pasar el imponente cortejo. En él desfilaron Roosevelt, el Kaiser y el rey Alfonso, de España, centenares de apuestos oficiales y millares de espléndidos soldados; pero me parece que lo que más me impresionó fué un perrito castaño que trotaba debajo del féretro, acompañándolo. Había sido favorito del Rey, y entre toda la inmensa procesión él era la única criatura que parecía pensar en el difunto monarca más que en el gentío que lo contemplaba.

Los funerales me abatieron. Cerré mi valija y crucé el Canal, con rumbo a París. Con sorpresa y decepción pude ver que la atmósfera de duelo parecía allí más densa que en Londres, pero yo no me cuidé

EL DIARIO DE NAVEGACION DE UN LOBO DE MAR



LA VUELTA DE PEARY

de ello. Llevaba una carta de presentación de un amigo para una señora, una linda muchacha, que me tomó a su cargo durante mi estada allí. Conoció París como un libro. Me llevó a la iglesia de La Magdalena, a las galerías de arte, al palacio de Versalles. Hasta subí a Montmartre, para echar una ojeada a la vida divertida; pero debí ser un "seco" empedernido, porque no bebí, y no obstante, aquellos días podían haber sido de locura para mí. Mi acompañante tampoco bebía; sin embargo, ella estaba alegre y yo también, porque éramos felices. Pasé toda la noche arriba y vi salir el sol sobre París. Fuí al Maxim y vi danzar a las bailarinas en el proscenio. Me parece que se llamaban Margot y Joujou. "¡Si algunos de nuestros auxiliares del Polo, como Inughitog e Itukershuk, hubiesen podido ver fuegos artificiales"... pensaba yo.

Me divertí cuanto pude. Tenía ante mí compromisos que no me atrevía a romper. Finalmente, seguí adelante en dirección a Roma a reunirme con los Peary. En camino, me detuve un día a echar un vistazo a Venecia.

Hallé a los Peary en el Hotel Continental. Creo que sentí algo semejante a lo que siente un esquimal al ver a sus amigos tras un prolongado invierno. Di rienda suelta a mi júbilo, encantado de estar de nuevo con ellos, pues desde hacía tiempo eran como mi familia. Lo primero que me preguntaron fué:

—¿Dónde está la valija, Bob?

Fatal pregunta. Me sentí cohibido como un chico que ha hecho la rabona.

¡Qué me ahorcasen si no me había embarcado olvidando la valija! Mientras ellos me creían todavía en Londres, yo me había largado a París—porque no había razón que me lo impidiera—y olvidado la única cosa que suponían que debería haber traído. No tenía más disculpas que las que tendría un pez al que sorprendieran volando.

Creo que la bienvenida que

POR EL CAPITAN ROBERT A. BARTLETT

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

tributó Roma a Peary, fué una de las más grandes celebraciones que jamás hiciera la vieja ciudad. El alcalde Natan presidió el banquete cívico. Tres años antes había sido anfitrión de otro que se ofreciera al explorador con motivo de su expedición de 1906; así es que saludé al explorador como a su "antiguo camarada".

Después de ocho o diez "oraciones", Peary quedó en libertad en Roma, la Ciudad Eterna. Los latinos son gente muy sentimental y hacen sentir a sus héroes que lo son. Ningún pueblo de la tierra lo habría hecho mejor.

La culminación de los agasajos fué el almuerzo que nos dió el Rey. Hasta mi último día recordaré esa comida, si me atrevo a darle nombre tan vulgar. En la grandeza de los invitados, en el esplendor de la sala, en lo perfecto del servicio y en la hospitalidad del Rey, me fué dado ver la forma más exquisita de las atenciones sociales. Almorzamos en un comedor especial del Quirinal. Era un salón de altas ventanas y hermosos frescos. Pesadas colgaduras y tapices cubrían las puertas y revestían las ventanas. Enfrente y debajo de nosotros se alzaba el Foro romano. Confusamente, a distancia, se podía oír el rumor de la gran ciudad.

Había veintiocho comensales, a quienes oí llamar la flor de su profesión, la crema de la diplomacia y otras lindezas; pero, si en realidad hubo algo que mereciese llamarse la flor de su atavío, eran las orquídeas. Por supuesto que el Rey presidía la mesa. A su derecha e izquierda tenía a los principales diplomáticos, a los sabios más ilustres y a la aristocracia del país. Hermosas damas alternaban con los caballeros. Frente a cada asiento había vajilla de cristal cor-

uniforme y servían admirablemente. He visto a los "Life Guards" relevarse en la Torre de Londres; a bordo de los transatlánticos, el rápido, silencioso y perfecto relevo de guardias; pero jamás vi hombres mejor adiestrados, ni servicio más rápido que el que presencié en el comedor del Rey. Tan admirado estaba de la manera como esos servidores, sin el menor ruido, ponían los platos y los retiraban, que dejaba de comer por mirarlos.

Era mi vecina una linda señora, la esposa del embajador de Inglaterra, me parece. Impresionaba como una nave a velas desplegadas, por su porte majestuoso, pero era afaible. Fué tan gentil, discreta y amable para conmigo como si yo, en vez de marino, fuese miembro de su aristocracia. Me hizo muchas preguntas; pero siempre que la informaba acerca de algo, tenía respuestas igualmente interesantes.

—¿Se casan los esquimales por amor?—me preguntaba.

—No. El hombre se casa para tener una costurera a sus órdenes; la mujer para tener carne que comer.

Movió graciosamente la cabeza:

—Así hacemos nosotros. Sólo que la costura reviste formas sociales y la carne tiene aspecto de golosina. ¿Se habituó usted a la vida dura, capitán?

—Sí. Nosotros los de Terranova, podemos habituarnos a todo.

Eché una ojeada en torno de la mesa, asestando una mirada a uno de los comensales, y suspiró:

—Creo que eso nos pasa también a nosotros—dijo en alta voz.

Por un momento creí que había cometido un desacierto y tanto me preocupé en averiguar qué podía haber dicho de malo, que me atraganté con el pescado.

—Señal de remordimiento—apuntó ella—advirtiéndolo. No sabía que los marinos tuvieran conciencia. ¿La tienen?

—Ciertamente—repuse poniéndome encarnado como un cabrestante rojo—. De no, ha-

¿Se ve su rostro mas viejo que sus hombros?



La razón es sencilla. Los hombros casi siempre están protegidos en tanto que la cara está expuesta al frío, a la lluvia y a la humedad, que roban al cutis sus aceites naturales y lo hacen envejecer.

Proteja usted su cara, su cuello, sus brazos y manos, usando a diario Crema Hinds. Usela también como base para el polvo. Solo así logrará conservar su cutis blanco, fresco y juvenil.

Todas las buenas tiendas venden Crema Hinds en botellas de dos tamaños. El mayor es el más económico.



CREMA HINDS

ce años que habríamos descubierto el Polo Norte.

Ella captó en seguida mi intención y se rió. Me confortó un tanto ver a una dama de rango, exteriorizar su alegría así en circunstancias tan ceremoniosas; me dió ánimo y me hizo disfrutar de la reunión. Nuestra dama tenía el cabello más hermoso que jamás haya visto. Ella se preocupaba de lo poco que yo comía. Hasta hoy puedo recordar el perfume que usaba, y que creo que era una de las causas del hipnotismo que me dominaba. Todo ello, la presencia del Rey, el servicio admirable y aquella hermosa dama constituyen para mí un recuerdo que atesoro como el mejor entre todos.

Aquel día tuve oportunidad de conocer al Rey y al Duque de los Abruzzos. Interesábame, en especial, el primero, por lo poco que parecía saber la gente de él. Era una persona tranquila y retraída, de no muy grande estatura; creo que me llegaba al hombro, pero de mentalidad vigorosa y de aun más fuerte espiritualidad, que me dió la impresión de un estudioso. Sus preguntas eran moderadas pero de largo alcance y eran tales, que yo podía entenderlas perfectamente. Me interrogó acerca de la industria pesquera de Terranova y de los obstáculos que el hielo oponía a la navegación en los alrededores del Polo. Demostró, con otras preguntas, comprender perfectamente todo el sentido de mis respuestas. Tan pronto como agotábamos un punto, pasaba rápidamente y sin esfuerzo a otro. Su información parecía extraordinaria. Debí haber leído desde su infancia. Me interesa esta clase de hombres. Son una prueba de que en un mundo lleno de gentes precipitadas e inquietas, hay algunos espíritus serenos que se sientan a meditar acerca del mejor partido a tomar para el progreso de la humanidad. Así me impresionó el rey de Italia. Hasta entonces no había imaginado a los reyes sino como maniqués sobrecargados de oropeles, tales como se les ve en los libros de cuentos para niños.

El Duque de los Abruzzos era el polo opuesto. Era un tipo de hombre alto y fornido, con el acento y las maneras y los rasgos firmes de un caballero inglés. Desde luego, era también persona culta, pues sus preguntas y su pronta percepción de mis palabras demostraban sus vastos conocimientos; pero no me dió la impresión de un hombre de estudios. Estaba en el cenit de su vida, y a la sazón era más un vigoroso oficial de mar, interesado en arrastrar hombres a grandes hazañas, que en encerrarse en una biblioteca a elaborar teorías. Era también un navegante, como lo pregonaba su manera de pararse, con los pies separados y el cuerpo inclinado algo hacia adelante. Se asemejaba mucho al atleta que decían que era. Naturalmente, se interesaba en Peary y en mí por haber acaudillado la expedición italiana, que tomó como base a Spitzberg y batió el "record" de la aproximación al Polo, pocos años antes que nosotros. Su libro era una hermosa obra, y así se lo dije:

—Gracias, capitán Bartlett —me contestó—. Y usted, ¿escribe mucho? —añadió, aludiendo a mi obra literaria.

—Escribo a mi madre con frecuencia—le respondí.

Al punto puso su mano en mi hombro, exclamando: —¡Eso está muy bien!

Ciertamente, le fui simpático. Le pregunté si pensaba regresar al Norte. El movió la cabeza:

—No, creo que ya estoy muy viejo para eso—respondió.

—Pero si apenas tiene 43 años, señor!—prorrumpí, olvidando que hablaba con un duque.

El volvió a mover la cabeza, sonriendo, de manera tan amistosa que me di cuenta en el acto:

—Para mí es admirable su magnífica obra en el Polo, señor. Nosotros, los de Terranova, nacemos y nos criamos en el hielo y a bordo de los barcos, y, no obstante, nos parece dura la exploración ártica. Sólo los más resistentes podemos soportarla. Y usted...

Sentí que me metía en honduras, y creo que en mi turbación hasta me sonrojé un poco. El asintió, con aire algo meditabundo.

—Comprendo, capitán—dijo—y le agradezco su amable cumplido.

La foja de servicios de la Guerra Mundial del duque me da la razón. A pesar de su edad, en él había aún muy valiosas energías.

Poco después de ese día encantador me embarqué para la patria. Peary tenía aún mucho camino que andar, y yo no me sentía con fuerzas para alternar con más aristocracias. Además, mis recuerdos iban escaseando.

Por otra parte, tenía aferrado a la mente un proyecto. Debía volver a mi país y empezar a realizarlo.

♦ ♦ ♦

No es posible anclar un barco a mitad del camino. Igual me ocurría a mí después de la expedición al Polo Norte. Me poseía demasiado la fiebre de la exploración para abandonar ésta.

En 1906 Peary estaba muy optimista. Nuestro barco estaba anclado a la orilla del Mar Polar, donde lo precisábamos y disponíamos de esquimales, perros y provisiones en abundancia.

Un día, en el Roosevelt, en el invierno de 1905, Peary me dijo:

—Capitán Bob, si nos lo permiten, esta primavera nos encaramos con el Polo Sur.

En 1909 el asunto volvió a ponerse sobre el tapete. Peary, al cabo, se había salido con la suya. Entonces parecía una posibilidad el proyecto tan acariciado por él, de plantar la bandera norteamericana en los dos ejes del globo.

Era mi gran oportunidad. Nunca creí que Peary quisiera ir en persona. Le vi deseoso de prestar su tiempo y su energía, sin regateos, a la organización de la expedición. Indudablemente, su genio de explorador ártico estaría siempre a nuestra disposición, pero en su corazón abrigaba el deseo de vernos triunfar a nosotros, así como él había triunfado, y, probablemente, sin las tribulaciones que él había sufrido. Yo tendría el comando. Por primera vez en mi vida iba a realizar una cosa grande y a asumir la dirección de una empresa. Tal es "el orgullo anterior a un fracaso".

Abriqué mi ensueño hasta el otoño de 1909, pero apenas estalló la polémica sobre el descubrimiento del Polo, Peary comprendió que la tormenta de maledicencias acumulada sobre él y sus compañeros impediría a todos el llevar adelante los proyectos antárticos. Fué una amarga decepción, pero no había remedio.

En el plan que Peary había bosquejado, estaba resuelto que empezaría su jira de conferencias a raíz de su vuelta del Polo, jira que le proporcionaría fondos para costear la expedición y sería una prédica del evangelio del éxito en el Antártico, en igual forma en que se hizo para el Artico.

—Conozco al general Hubbard y al resto de su gente, y sé que querían ayudarnos—decía entusiastamente—luego que hayamos acabado de limpiar los asuntos del Norte.

Fué una de las tragedias imprevistas de la vida de Peary el que no pudiese, en absoluto, dar esas conferencias. Por

consejo de personas mal informadas, canceló su contrato con la excelente administración de la oficina del viejo Pond, celebrándolo con otra oficina que en breve liquidó. Sufrió el primer golpe del tremendo fracaso al dirigirse a Providence a dar una conferencia inicial, y encontrar desierto y sin luz el salón en que debía realizarse.

La agencia había olvidado hacerlo arreglar! La jira de conferencias no llegó a efectuarse. La fortuna que aguardaba al descubridor del Polo Sur no logró coronarlo. En consecuencia, la ayuda financiera y moral que hubiera respaldado mi expedición antártica se opuso a la corriente de prejuicios que amenazaba a Peary.

El resto es historia, en su mayor parte, y constituye una especie de culminación opuesta a mis historietas. Amundsen llegó al Polo Sur en 1911. Scott también triunfó y murió.

No queda mucho por decir. Cuando supimos que Amundsen había triunfado, mis velas se desinflaron; y al saber la tragedia de Scott, comprendimos que el público se opondría por el momento a cualquier otra empresa antártica.

El nuevo plan que forjé para comandar una expedición propia fué atravesar la región inexplorada de la cuenca polar septentrional. Como tenía que ganarme la vida, no podía perder tiempo en rodeos; pero, zumbándome en la cabeza el moscardón de la exploración, me era imposible regresar a la rutina de la navegación mercante y sentirme feliz.

Al regresar de Europa, me fui a ver a Herbert Bridgman a su oficina de la "Standard Union", de Brooklyn. Recuerdo que fué en agosto, por el calor y porque entre la mañana y la noche, tuve que cambiarme tres cuellos. De ordinario, no me mudo tantos, pero aquel día quería estar lo mejor presentable. Tenía entre manos un asunto gordo, y, sin rodeos, se lo expuse a Mr. Bridgman:

—Quiero navegar a través del Mar Polar—le dije.

—¿Quiere usted decir que va a seguir las huellas del "Fram"?—me preguntó, midiéndome con sus ojillos grises.

—Sí, señor. Creo que si penetramos en los hielos algo más al Este, podremos definir la cuenca polar. La "Jeannette" fué demasiado al Oeste, y por eso la despedazaron los hielos y pereció la mayoría de sus tripulantes, ¿no se acuerda usted?

—Me acuerdo perfectamente—dijo meditativamente. De repente alzó los ojos:

—Bueno, ¿y qué se propone usted hacer al respecto?

—Ya tengo algo adelantado, señor—le respondí—. He empeñado 90.000 pesos para mi expedición.

—¿Y cuánto necesita?

—Trescientos mil, señor.

Lanzó un silbido de sorpresa.

—Es una bonita suma. ¿Qué piensa hacer en seguida?

Le respondí que estaba paralizado en calma chicha. Había avanzado hasta el punto en que me hallaba, y no parecía ir más allá. En el preciso instante una persona de su oficina interrumpió, diciendo:

—Entre paréntesis, Mr. Bridgman, ¿sabe usted que James Gordon Bennet está de regreso?

Como al fulgor de un relámpago, vi la ruta a seguir, y me dije para mi colete: "¡éste es mi hombre!".

Mr. Bridgman se contoneó en su sillón giratorio, y con expresión pícaro me dijo:

—Le ofrezco 5 pesos, capitán Bartlett, si logra ver a Mr. Bennet.

No podría decir si fué por la burla o por el reto; lo que sí sé es que me di cuenta en aquel punto y hora que tenía que entrevistarme con el céle-

bre millonario o romperme la crisma en la demanda.

Y lo conseguí, no sin antes vencer interminables penurias, pues el Comodoro no era francamente accesible. La entrevista se inició secamente:

—Buen día, Comodoro—le dije en la puerta.

Me lanzó una mirada dura:

—¿Quién es usted?

—Soy Roberto Bartlett, y vengo a verlo, señor.

—¿Para qué?—profirió.

—Se lo diré si me permite que me sienta a su lado y le hable unos cuantos minutos.

Me parece que conocía bastante a los hombres para darse cuenta de que yo no era un periodista ni un perito financiero. Tras breves minutos de titubeo, se encogió de hombros y dijo:

—Bueno. Venga.

Se volvió y yo le seguí. Mi corazón me golpeaba el pecho; por fin había ganado la partida, al menos en haber logrado hallarme en presencia del importante hombre!

En su seguimiento, llegué a un patio, en donde había una mesa. Yo estaba pronto para la prueba. Llevaba en el bolsillo una carta del Mar Polar que mostraba la zona desde Alaska, a lo largo de Siberia y la cuenca polar debajo del Polo. La saqué y la extendí sobre la mesa, diciendo:

—Usted conoce esto tan bien como yo, señor.

El me miró inquisitivamente. Proseguí:

—Usted proveyó los fondos para la expedición de la "Jeannette", señor. Fué una gran expedición, aunque costó muchas vidas.

El Comodoro pareció interesarse más. No creo que sean muchos los que sepan hoy cuánto dinero invirtió en auxiliar a las viudas y huérfanos de la malaventurada "Jeannette".

Proseguí con la mayor rapidez. Durante tantos días habían hervido las ideas en mi cerebro, que brotaban a chorros, ahora que podían hallar salida.

—Bien, bien—exclamó el Comodoro, interesándose cada vez más, mientras yo hablaba. Empecé a "aguijar a la brisa".

—Es una de las grandes empresas por llevar a cabo en el Artico—continuó—, es el último proyecto geográfico de importancia en el mundo actual.

No quiero repetir aquí cuanto dije allí; pero, indudablemente, me desempeñé bien. Fui elocuente, porque sabía de lo que hablaba, y comprendí que interesaba verdaderamente al hombre a quien hablaba. De pronto alzó la cara y dijo:

—¿Conoce usted a Peary?

El Comodoro me encontró en facha.

—Ciertamente que sí, señor. Yo fui capitán del Roosevelt. Regresé con Peary en 1898.

—¿Qué tipo de hombre es?

—Uno de los más grandes hombres que han existido, señor.

Se inclinó hacia mí por encima de la mesa, y me dijo:

—¿Lo dice usted porque comandó su barco o porque lo piensa así en realidad?

—Lo digo porque me consta, señor.

Entonces me dejé llevar por un impulso. Me aproximé al

Comodoro, y, allegando mi cara a la de él, le dije:

—Señor, ¿sabe usted que hay gente que habla de usted llamándole "viejo bribón"?

Fué un milagro que no ordenara a su lacayo que me echara en aquel instante. Pero no movió ni un solo músculo de su cara. Y debo decir que la cosa le hizo gracia.

—¿Y por qué menciona eso? El gato estaba fuera del saco, pero yo no retrocedí.

—Porque, Comodoro, me parece que usted ha atacado a Peary sin conocerlo realmente. De no haber venido yo esta mañana a su casa y sentido su hospitalidad y comprensión, y haberme convencido de su generosidad, habría creído lo que dice la gente de usted.

El entendió mi punto de vista. Su rostro se coloreó de nuevo, demostrando verdadera emoción. Las puertas de su espíritu se abrieron.

—Creo que tiene razón, capitán—dijo inmediatamente.

Y de algún modo me di cuenta que lo sentía.

El instante de silencio que siguió fué el climax de mi visita. Ya me sentía libre de tensión nerviosa y aprensión. Me sentía aliviado. La frialdad y desconfianza rayana en la arrogancia del anciano, se habían disipado. No éramos ya sino dos hombres que contemplábamos cara a cara un problema de interés mutuo. No había ya rico ni pobre, viejo ni joven, patrón ni dependiente, sino hombre y hombre.

El me invitó a sentarme a su lado, y empezó a hablar. Su voz había perdido algo de su fuerza y sonaba a cansancio.

—Quisiera poder ayudarlo, capitán Bartlett. Quisiera ser joven y aventurarme en esa empresa y verlo al frente de ella, pero ya no soy joven.

Hizo una pausa.

—Lo siento, señor—repuse, un tanto cohibido por su franqueza.

—A mi edad nadie sabe lo que ocurrirá mañana.

Hizo otra pausa y movió la cabeza:

—No, capitán Bartlett. No puedo hacerlo.

Se levantó y yo lo imité. Con sorpresa de mi parte, advertí que no me sentía decepcionado. Era tan lógico el punto de vista del anciano, que yo no podía alegar que había frustrado mis esperanzas por puro gusto.

Al estrecharme la mano, me dijo:

—¿No querría darme una narración para "The Herald"?

De regreso a Nueva York, un corresponsal de "The Herald", el finado Mr. Jennings, me llamó urgentemente. Empecé a contarle los detalles de mi plan. El me detuvo en el acto.

—No, capitán Bartlett. Ya conozco toda esa historia. Me la contó el Comodoro Bennett.

Así es que, al parecer, había devuelto mi plan a su punto de partida en mejores condiciones que lo llevé.

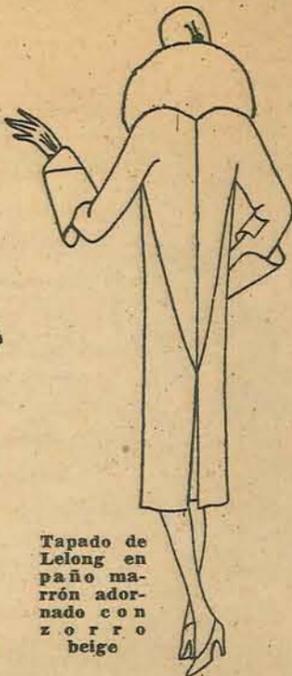
La guerra mundial mató el proyecto, y hasta me hizo olvidar el cobrar a Mr. Bridgman los 5 pesos de la apuesta. Así acabaron mis sueños de organizar mi propia expedición a las regiones polares.

Enlozado
TRES CORONAS
EL QUE MAS DURA HERMOSO
RESISTENTE PERFECTO



Modelo de sport de Lelong con sweater y echarpe haciendo juego

Modelo de Lelong en crêpe de Chine imprimé, en marrón y beige

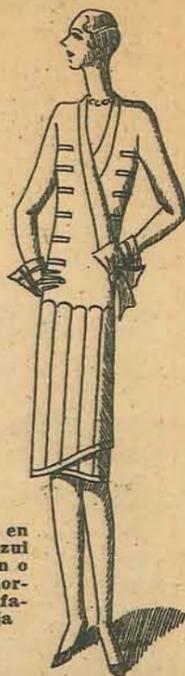


Tapado de Lelong en paño marrón adornado con zorro beige

Modelo de tapado de noche de Lelong, de corte complicado, en lamé dorado y satén azul, con cuello de arminio de Iteb



Modelo en lana azul marino con adornos en faya roja



Modelo de noche de Lelong en tul blanco

LA MANERA DE VESTIR EN UN INTERIOR MODERNO

YA que el modernismo en la decoración ha dejado de ser un experimento para convertirse en realidad aceptada por la vida actual, puede surgir una interrogante sobre la manera que conviene vestirse para no desentonar en el nuevo ambiente. La respuesta es sencilla. En ese interior inspirado por la época presente, de muebles bajos, cuadros angulares y luces difusas, deben llevarse los últimos modelos, ya que también es "último" el ambiente con el que deben armonizar. La silueta de hoy no desafina con el espíritu moderno; hay varios puntos de partida comunes a la decoración y a la moda que hacen lógica su unión. Sean cuales fueran los excesos o las limitaciones del arte nuevo, es ante todo original.

No imitamos ningún estilo, hemos dejado a un lado los precedentes históricos. Se aprecia lo nuevo únicamente. Este afán candoroso es lo que hace convincente al arte moderno, pues se esfuerza en consolidar un arte que sea la expresión fiel de la época especial en que vivimos. Este esfuerzo se señala tanto en las artes prácticas y aplicadas como decorativas. ¿Cómo definir este mundo moderno, fuente de inspiración de todo nuestro arte actual? En principio es una época de utilitarismo por las conveniencias que confiere y no a causa del modernismo en sí. La nueva decoración que subraya la sencillez, la economía del espacio, la uniformidad, el adorno sobrio, la estabilidad y las masas definidas se ajusta al espíritu utilitario de la época. Con-

POR LUCIEN LELONG

sideremos que a la época de la guerra sucedió un periodo de inquietud y de agitación. Todo el arte sufrió los efectos de la reacción; tuvimos diseños desequilibrados, líneas borrosas, el esfuerzo de la generación joven para volcar su energía nerviosa aprisionada. Hoy han pasado estas expresiones rudimentarias. El artista interpreta en vez de desfigurar todo lo que lo rodea, y al infiltrar sus propios puntos de vista, nos ofrece un arte nue-

vo, vigoroso y estimulante. La calma ha vuelto de nuevo, la sociedad se ha tranquilizado y el artista se ha compenetrado forzosamente de este nuevo ambiente.

Entramos en un periodo de equilibrio, de estabilidad y de naturalidad en el arte y en el vivir. Ha cambiado, por lo tanto, la perspectiva artística; la distinción es la clave de la época moderna. En el vestir, la distinción se nota en la manera de llevar el traje.

La aristocracia moderna es la aristocracia del buen gusto, y es este un poder que no caduca fácilmente. Creo que en el arte del

vestir como en todo lo demás persistirá el mismo espíritu, y que por más que se altere la silueta y el detalle, se insistirá sobre el principio fundamental de la línea. La unidad y la sencillez estudiada triunfarán sobre lo complejo y los detalles superficiales, y este ideal prevalecerá juntamente con el interior moderno.

En una palabra: la elegante a la moda seguirá usando modelos que respondan espiritualmente a la modalidad y al concepto del amueblamiento moderno, mientras persistan en las paredes los cuadros que un día se llamaron "excéntricos".

EL COLOR Y LA ELEGANCIA

Por JOSEPH PAQUIN

NO es posible sentar reglas definidas para elegir un guardarropa, pero he elegido entre mis modelos algunos que pueden llenar todas las necesidades de quien desea estar bien vestida en todos los momentos del día. Comienzo por un traje sastre en lana gris de un tono suave y en una tela flexible. Este es un modelo práctico que tendrá mil ocasiones para usarse y que puede llamarse necesario. La blusa puede ser en crêpe de chine blanca o en un tono que haga juego con el traje, usándose indistintamente dentro o fuera de la falda. Con este traje se lleva una piel de zorro. Mi segundo modelo, o mejor dicho, el de la elegante cuyo guardarropa preparo, es un tapado de sport en una lana de fantasía muy suave. Para quien

haga excursiones en automóvil, viaje en tren o tome parte en cualquier clase de sport o sea simple espectadora, este tapado es indispensable. El que este tipo de tapado sea tan elegante sin perder ninguna de sus características prácticas es uno de los grandes éxitos de "la costoure" moderna. Al elegirlo se tendrá cuidado de que la tela sea de aquellas que no se arrugan con facilidad y que resista al polvo. Dos modelos de tarde, de los cuales uno en "imprimé", se hacen también necesarios. El "imprimé" se usa muchísimo, pero si se prefiere, se elegirá un crêpe de chine liso. El otro modelo de tarde es en georgette, una tela muy práctica; el color rojo está muy de moda, pero naturalmente, esto depende de lo que siente individualmente.

Completamos el todo con dos vestidos de noche, uno en mouseline de soie "imprimé", muy aparente para comidas y fiestas, tanto en las casas como en los restaurants o casinos; el otro podrá ser en chiffon liso o en algunas de las sedas que se usan, como satén, tafetas, etc.

En la selección de trajes lo importante es tener en cuenta el tipo propio y elegir aquellos que subraye lo mejor de cada cual y algo de la personalidad propia. Es bueno formarse una idea exacta de cómo quedaremos con el conjunto que deseamos elegir y no dejarnos arrastrar por la moda ni por la afición a un color o un modelo, sino por la impresión justa de lo que conviene.

El color ayuda mucho a realzar las mejores cualidades personales. Hay quienes mantienen sólo con este estudio la reputación de elegantes. Cuando están seguras de que les sienta mucho un cierto tono, lo emplean casi exclusivamente para el conjunto o para uno de sus motivos principales. Pueden combinarse dos o tres colores armónicos de manera de romper con la monotonía y al mismo tiempo se simplifica el problema del traje, dando la impresión de estar siempre bien vestida. Conviene este plan a los accesorios que resultan convenientes para varios vestidos, de manera que todo se soluciona con un mínimo de gastos y de trabajo.

PARIS
FABRICA DE CALZADO
DE MALLA MUY FINA Y MUY TUPIDA

HE AQUI LA RAZON= de porqué las mujeres prefieren las Medias París

Son hermosas y están tejidas con finísimas hebras, entrelazadas en forma muy compacta, para impedir transparente la piel de la pierna—

son de calidad extraordinaria: sobreviven numerosos lavados y el desgaste intenso que le provocan las aficionadas al baile y paseos pedestres—

aparentan ser siempre nuevas y jamás pierden su tonalidad de moda.—

y por último, ¡son tan económicas en su costo!

Talón en punta, medio talón y talón cuadrado, con y sin cucilla.

En seda natural con sello de garantía y otros tipos.

En venta en: CASA ARGENTINA SCHERRER Suipacha 161 - CIUDAD DE MEXICO, Florida y Sarmiento - PARADA & CIA. Corrientes 802 y Av. de Mayo 699, y en muchas otras buenas casas del ramo.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Distribuidores al por mayor: LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273 Buenos Aires. STAUDT & Co. S. A. C. — B. de Irigoyen 330



LOS ÚLTIMOS PEINADOS DE MANUEL DE PARIS

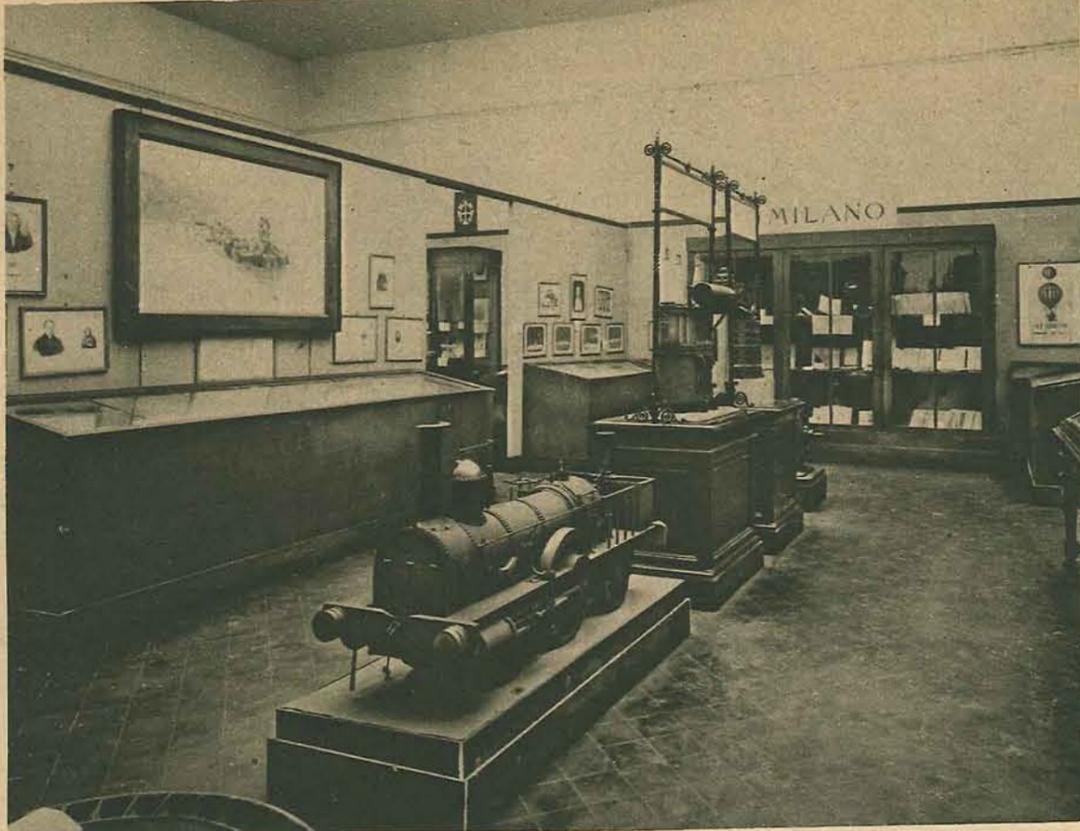


Máquina pneumática de un cilindro, expuesta en la sala de Florencia



UNA minuciosa visita hecha a la Exposición de Historia de la Ciencia, recientemente inaugurada en Florencia, me permite añadir detalles interesantes a las noticias comunicadas por telégrafo con ocasión de la inauguración del ya citado certamen. Este ha sido acogido muy favorablemente por el público y por la prensa, causando la admiración y la sorpresa de los periodistas extranjeros que en estos días la visitan en caravanas con este objeto organizadas. Diré en seguida que la exposición merece, desde luego, el éxito con que ha sido acogida. Si una objeción puede hacerse, es que ha reunido y expuesto en ella demasiado material, y si algo hay que deplorar, es que a fines de octubre, cuando se cierre la exposición, todo este material quedará de nuevo desperdigado, reintegrándose a los gabinetes ministeriales, a los museos y a las bibliotecas universitarias, que provisionalmente lo cedieron, y el resto a las casas de los coleccionistas particulares que aceptaron desprenderse de estos objetos por algunos meses. Espontáneamente viene a nosotros la idea de cuán bello y útil sería el que el material de que hablamos, o por lo menos la parte más importante, fuese reunido en una especie de museo permanente, que documentase el secular, y hasta alguna vez ignorado, esfuerzo de Italia por el mayor progreso mundial científico e industrial.

La exposición ha quedado instalada en el llamado "parterre" florentino: un jardín público en el que existen algunos locales destinados generalmente a exposiciones de arte. Consta de seis o siete pabellones, algunos organizados por los Ministerios de Marina, de Obras Públicas, de Guerra y de Transportes, y otros en donde se ha reunido cuanto enviaron las universidades y los particulares. Naturalmente, el interés del certamen es de varios órdenes, y esto contribuye a explicar en cierto modo el gran éxito obtenido. Hay una parte de mera curiosidad, que atrae la atención más que nada del público inculto. Y otra parte, quizá menos vistosa, que reúne cuanto tiene un mayor interés científico. Los verdaderos descubrimientos, los inventos de gran valor doctrinal, se encuentran documentados al lado de las aplicaciones industriales. Y probablemente el público se divierte mucho más contemplando cómodamente el último modelo de aeroplano militar construido por la Fiat y escuchando las explicaciones que sobre él le dan, que no siguiendo en los manuscritos de Leonardo los primeros estudios sobre el vuelo de los pájaros. La cajita de la radio que sirvió a los naufragos del dirigible Italia mandado por Nobile conmueve más que los manuscritos de Galvani, donde



La sala de Milán, en la Exposición de Historia de la Ciencia

UNA EXPOSICION DE HISTORIA DE LA CIENCIA

se leen las primeras y dudosas observaciones sobre la electricidad animal. Era inevitable que así sucediera. Una exposición únicamente de carácter técnico hubiese resultado indescifrable para la mayor parte de los visitantes. Y en verdad que ha sido una gran cosa el haber unido al interés científico el interés histórico, patriótico o de mera curiosidad, de modo tal que cada uno encuentre siempre aquello que corresponde a su competencia y a sus gustos.

Puede seguirse el progreso de las construcciones navales de todas clases, desde las primeras galeras representadas en antiguos modelos, provenientes de los arsenales y de los museos genoveses, hasta un modelo de la gran motonave Saturnia, que ha entrado recientemente en servicio en la Compañía Cosulich, de Trieste. Otros modelos y dibujos de los primeros acorazados, toscos y poco manejables, se encuentran al lado de los modelos de los más rápidos y perfeccionados cruceros y submarinos; y bombas y antiguos torpedos, que más bien parecen inofensivos juguetes, contrastan con los modernos torpedos de hoy día, que parecen pequeños buques autónomos cargados de potencia destructora.

Muy rica es la documentación que se refiere a las exploraciones, llegando hasta evocar los recuerdos de una de las exploraciones que más emocionaron al pueblo italiano: la brújula de la "Stella polare" (1899-1900), y sextante sobre el cual el comandante Cagni midió los 86° 43' de latitud norte. No menos acertada ha sido la demostración práctica del servicio de faros en la costa italiana, reproduciendo por medio de dispositivos adecuados las alternativas y los juegos de luz en sus diversas coloraciones de los faros que protegen al navegante en los puntos más difíciles de nuestros archipiélagos y de nuestros estrechos. Sería muy larga la descripción, pero es, en cambio, fácil imaginarse las secciones de cuanto se refiere a la balística, a la ingeniería militar y, en general, a cuanto se refiere al arte de la guerra; es ya sabido cuáles progresos hizo en estos últimos años, y en todos los países, el ingenio humano en este arte.

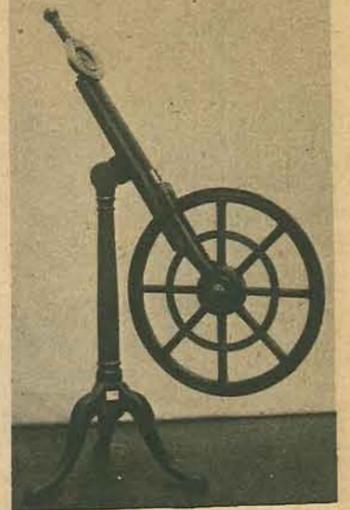
Mientras que la Fiat pone muy alto el nombre de Italia en las competiciones automovilísticas, resulta interesante ver al lado de los modelos recién

salidos ayer de sus fábricas, el primer automóvil construido por la misma Fiat en 1899. Y quizá sea aún más interesante el cochecito construido en 1894 por Enrique Bernardi, de Padua: es un coche de dos asientos, con el motor al descubierto, el manubrio vertical y que ha recorrido más de sesenta mil kilómetros. Y continuando en el campo de la locomoción, vemos como un colosal monstruo antediluviano la gran berlina a vapor que hacia el 1835 recorrió las carreteras del Piemonte. Está suspendida sobre robustas ballestas y anchas correas, como un coche de gala, y tiene algo de la locomotora de la máquina para trillar el grano y de una carroza papal. No nos entretendremos alrededor de los modelos de las primeras locomotoras utilizadas en Italia, ni de los intentos de máquina de escribir, ni de todos los dibujos, relieves, mapas, muestras de minerales, etc., que se refieren a la perforación del Fréjus, llevada a cabo en 1871, y que fué seguramente una de las más atrevidas empresas de la ingeniería de aquella época.

La importancia de la exposición aumenta a medida que se retrocede en el transcurso de los siglos. En aquella época de envilecimiento político, en la cual toda la gloria italiana parecía estribarse únicamente en la literatura y en las artes plásticas, los italianos trabajaron también con mucho ahínco en el campo de la ciencia; nos lo demuestran las experiencias de Galileo sobre el péndulo, sobre la caída de los graves, sobre la presión atmosférica, etc., realizadas en la Academia Florentina del Ensayo; y el barómetro y el densímetro, creados por Torricelli, que hoy día siguen empleándose en su misma forma

primitiva. Y en tiempos menos lejanos tenemos los ya citados manuscritos de Galvani, que se refieren a las primeras experiencias sobre la electricidad animal, y los raros artefactos de Volta, que construyó las primeras pilas, algunas de las cuales todavía se ven en la exposición florentina, tan capaces de un funcionamiento regular que transmiten un continuo movimiento de atracción y repulsión a un ligero péndulo suspendido entre sus dos polos. De este modo llegamos, paso a paso, a las experiencias de Galileo Ferraris (1885) alrededor del campo magnético rotante y a los modelos de las máquinas que deducidas de estas experiencias él construyó; y a las máquinas eléctricas construidas por Antonio Pacinotti, de la Universidad de Pisa, para transformar la energía mecánica en energía eléctrica y viceversa. En otros términos, se llega a la dinamo en su forma actual; y en Florencia, entre otras cosas, está expuesto el primer inducido rotante, construido precisamente por Pacinotti. Es indudable que si esta precocidad de inventiva hubiese encontrado mejores condiciones sociales y políticas y se hubiese desarrollado en un país mejor preparado para las aplicaciones industriales de cuanto lo estaba Italia en el siglo pasado, su repercusión en la economía italiana hubiese sido enorme, evitándose que el beneficio práctico de una cantidad de estos inventos y descubrimientos, que pasaron rápidamente del campo científico a la aplicación industrial, fuese a parar a otras naciones. Lo mismo puede decirse del pantelégrafo Caselli, aparato que data de hace setenta años, con el cual hoy día todavía se consigue transmitir, aunque con poca perfección, imágenes a largas distancias, valiéndose de una ingeniosísima modificación de un telégrafo eléctrico corriente. Y lo mismo puede decirse también del telégrafo sin hilos de Marconi. En este sentido la exposición florentina adquiere el valor de una lección cívica que obliga implícitamente a reflexionar sobre la estrecha relación que existe entre la prosperidad científica e industrial y la fuerza de los organismos políticos y sociales.

Una parte vastísima de la exposición en la que me detengo menos es la que se refiere a las ciencias médicas y anatómicas. Admirables son los dibujos y los preparados anató-



Idómetro que figuró en el mismo certamen

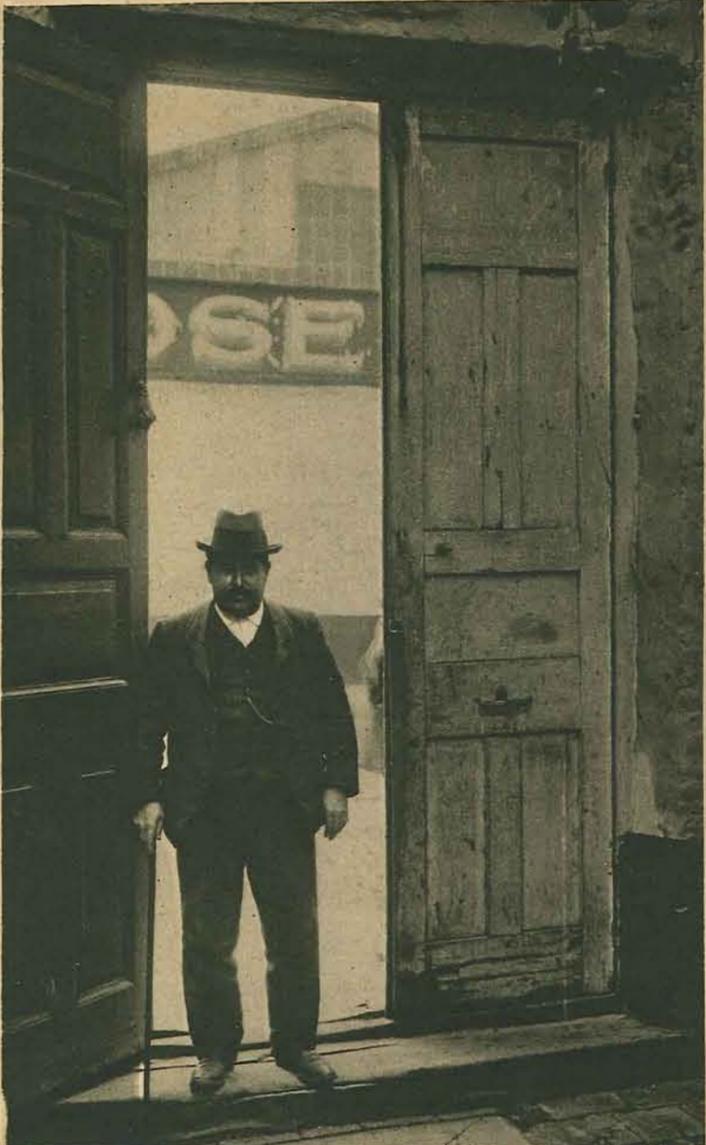
tómicos del célebre Mascagni, y admirables también lo son las antiguas ceras del museo anatómico Flajani que han presentado los hospitales reunidos de Roma. Una sección se ha dedicado por completo a los estudios de historia natural y se ilustra con preciosos dibujos originales y manuscritos, como los de la "Dendrologia", de Aldrovandi (1668); los estudios sobre los "Moluscos", de L. F. Marsili, y otros famosos manuscritos de Malpighi, de Spallanzani, etc., autores todos ellos en los cuales el amor a la verdad científica iba unido al culto de la lengua y de la capacidad artística, como ocurría en tiempo de los primeros humanistas. Y, en efecto, en la tradición italiana abundan los autores de esta índole, y de casi todos ellos encontramos algún recuerdo de sus obras en las salas de la exposición florentina.

En medio de tanta confusión de aparatos y máquinas extrañas de formas desusadas, en medio de aquella aglomeración de péndulos, poleas, ruedas, balancines, alambiques, y con todos aquellos herbarios y con todas aquellas ceras anatómicas, etc., los salones de la exposición recuerdan las fraguas de los antiguos alquimistas, donde se buscaba el secreto para fabricar el oro o la piedra filosofal. Pero a decir verdad, fué en medio de estos aparatos, que si se quiere a veces son grotescos, donde nació y se afianzó la ciencia moderna, la misma ciencia que hoy día ha transformado la faz del mundo y el equilibrio económico de las naciones y de los continentes con sus innumerables aplicaciones. Interpretados en tela y en madera por los colegiales de la escuela industrial florentina, con gran paciencia, los proyectos de aviación de Leonardo dan la impresión de alguna máquina infernal o nigromántica. Pero vemos que la brujería y la nigromancia eran infantiles verdades; ahora bien, vitales verdades cuando a pocos pasos de la vitrina que encierra estos proyectos se descubren las máquinas de acero que surcan los espacios, las hélices de De Pinedo, de Ferrarin y de Del Prete, que llevaron a la realidad los sueños más ambiciosos y reservaron a Italia la supremacía en la ciencia del vuelo que explicada queda en los atormentados dibujos de Leonardo.

OLINDO MALAGODI

(Para LA NACION)
ROMA, junio de 1929





Joaquín Camargo Gómez (alias "El Vivillo"). Fotografía obtenida en Buenos Aires en 1912

DE SIERRA MORENA AL MERCADO DEL PROGRESO

NO hace muchos días la crónica policial de los diarios dió cuenta del fallecimiento de Joaquín Camargo Gómez, famoso veinte años atrás bajo el nombre de "El Vivillo". El antiguo saltador de caminos, cuyo apodo circundó otrora una aureola de terror, era desde hacía años un pacífico vecino de Buenos Aires. Saldadas sus cuentas con la justicia española, este último espécimen del "bandido generoso" de las leyendas populares, este émulo de Luis Candelas, llevaba largo tiempo vendiendo embutidos en un mercado de nuestra ciudad. En ese último avatar de su existencia aventurera se redujo considerablemente — huelga decirlo—el radio de su popularidad, como que se circunscribió al ambiente de la feria en que actuaba. Una reyerta sangrienta en la que fué actor vino hace años a recordar a la ciudad la existencia de Joaquín Camargo. Una escueta noticia de la sección policial de los diarios acaba de informarla de su desaparición: una de esas noticias que casi siempre se redactan "según fórmula" y terminan con las consabidas palabras "Los motivos que le impulsaron a adoptar tan fatal determinación no han sido establecidos". Así terminó sus días el antiguo saltador de caminos de Estepa, el "último bandido generoso"; un hombre que pudo haber sido protagonista de algún relato a lo Próspero Merimée y concluyó convertido en personaje secundario de algún sainete a lo Pacheco, a lo Vacarezza...

AD UMAS, Merimée y Gautier nada hubieran tenido que hacer hoy en España. Con la muerte de Joaquín Camargo Gómez, El Vivillo, desaparece el último de sus personajes predilectos. Y es extraño que El Vivillo se haya muerto, no sólo por hacer honor a su seudónimo, sino porque en rigor no era otra cosa que uno de esos engendros de la imaginación "costumbrista" que, por la gracia del arte, tienen vida perenne. Aunque, en verdad, El Vivillo había muerto hace ya muchos años, y el que sobrevivía era Joaquín Camargo, pacífico inmigrante andaluz en estas tierras pamperas que no tienen Sierras Morenas.

Desde Luis Candelas, Diego Corrientes y los Siete Niños de Ecija, a través de José María el Tempranillo y D. José el de "Carmen" hasta El Pernalet y El Vivillo, las sierras y cortijos andaluces habían proporcionado un lucido "stock" de tipos interesantes a los anales románticos. Pero los automóviles substituyeron a las diligencias y los autocamiones a las tropas de arrieros, y esto, con mayor efi-

cacia que la guardia civil, terminó un día con los célebres bandoleros de camisa escarolada, calzón corto y trabuco. Por lo menos, se vieron precisados a cambiar de traje y a vestirse con el saco vulgar o con el "smoking", lo mismo que los demás bandoleros del mundo.

La última figura verdaderamente trágica de ese período de romántico bandidaje español, fué quizás El Pernalet. Vertió la sangre ajena y terminó derramando la propia por los orificios abiertos en su cuerpo por las balas de la guardia civil. El Vivillo, su contemporáneo, fué un tipo de otra especie. Más que al drama, pertenece a la comedia de aventuras de la historia del bandidaje. Porque bandido desde luego lo fué en sus tiempos de juventud, y su nombre no dejó de aureolarse de leyenda. Pero a nadie mató, ni hirió, como no fuera en defensa propia, a lo largo de su agitada vida aventurera. La única muerte que consta que perpetró fué la propia, que constituyó también su más trágica hazaña y lo hizo sin verter sangre, por medio de un veneno vulgar, a la moderna.

Joaquín Camargo López era un rey de la cuatrería, trotador

fantástico de campiñas, ágil y aventurado "caballista". Contaba entre los dos sobrevivientes de una cosecha diez y seis hermanos y perdió pronto a sus padres. Su madre quiso que fuese sacerdote, y es que las madres se equivocan mucho. El sólo transigió con ser labrador por poco tiempo. Su carácter travieso y revoltoso le valió pronto el sobrenombre de Vivillo, que hizo célebre luego. A los diez y nueve años, cansado de su pobreza, se hizo contrabandista. A los veinte, tenía ya que huir de la justicia.

Puso su cuartel general en Estepa. Este lugar de Andalucía fué siempre cuna de cuatrerros y caballistas. Estos, aprovechando la extensión de los campos andaluces y la falta de vigilancia, robaban los caballos de los ricos hacendados y los encerraban en cuadras escondidas. Muchos de los robados, por temor a las represalias, pactaban luego con los ladrones y les entregaban cantidades en metálico a cambio de sus propios caballos. Estas tareas iban alternadas con las del contrabando por Jibraltar, no menos aventuradas. Pero, además, el cuatrero tenía una definida misión política que cumplir. Solía servir de electorero a los caciques y era el encargado de someter por el terror a los adversarios políticos. Para todo esto tenía una condición indispensable: conocía bien la psicología de su pueblo y estaba en el secreto de todos los resortes que podían redundar en su ayuda.

Desde Estepa hasta Ecija y desde Ronda hasta Jerez de la Frontera, los cortijos y aldeas andaluces temblaban temerosos ante el nombre inquietante de El Vivillo. Porque no tardó mucho en tomar cuerpo el prestigio de su figura, con su sombrero de anchas alas, su marsellés, sus polainas y su escopeta de dos cañones. La organización que daba a sus aventuras era un prodigio de previsión y de audacia, de instinto financiero y de supremo conocimiento de los hombres. Poseía un temperamento en el que se mezclaban extrañamente la generosidad y la codicia, el desprendimiento y la energía, la crueldad y la compasión. Seguía la tradición del tipo de bandido generoso, comunista inconsciente, perseguidor de ricos y protector de pobres. Dividía su bolsa entre los "muchachos" de su cuadrilla y los de los juzgados y comités políticos sevillanos. La España pícaras de las covachuelas leguicaras era la cómplice interesada de sus actividades de bandido. Tampoco eran inaccesibles las conciencias de los hombres políticos, merced a lo cual tenía la palanca para romper rejas de cárceles y descorder cerrojos.

Así se explica que pudiera salir indemne de veintitantos procesos. El miedo de los unos, el interés de los otros, e incluso la misma simpatía de muchos, cubrían con un velo de desconocimiento sus más espectaculares aventuras. Le sobaban los testimonios para acreditar que le habían visto en Estepa a la misma hora en que en Ronda era asaltado un cortijo. Constituía un misterio, una sombra inasible. Sobre todo, era dueño y protector de Estepa, e hijo predilecto de este pueblo, para el que acarrearba lo que robaba en otras partes.

Pero la vida de bandido romántico no es fácil, y menos en estos tiempos prosaicos de trenes, automóviles y buena policía. Además, los caballos de carne y hueso ya no sirven de nada ante sus rivales triunfantes los caballos mecánicos. El contrabando se ejerce mucho mejor desde los escritorios bien montados. Y los caciques políticos se desacreditaron mucho antes del golpe de Estado. Si el propio amante de "Carmen" se tuvo que hacer "toreador" para ganarse la vida, El Vivillo se vió en la necesidad de cambiar de oficio para no perder la suya. Perseguido cada vez más de cerca por la justicia, pasó a Orán y allí puso una fonda. Mientras los diarios españoles relataban sus hazañas postreras, él hacía su entrenamiento para las pulperías argentinas. En Orán tuvo dos hijos, que sumaron una linda colección de cinco con los tres habidos anteriormente en España. No hay duda de que esto lo decidió a aburguesarse, y a aumentar sus necesidades, le hizo concebir el propósito de trasladarse a América. Y hombre de acción al cabo, tomó pronto "el camino de Buenos Aires".

Ya en la Argentina, concibió la idea de poner un "boliche" con sus ahorros. El ambiente parecía propicio para el negocio honrado. Entonces se determinó a volver en busca de su familia, que había dejado provisionalmente en España, donde ignoraron su regreso. Vendió las pocas propiedades que le quedaban, y otra vez puso proa hacia América, donde pensó radicarse definitivamente. No obstante, no pudo por el momento satisfacer sus deseos. El gobierno de Maura, enterado de su paradero, reclamó al fugitivo. El gran orador argentino, doctor Belisario Roldán, presentó un escrito oponiéndose a su extradición. Los alegatos fueron brillantísimos, pero El Vivillo terminó por ser entregado a las autoridades españolas. Permaneció cuarenta y dos meses detenido en su patria. En ese plazo fueron vistos, unos tras otro, los infinitos procesos que

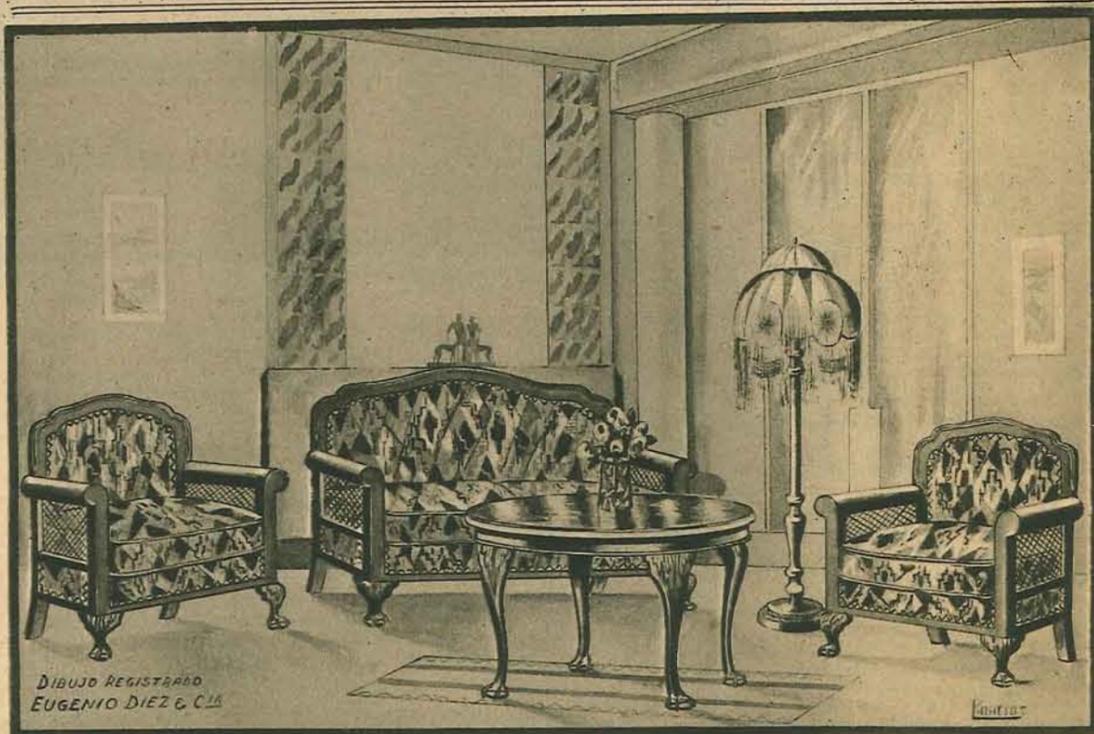
contra él había abiertos. De todos salió absuelto, puro y limpio.

Joaquín Camargo hizo, como Colón, su tercer viaje a América. Y como el navegante de las múltiples patrias, a la ida fué con cadenas, pero a la vuelta venía libre y rehabilitado. Ya por entonces su figura no conservaba nada de la prestancia del bandido tradicional. Era un hombre recio y cuadrado, musculoso, de estatura mediana, recio bigote y aspecto vulgar de "bolichero". Y eso fué desde entonces: un pacífico "bolichero" que, en mangas de camisa, despachaba "grapas" y "cañas dobles" tras un ajetreado mostrador. Entre copa y copa, solía vender también ejemplares de sus "Memorias", que eran bien suyas, aunque él apenas las sabía leer. En muy rara ocasión, y por causas accidentales, dió pretextos de intervención a la policía argentina. Pero bien podía pasar por un verdadero modelo de inmigrantes, concentrado exclusivamente en su negocio.

Y cuidado que en la Argentina tenía pampa sobrada para dar rienda suelta a su vieja vocación de caballista! ¡Tenía por donde galopar su instinto de cuatrero! Pero cuando él llegó a estos pagos, ya se había muerto de inercia el último gaucho y había muchas alambradas que transponer para robar ganado. Y como era extranjero, tampoco quiso meterse en los berenjenales de la política, único campo promisor para los "vivillos". Prefirió ser honrado y lo fué en realidad durante largos años. Y ya nadie se acordaba del famoso bandido de otro tiempo, hasta que él mismo se encargó de reintegrarse a la actualidad, quitándose la vida. ¿Es que no pudo soportar más tiempo su anonimato? ¿Es que la vida de honradez le fué más dura y angustiosa que la de bandidaje? ¿Es que se arrepintió de ser honrado y quiso darse trágico castigo?

Probablemente, es que quiso descansar, de manera definitiva, de las muchas fatigas de su vida agitada. Pero al matarse hizo un flaco servicio a los escritores costumbristas franceses y norteamericanos, quienes ya no tendrán la esperanza de verle reaparecer entre los riscos de Sierra Morena. ¡Si siquiera se hubiera decidido a entrar en un convento trapense y vestir cogulla! ¡Qué lindo hubiera sido! ¡Qué libro de costumbres españolas pudiera haber escrito Francis Carco! ¡Qué película hubiera creado Douglas Fairbanks!

EMILIO MONTES



He aquí un LIVING ROOM muy confortable que dará a su hogar un toque de distinción y buen gusto. Finamente tapizado en felpa de gustos modernos, con almohadones. Las tres piezas, PRECIO DE PROPAGANDA..... \$ 330.-

VEA LOS ÚLTIMOS MODELOS DE SALAS, FUMOIRS, VESTIBULOS, ETC., EN NUESTROS LUJOSOS SALONES.

EUGENIO DIEZ & CIA
FABRICANTE DE MUEBLE
682-Bdo. de IRIGOYEN-694

EMBALAJE GRATIS.

D I D E R O T



A publicación reciente de la "Correspondencia" integra de Diderot y de Mlle. Voland, ha sido para los admiradores, para los fieles amigos del exquisito autor de "L'Eloge de Richardson", un verdadero acontecimiento literario, o, mejor aun, un acontecimiento de carácter íntimo, pues con Diderot no hay medias tintas, el gris no cuenta y la indiferencia no se comprende. A Diderot se le ama o se le odia. Condición suprema de los fuertes.

Mis primeras lecturas de Diderot datan ya de muchos años. Son, por ello, de las que se recuerdan con emoción. Acabo de decir que se recuerdan y esto no es, quizás, exacto, pues como suele acontecer en esas primeras entrevistas literarias, en esa iniciación de los grandes espíritus, el recuerdo de la lectura pasa y sólo queda el sedimento de nuestra emoción— ¡cuán pura la de los quince años! ¡Quién no se acuerda del temblor de nuestra mano al volver por primera vez una página de Hugo...!

En aquella época acababa yo de dejar a Rousseau, y por ello mi espíritu encontrábase impregnado de todos los olores de la Naturaleza: de lavanda y de jara, de tomillo y de orégano. Con Jean-Jacques había pasado noches al sereno, tranquilas y dulces después de las encantadoras charlas de Annency; charlas con la Naturaleza, con los pájaros y con las campanas, con las casitas "éparses et champêtres"—con el paisaje, en fin.

Esto quiere decir que mi espíritu estaba preparado para recibir la buena semilla. Diderot, en efecto, está aún más al fondo de la selva que Rousseau; la selva es más espesa, la Naturaleza más virgen, pero un puro rayo de oro se filtra entre el ramaje y da color y vida a la umbría, aroma a la flor y alegría a nuestro espíritu.

Rousseau y Diderot llenaban, pues, para mí, en aquel entonces, todo el siglo XVIII. Yo me representaba a Diderot escribiendo una carta a su buena amiga, en una mesa de hospedería, lejos de los salones que detestaba y de la "Enciclopedia" de la que era esclavo. Diderot está de pie, palpitante, humano, en su correspondencia. Su espíritu dulce deja de ser razonador para soñar libremente. Su correspondencia es, pues, su confesión. ¿Hasta qué punto la destinaba él al público?

No importa esto. Diderot es un razonador sentimental, como la mayor parte de los razonadores. Cuando se acude con tanto brío a la razón, cuando el único asidero de nuestro espíritu es el razonamiento, es porque hay algo que nos quema muy adentro, y queremos ahogarlo a fuerza de silogismos, de miedo a que el mundo nos crea locos de pasión. Tal fué el caso de Diderot.

Toda la vida de Diderot puede resumirse en esta frase: Diderot o la inquietud. ¿De dónde y de quién le vino esa inquietud dominante de su vida? ¿No será de los primeros años de su tranquila y ordenada infancia, en su tierra natal de Langres, en la cuchillería de su buen padre, que sólo turbaba el chirriar del acero contra la piedra, mientras el niño jugaba

en la gran plaza hasta el caer de la tarde? Su hermana representaba para él la libertad y el estoicismo y más adelante, en alguno de sus escritos, la denominará un poco crudamente: "Diogéne femelle". Un su hermano fué canónico y su reputación habla más de la tranquilidad del justo que de la inquietud del poeta.

Nada, pues, en cuanto al ambiente o a la familia hacía presumir un espíritu tan ágil e inquieto y un tan maravilloso carácter de asimilación. ¿Fué su internado en el colegio de jesuitas el que despertó en él esa curiosidad que domina en todos sus escritos? ¿Quién sabe...! Quizás la "Enciclopedia"— ¡extraña paradoja! — fué imaginada en una tarde de castigo impuesto por los padres al joven estudiante. En todo caso, no fué el primer inquieto que recibió su inquietud en la orden del inquieto Loyola. Pasemos.

Veinte años; París; la miseria dorada. Diderot estudia para enseñar y enseña para comer, condiciones todas que conducen directamente a la sabiduría, pues nada se aprende mejor que lo que se tiene que enseñar y nada se enseña tan bien como lo que nos da de comer. ¡Oh hambre, oculto instrumento de la inteligencia...!

La "Enciclopedia" es la definición de un temperamento y la explicación de un carácter. ¿Cuánto talento pondrá el joven autor en pintar su proyecto a

los editores! La "Enciclopedia" existía ya, pues, en su espíritu. Ninguna duda entonces; la magna obra de renovación de los valores humanos había sido concebida en sus años de internado. París y el hambre hicieron germinar la semilla; en fin, cuando la planta creció, su hojarasca era tan espesa que el

pobre jardinero podía moverse apenas entre la maleza. La "Enciclopedia" es, en efecto, la aplastante labor de un solo hombre.

Diderot, pues, se improvisó filósofo, para redactar la "Enciclopedia", como más tarde se improvisó periodista y crítico para escribir sus "Salones". Su facultad principal era poderse improvisar genialmente. ¿Fué, sin embargo, un filósofo, el filósofo racionalista que quiso ser? No lo creemos. En nuestra opinión, Diderot es nuestro primer ensayista, el más admirable autor de bocetos que ha creado el genio humano. El poeta se revela en los "Salones" y en la "Correspondencia". ¡Y qué poeta!

En los "Salones", Diderot es un crítico sólo igualado por Baudelaire, y entiéndase que Diderot hizo la única crítica posible en pintura: la crítica literaria.

En el estilo de la "Correspondencia" se advierte este anhelo de libertad, este deseo de huida de un espíritu habituado a la rigidez y a la disciplina de la

lógica. Yo no sé dónde he leído que la utilidad suprema de la lógica es la de hacernos gustar más intensamente lo ilógico. ¡Cuán profundamente debía sentir esta verdad el buen Diderot, el Diderot que decía, refiriéndose a la "Enciclopedia", que aunque en verdad sabía muchas cosas, no había un hombre que no supiese su "cosa" mejor que él. Suplicio horrible el de aparentar una gran fe en la razón, cuando en el fondo hay un espíritu que dice: ¡Mentira!

La movilidad de su espíritu se traducía, según parece, por la movilidad de sus expresiones, pues pasaba de la tristeza a la burla, de la burla al interés y del interés al deseo, con la misma facilidad que en sus escritos pasa del estilo oratorio y enfático al sereno y sencillo o al sentimental y bucólico.

La "Correspondencia" deja adivinar una relación humana muy íntima entre el autor y Mlle. Voland. Deja adivinar, decimos, pues nada preciso aparece en estas cartas, de gran vuelo literario. Sin embargo, Mlle. Voland representa el tipo femenino inspirador del escritor. En este sentido, Mlle. Voland fué su verdadera compañera, mientras que su esposa sólo cuenta en su vida de un modo episódico y pasajero.

En la obra literaria el verdadero valor de la mujer encuéntrase a veces transformado de tal suerte, que sólo la inspiración del escritor justifica la exageración del tipo atribuido por el autor a su musa. Tal es el caso, por ejemplo, de Victor Hugo con respecto a su esposa Adèle Foucher, espíritu simple, que no comprendía una palabra de poesía, y que, sin embargo, fué la inspiradora del poeta durante bastantes años. En fin, la misma Juliette Drouet, tan compenetrada con el escritor, queda muy por bajo de las excelcitudes que el poeta le atribuye. Y el caso no es único.

Volviendo, pues, a nuestro Diderot, diremos que estas cartas íntimas, escritas a vuela pluma—estas cartas que nosotros imaginamos en una primera lectura, escritas al borde del camino, en una hospedería, en la posada, a través de la vieja Europa, en su viaje a San Petersburgo—nos han hecho sentir la misma emoción que hace muchos años, aunque renovada e intelectualizada, por decirlo así, por el conocimiento de una vida ilustre y de un alma grande.

Y queda, en fin, una última faceta: Diderot y el público. Para el público, Diderot, es el autor de la "Enciclopedia" y la "Enciclopedia" es algo muy vasto que ninguna inteligencia humana puede abarcar. Este es el concepto simplista de una parte del público. Para otra fracción, la "Enciclopedia" representa un veneno, un tóxico algo mortífero, que derribó una sociedad y condenó sus ideas. En fin, para otros la "Enciclopedia" es un evangelio de la razón y de la verdad. Todos se equivocan. ¿Se equivocaba también el filósofo mecanicista Jacques Loeb, cuando en la dedicatoria de su libro sobre la mecánica del organismo escribe el nombre del poeta? Probablemente, pues la abrumadora lógica del filósofo hubiera asfixiado al gran sentimental que Diderot ocultaba bajo la máscara tranquila de un imperturbable razonador.



D. DIDEROT.

En los "Salones", Diderot es un crítico sólo igualado por Baudelaire, y entiéndase que Diderot hizo la única crítica posible en pintura: la crítica literaria.

En el estilo de la "Correspondencia" se advierte este anhelo de libertad, este deseo de huida de un espíritu habituado a la rigidez y a la disciplina de la

lógica. Yo no sé dónde he leído que la utilidad suprema de la lógica es la de hacernos gustar más intensamente lo ilógico. ¡Cuán profundamente debía sentir esta verdad el buen Diderot, el Diderot que decía, refiriéndose a la "Enciclopedia", que aunque en verdad sabía muchas cosas, no había un hombre que no supiese su "cosa" mejor que él. Suplicio horrible el de aparentar una gran fe en la razón, cuando en el fondo hay un espíritu que dice: ¡Mentira!

La movilidad de su espíritu se traducía, según parece, por la movilidad de sus expresiones, pues pasaba de la tristeza a la burla, de la burla al interés y del interés al deseo, con la misma facilidad que en sus escritos pasa del estilo oratorio y enfático al sereno y sencillo o al sentimental y bucólico.

La "Correspondencia" deja adivinar una relación humana muy íntima entre el autor y Mlle. Voland. Deja adivinar, decimos, pues nada preciso aparece en estas cartas, de gran vuelo literario. Sin embargo, Mlle. Voland representa el tipo femenino inspirador del escritor. En este sentido, Mlle. Voland fué su verdadera compañera, mientras que su esposa sólo cuenta en su vida de un modo episódico y pasajero.

PARA LIBROS

PALACIO DEL LIBRO

LA LIBRERIA MAS GRANDE DE SUD AMERICA
MAIPU-49-U.T. 38-MAYO-0034
SUCURSAL CORDOBA
CORDOBA-2015-U.T. 44-JUNCAL:2238

HISTORIA UNIVERSAL
Por CESAR CANTU

12 tomos de 500 a 700 páginas cada uno, ilustrados con más de 5000 figuras y encuadernados lujosamente en tela.

El precio de la obra es de \$ 100.- y se liquida por TREINTA PESOS. Precio menor que el valor de la encuadernación.

LIBRERIA M. BORDOY

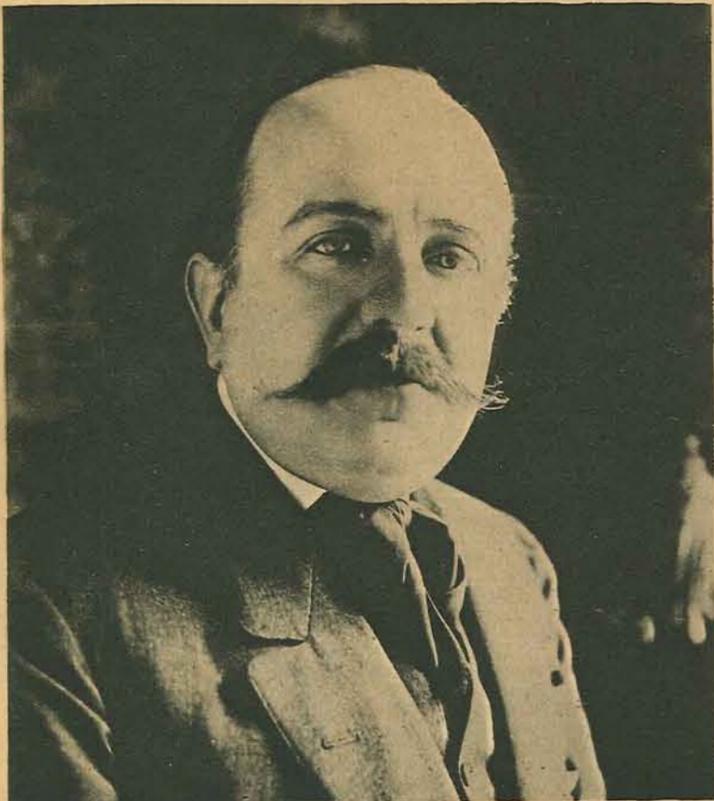
CALLE VENEZUELA 1154

U. T. 2455 Riv. - Buenos Aires

JOAQUIN DE LUNA

(Para LA NACION)
PARIS, Junio de 1899.

EL RECUERDO DE ROBERT DE FLERS



Por PAUL SOUDAY

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1929



Después de la recepción del sucesor de Robert de Flers en la Academia Francesa, M. Francis de Croisset ha publicado en un lindo volumen sus recuerdos sobre su deplorado colaborador, a manera de prefacio a la última pieza que estaban escribiendo, "Les Precieuses de Gênéve".

Pronto hará dos años que murió Robert de Flers, casi repentinamente, en Vittel, donde estaba haciendo una cura de aguas. En una prosopopeya muy espiritual — lo que era muy necesario para la verosimilitud—, M. de Croisset le hace decir a de Flers: "Tuve el destino que deseaba. Conseguí todo lo que puede desearse en este mundo... Siempre tuve suerte y hasta tuve la suerte de darme cuenta de la suerte que tenía... Mi enfermedad fué corta, mi muerte casi repentina; así era como deseaba morir; nunca me gustaron las redundancias".

Era un verdadero autor dramático. Las redundancias son desagradables en todos los géneros literarios, pero en el teatro son mortales, no sólo para el espectador, sino para la misma pieza. A un joven poeta que le consultaba un dístico suyo, Villiers de l'Isle Adam le respondió: "No está mal, pero tiene redundancias". Se puede no leer un dístico hasta el fin, y aplicarles en general a los libros demasiado largos el precepto de Voltaire:

Rendons les courts en ne les lisant pas!

En el teatro estamos atados al banquillo, indefensos, y sólo podemos aconsejarles a nuestros amigos que eviten la pieza en que hay demasiadas larguras. Nunca las había en las piezas de Robert de Flers, y por esto es que hacían llenar los teatros.

Era uno de los más gentiles representantes del espíritu francés. Nunca fué una especialidad francesa el aburrir a las gentes. Los más solemnes y los más malevolentes profesores y doctores septentrionales acusan algunas veces a los buenos y aun a los grandes escritores franceses de que carecen de seriedad y profundidad. En otros términos, ellos mismos los encuentran entretenidos, y eso es lo que quieren decir. Todo está en entenderse sobre el sentido de las palabras.

Robert de Flers se vinculaba por sus orígenes a la más an-

tigua Francia. Había abreviado su nombre para comodidad de los periódicos y de los carteles teatrales. Se llamaba en realidad Robert Pollevé de la Motte-Ango, Marqués de Flers, título de una antiquísima familia de nobles normandos, cuyo feudo debió ser la pequeña ciudad de Flers, en la Baja Normandía, y que se remontaba a los merovingios. No se puede decir de los de Flers lo que el conde Aymery de La Rochefoucauld le dijo un día a un joven algo "snob" sobre la familia ducal de los Uzés: "Déjeme en paz con los Uzés! En el siglo X no tenían ninguna posición". Creo, en efecto, que los Uzés, los primeros duques y pares después de la extinción de línea directa, sólo se remontan al siglo XI, lo que ya no es tan poca cosa. Parece, por otra parte, que Robert de Flers era primo lejano de Juana de Arco. Eso está por debajo de los duques de Lévis-Mirepoix, que pretenden descender de la Santísima Virgen. Pero, en fin, no está mal eso tampoco.

Cuando M. Abel Lefranc, profesor del Colegio de Francia, sostuvo la tesis, bastante discutible, de que el verdadero autor de las obras de Shakespeare era el sexto Conde de Derby, se afirma que uno de los descendientes de ese noble lord exclamó: "¿Por qué se le habrá ocurrido a ese señor Lefranc rebajarnos? Es falso. Jamás hubo tinterillos en nuestra familia".

Pero los La Rochefoucauld, aunque datan de los merovingios como los de Flers, no consideran como una tara para su abolengo que su abuelo, el duque Francisco VI, haya publicado las célebres "Máximas". La aristocracia francesa desprecia menos la literatura que la pairía inglesa. Sus padres, sus abuelos, ni los retratos de sus antepasados no le reprocharon, sin duda, a Robert de Flers que empañara su blasón y que se volviera alguien, si no en el género de Shakespeare, por lo menos en el de Meilhac y Halévy.

El sucesor de Robert de Flers bajo la Cúpula, M. Louis Madelein, se dedica a estudios muy distintos. Es un grave historiador de la Revolución y del Imperio, de Danton y de Fouché, de los asuntos políticos y eclesiásticos, de los concordatos y de las pragmáticas sanciones. Era de temer que no comprendiera bien tantas operetas espumantes y tantas comedias ligeras, cuyo chispear ha sido comparado con el del vino de Champaña, y el parecido es tan exacto que los guardianes del prohibicionismo, en los Estados Unidos de la América del Norte, tienen que detener en la aduana las obras de Robert de Flers.

Robert de Flers, el espiritual comediógrafo y "chroniqueur" francés cuya figura se evoca en este artículo póstumo de Paul Souday

Sin embargo, M. Louis Madelein supo hacerle justicia a su cabrilleante predecesor y lo definió con mucha exactitud, diciendo que era ante todo un hombre espiritual. Es una cualidad muy agradable, digase lo que se quiera, y sirve para todo. Robert de Flers derramaba las gracias a manos llenas, no sólo en sus piezas, en sus crónicas, en sus conferencias y hasta en sus discursos académicos (el que pronunció sobre el premio Monthyon era como para morirse de risa, y jamás la virtud se mostró tan divertida). También las ponía en la conversación, y este brillante periodista fué también un conversador de los más buscados. ¿No es acaso el periodismo una charla escrita? Fué una época feliz para "Le Figaro" aquella en que tenía a Alfred Capus como director político y a Robert de Flers como director literario.

Como todos los que tienen éxito en él, tenía el teatro metido en la sangre y, como muchos de aquéllos, poseía un verdadero talento de actor, del que se sirvió como aficionado en los salones. Ese también era el caso de Edmond Rostand y de Georges Feydeau, especialmente, que hubieran podido representar ellos mismos sus piezas, como lo hicieron Shakespeare y Molière. Para escribir bien una pieza es preciso, por decir así, haberla ido representando al escribirla.

Esto es lo que explica que este género admita como ningún otro la colaboración. Una pieza es esencialmente un diálogo. El monólogo está bien en el silencio del gabinete, pero en la escena en seguida parece muerto. Se necesita en aquélla acción, vida, palabra, dinámica y actuante. Dos polos eléctricos no están de más para hacer brotar la chispa.

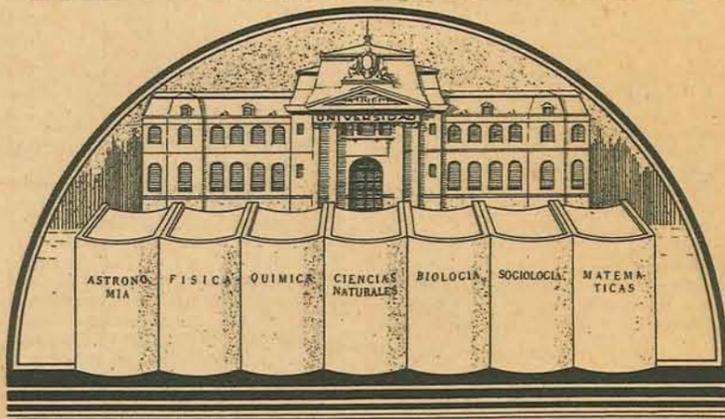
Robert de Flers colaboró, pues, durante unos quince años con Gaston de Caillavet, hijo de la célebre amiga de Anatole France. Es la época de las operetas, de los "Travaux d'Hercule", de "Gabrielle de Verger" y también de las picantes comedias como "Primerose", "L'Amour veille", "Monsieur Brotonneau", "Miquette et sa mère", "Le Roi", "Le Bois sacré", "L'Habit vert", "Les Vignes du Seigneur", etc. Desde la muerte de Gaston de Caillavet, Robert de Flers lo reemplazó con M. Francis de Croisset, con quien escribió, especialmente, "Le Retour", "Le Docteur Miracle" y "Les Nouveaux messieurs", que demuestran la útil influencia de las mujeres para domesticar y refinar al proletariado socialista cuando llega al poder.

Muy naturalmente, y desde un principio, se comparó a Flers y Caillavet a Meilhac y Halévy, que también colaboraron largo tiempo y enriquecieron igualmente a los teatros más parisienses, y entre otros al de Varietés. En su respuesta académica a M. Louis Madelein, M. Henry Bordeaux discutió un tanto esta semejanza, que se ha vuelto clásica y de que vuelve a hablar M. Francis de Croisset en sus "Souvenirs". Creo, en efecto, que los autores de "La Belle Hélène", de "La Grande Duchesse" y de la "Perichole" iban más lejos en la bufonería filosófica a que los arrastraba la música endiablada de Offenbach; eran, en cierto modo, más volterrianos, y hasta más cáusticos en comedias como "La Cigale" y "La Petite Marquise". Robert de Flers y sus colaboradores no renunciaban, por cierto, a la sátira, y no caían en el género bobo, pero eran alegres ante todo y se inclinaban hacia el optimismo, sin duda por

temor de engestar a sus amables y regocijadas piezas.

Tal era y tenía que ser la nota característica de "Les Precieuses de Gênéve", que ha quedado inconclusa, y de que M. Francis de Croisset edita el primer acto con un breve fragmento del segundo. "Pendent

opera interrupta". Es algo lleno de verba, pero sin faltarle al respeto a la Sociedad de las Naciones, no yendo la burla más que contra los mosquitos aradores que se agitan alrededor de esa institución, respecto de la cual es lícito fundar todavía algunas esperanzas.



Las cinco preguntas que puede Vd. hacernos sobre la ENCICLOPEDIA ESPASA

4a.

¿Por qué no debe usted dejar de adquirirla?

LA CUESTION ECONOMICA LO QUE "VALE" Y LO "CUESTA"

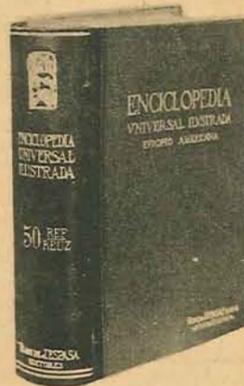
Este es un aspecto delicado para la mayoría de las personas. Aunque estén convencidas de la enorme importancia de la ENCICLOPEDIA ESPASA, la cuestión económica les hace vacilar.

Si le ofrecieran todo el oro del mundo, no vacilaría en aceptarlo. La ENCICLOPEDIA ESPASA le ofrece algo que vale más: todo el saber humano. El dinero que invierta en su adquisición será siempre infinitamente menor que la utilidad que le puede prestar. Además, está al alcance de Vd.

La ENCICLOPEDIA ESPASA supone una biblioteca de más de 2000 volúmenes, cuyo valor sería cien veces mayor de lo que cuesta esta obra inmensa. 150.000 ilustraciones en negro y en color suponen un verdadero museo, un archivo de riqueza inmensa, una escuela para sus hijos,

UNA UNIVERSIDAD PARA VD.

Examine en su librería el tomo 65 que acaba de aparecer y compare con otras obras similares, la importancia que se da a artículos tan inte-



resantes como Túnez, Turquía, Tuta n khamon, Uruguay, Unión, Unidad, etc. Lea en el próximo aviso algo muy interesante.

POR SOLO \$ 38 como cuota inicial, puede usted entrar en posesión del tesoro que significa la Enciclopedia Espasa pagando el resto en cómodas mensualidades.

SIN FIADOR, A SU SOLA FIRMA

Estas condiciones favorables registrarán por pocos meses; una vez terminada la Enciclopedia, serán otras. Mándenos hoy mismo debidamente llenado - este cupón y le remitiremos, gratuitamente, un folleto ilustrado y condiciones generales de venta.

Deseo recibir gratis y sin compromiso, folleto ilustrado y condiciones para la adquisición de la Enciclopedia Espasa

Nombre -----
Profesión ----- Calle -----
N. ----- Localidad ----- F. C. -----

ESPASA - CALPE, S. A.
MONTEVIDEO 22 BUENOS AIRES

LOS AUTORES Y LAS OBRAS

CARTA DE ROMA

EL Pasador (Estéfano Pelloni) es una de las figuras más romanescas e interesantes en la historia del bandaje italiano. Su gran hazaña la realizó la noche del 25 de enero de 1851, cuando al frente de su compañía de aventureros se presentó durante una función de gala en el escenario del Teatro de Forlìmpoli. Obligó a los espectadores aterrorizados a que le entregasen las joyas y el dinero, y se marchó con un riquísimo botín sin que nadie hiciera la más mínima resistencia. Se hace mención de esta aventura en un epigrafe redactado por Olindo Guerrini (alias Lorenzo Stecchetti), que está colocado en dicho teatro. Al Pasador le dedicó también una famosa cuarteta Giovanni Pascoli en su poesía "Romagna". Ya que este bandolero tenía algo de generoso y caballeresco; hasta tal punto que



BRUNO CORRA

conmovía la fantasía de los poetas y la imaginación del pueblo. Historias de amores, reivindicaciones de aquellos que eran injustamente oprimidos, confusas aspiraciones patrióticas, forman parte de la serie de sus violencias y de sus delitos, y en parte restan su odiosidad. Se comprende fácilmente que en la vida de este extraño personaje más de una vez se encuentre argumento para las canciones y narraciones populares. Bruno Corra, bien conocido y de un modo simpático por sus novelas y cuentos acertados, acaba de escribir ahora en forma de novela, la biografía del Pasador (Editorial Alpes, Milano).

En vez de haber tratado este argumento de un modo exquisito y "decadentístico", como hubiese podido hacerlo cualquier cultivador de la "horrible" literatura inspirada en De Quincey y en Schwob, él ha preferido tratarlo de un modo fluido y con una gran riqueza de colorido, en un tono ligero y elocuente. Y sin perder prestigio entre los lectores de oído más fino y de delicado gusto, su libro deleitará a la gente más sencilla, que constituirá siempre el auditorio inagotable de narraciones como ésta.

Era con verdadera curiosidad

que se esperaba la anunciada novela de Margarita Sarfatti: "Il palazzone" ("La casona", Editorial Mondadori, Milano). Y el éxito de su biografía "Dux", de Benito Mussolini, al mismo tiempo que el éxito que ha obtenido como escritora de crítica artística y literaria, contribuía a avivar esta curiosidad y ver si ella era capaz de acertar en la novela. Una vez que se ha leído "Il palazzone" ("La casona") se pone bien de manifiesto que la Sarfatti no ha escamoteado ni disminuido las dificultades, trazando una trama convencional y contentándose con retratar cualquier figura de facciones vulgares y desdibujadas. Es más, se ha impuesto una tarea que descorazonaría hasta a los narradores más duchos en el oficio; ha multiplicado los contrastes de las pasiones, ha colocado a sus personajes en medio a tumultuosos acontecimientos tales como la guerra europea y el movimiento fascista.

Estas pasiones, estos acontecimientos forman como un remolino en torno a una figura de muchacha, más tarde esposa y madre, que es la más viva del libro. El cual es ante todo notable por una cualidad de ímpetu y de convicción que se impone al lector, como llevándolo ante una violenta sucesión de hechos más bien que ante una representación artística. El público ha dado muestras de que le agradaban estas rudas cualidades de emoción. "Il palazzone" ("La casona") constituye uno de los éxitos literarios italianos más notable en estos últimos meses.

En cuanto a los noveles escritores, a los que eran absolutamente desconocidos ayer, pero que, sin embargo, el día de mañana llegarán a hacerse un nombre, puede decirse de ellos que vienen al mundo ya dotados de un arte muy mañoso y amaestrados por un gran número de lecturas italianas y extranjeras, pero también inclinados a veces a una cualidad de sentimientos tormentosos, acres, funestos. En algunos de éstos, de los que ya hemos hablado hace unas semanas, se ha llevado ya a cabo una especie de liberación formal y moral, acercándose a la más severa tradición literaria y aceptando un ideal de vida sana y concreta. En otros persisten aquella duda y aquella incertidumbre típicamente representados, en Francia por Gide, que en las crisis más desconcertantes

POR
**EMILIO
CECCHI**

(Para LA NACION)
ROMA, julio de 1929.

via. Cuenta las vicisitudes de una familia regular y la manera despegada, gélida, en la que sin contar para nada la ilusión del miraje del placer, los más jóvenes de esta familia, Carla y su hermano Miguel, se dejan arrastrar en la pendiente del vicio. La instintiva habilidad de



MARGHERITA SARFATTI

Moravia, su facundia de narrador son verdaderamente raras, sobre todo si se tiene en cuenta la edad. De igualmente raros: su cinismo tan plácido y firme, una carencia completa de emoción, salvo las odiosas y acres, una observación de tal modo desilusionada e implacable.

La producción lírica sigue siendo escasa, pero manteniéndose, sin embargo, bastante pura, y es notable y hasta si se quiere conveniente que esta producción en la mayoría de los casos esté en manos de autores que no están dentro de la profesión literaria. De tal modo que entre los ancianos está Pedro Mastro, que es un abogado florentino, y entre los que pertenecen a generaciones más jóvenes: José Ungaretti, que es un empleado del Ministerio; Hugo

ristica es, desde luego, la de Ungaretti, que tiene la capacidad de expresarse lo mismo en italiano que en francés, como lo ha demostrado recientemente con himnos a la Piedad, a la Muerte, etc., publicados en primer plano, y en la versión francesa del autor mismo en la "Nouvelle Revue Française" (10. de diciembre de 1928).

Pero no se concibe hablar de la literatura italiana sin citar el nombre del infatigable y nuevo académico Panzini. A sus artículos semanales sobre el eterno tema de la sensualidad y de la licencia moderna, de la decadencia de las costumbres y del gusto; a los apuntes también semanales sobre la biografía de Camilo Cavour, que él ha empezado a publicar en la "Italia Letteraria", de Roma, Panzini ha sumado a todo esto un libro más: "Los días del sol y del grano" (Editorial Mondadori, Milán), sobre la vida rústica de Romagna y los goces y la delicada melancolía del retiro campestre, adonde él va todos los veranos a sumergirse como un profeta bonachón que durante las otras temporadas se ha desgastado y destemplado los nervios a fuerza de vocear contra la corrupción ciudadana.

En el campo de los estudios hemos de señalar los apuntes: "Estudios Verguianos" (I, II, III), que bajo la dirección de Lina Perroni se publican en Catania (Edición del Sur, 1929) y que se compone de estudios críticos, textos y documentos inéditos referentes al autor de los "Malavoglia". En el último fascículo de estos estudios verguianos se publican unas cuantas páginas, seleccionadas de una gran novela inédita: "Amor y patria", que Verga compuso cuando tenía diez y seis años, y

también publica trozos escogidos de una novela de su juventud (1861) casi desconocida: "I carbonari de la montagna". A acrecentar la gloria de Verga estas exhumaciones no contribuyen para nada, pero pueden en cambio ayudar mejor a comprender su formación literaria, las primeras influencias literarias que él sufrió, sus métodos de trabajo. Y para terminar, merece recordarse la colección de escritos críticos: "Páginas e



GIUSEPPE UNGARETTI

ideas" (Editorial Sapienza, Roma), de Goffredo Bellonci, del "Giornale d'Italia", autor de erudición y de gusto equilibrado. Es un libro en el que se pasa en revista lo mejor que estos últimos años se ha producido en Italia en cuanto a indagaciones y publicaciones de historia literaria y artística. Y entre otras cosas es una prueba de la seriedad del periodismo italiano, en el que militan escritores tan autorizados y tan bien informados como éste.

"Estos Ultimos Años"

(2 grandes volúmenes)

La nueva obra enciclopédica moderna y al día, que sus editores **W. M. Jackson, Inc.** se complacen en ofrecer al público argentino.

Esta obra habla de todos los sucesos más recientes y sirve para poner al día cualquier enciclopedia existente.

"Estos Ultimos Años" entre otras informaciones de gran importancia, refiere los sucesos de la Gran Guerra, explica el desarrollo del fascismo, acusa los últimos inventos efectuados por el hombre, refiere también las grandes mejoras que en todos los ramos se han experimentado últimamente; comenta los vuelos de Franco, De Pinedo, Lindbergh y otros importantes y es en fin, una verdadera obra enciclopédica de asuntos nuevos y sumamente interesantes.

"Estos Ultimos Años" consta de 2 grandes volúmenes de 31 x 23 cms. cada uno, con 1760 páginas en total, más de 3.000.000 de palabras y muchos grabados. Figuran cerca de 5000 artículos.

Para su publicación se ha utilizado un excelente cuerpo de redactores de España y distintos países de América, dirigidos por un verdadero experto, quien con anterioridad cooperó al éxito logrado por una famosa enciclopedia.

Sólo se exige una pequeña cuota inicial, y, una vez aceptado el pedido, entregamos la obra completa. El resto se paga después, en pocas y reducidas cuotas mensuales. Sin garantías ni pagarés.

Solicite Folletos. Se remiten GRATIS Editores y únicos vendedores de esta obra:

W. M. Jackson, Inc.
Bartolomé Mitre 1092 — Buenos Aires

Sucursales:

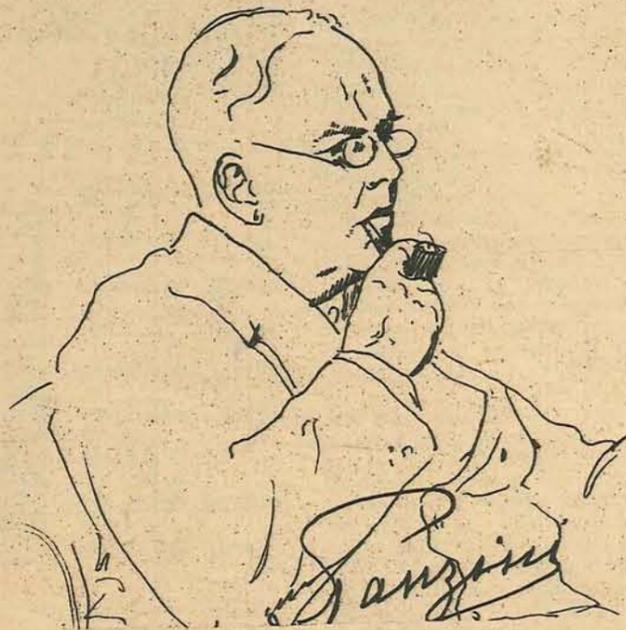
En ROSARIO: Entre Ríos 1107
En MONTEVIDEO: San José 907
En ASUNCION, PARAGUAY: Estrella 408

No damos curso a cupones, enviados por menores.

Escriba claro en el cupón

Sres. W. M. Jackson, Inc.—Casilla Correo 1542—Bs. As. N. 2
Sirvanse remitirme GRATIS amplios detalles de "ESTOS ULTIMOS AÑOS".

Nombre
Profesión
Calle No.
Ciudad F. C.



ALFREDO PANZINI

Dibujo inédito hecho para LA NACION por L. C. Pieraccini, y firma autógrafa de Panzini

del sentimiento y de la conciencia parece que no haya otro punto de referencia y de equilibrio que en una despiadada atención. Los cuentos "Salmace" (Editorial La Libra, Novara), de Mario Soldati, hasta ahora considerado como un estudioso en el arte, pertenecería a un género que podría considerarse arriesgadísimo si estuviese tratado con cierta complacencia sensual, pero en cambio todo se basa en esta frialdad intelectual. Todavía más significativa la novela "Los indiferentes" (Editorial Alpes, Milano), de un escritor que acaba de cumplir los veinte años. Alberto Mora

Retti, que es juez en Parma y que de vez en cuando publica líricas exquisitas en periódicos de Roma; Sergio Ortolani, que es un funcionario de la Dirección de Bellas Artes y ha escrito un libro de versos "Selva" (Editorial Richter Nápoli); el título corresponde, sin duda alguna, a la antigua Silva de los autores latinos y de los humanistas en el sentido de una colección de motivos sueltos, fragmentos y apuntes, y así es el libro de Ortolani, que une a una sensualidad goliárdica la sutileza del poeta culto que ha pasado a través de la experiencia de Paul Valéry. La figura más caracte



ACABA DE APARECER LETRAS

Es un acopio de valores artísticos e informativos que señalan lo más sobresaliente del pensamiento argentino. Tiene a cimiento la orientación nacionalista de la cultura pública como aspiración máxima de la didáctica nacional. Alberdi, Ameghino, Avellaneda, Bunge (C. O.), Cané, Coronado, Daireaux, Dávalos, Estrada, González (J. V.), Gutiérrez, Ibarguen, Rojas, Ingenieros, Mitre, Sarmiento, Lugones, y tantos otros cultores destacados de las letras argentinas, están presentes en sus 280 páginas.

En venta en todas las librerías.

hable, no más..

nosotros haremos

el resto...



Es una gran comodidad el poder colocar por teléfono y desde su escritorio, un aviso clasificado en este diario.

Asi muchos hombres de negocio ahorran tiempo todos los dias.

Lea ahora las páginas clasificadas en este diario y piense si no necesita algo que pueda obtener por este método tan simple.

Entonces, llame a **LA NACION**, Avenida 2001, "Avisos Telefónicos."

Después nosotros mandaremos a cobrar.



El Desayuno, por Schwarz

Esta original obra de arte popularísima en Alemania, está artísticamente reproducida en la lámina con passe-partout de 70 x 50 centímetros, que remitimos contra entrega o envío del cupón adjunto.

Un Cuadro Gratis

Enviamos a quienes lo soliciten, remitiendo el cupón adjunto, una reproducción a todo color, de la lámina aquí reproducida. El cuadro mide 70 por 50 centímetros. No lleva impresa leyenda de propaganda. Puede ir directamente de nuestra casa a su sala.

Remita el cupón con tres etiquetas rojas de Jabón DUC, y recibirá el cuadro a vuelta de correo.

Perfumería
Dubarry



Cupon de Propaganda

Perfumería Dubarry, Medrano, 476 - Bs. Aires

Adjunto 3 etiquetas rojas del Jabón DUC. Remitan el cuadro

Nombre.....

Dirección.....

NOTA: Si desea recibirlo por certificado agregue 0.20 ctvs. en estampillas. Por cada lámina que pida, agregue tres etiquetas rojas del Jabón DUC.